CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID 84
DICIEMBRE, 1956

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTORES
MARQUES DE VALDEIGLESIAS
LUIS ROSALES

SECRETARIO
ENRIQUE CASAMAYOR

84

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA
LITERARIA
Avda. de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléf. 24 87 91
MADRID

"Cuadernos Hispanoamericanos" solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: José Pérez Calvet. Suipacha, 778. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Casilla núm. 195. *La Paz.*—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.*—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del libro. Calle 14, números 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.* Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.*—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica.*—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.*—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla número 3.916. *Santiago de Chile.*—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.*—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.*—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.*—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanich Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y.*—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila.*—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.* HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa.*—Rvdo. P. José García Villa. *La Ceiva.*—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.*—Agustín Tijerino. *Chinandega.*—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.*—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico.*—URUGUAY: Fraga, Domínguez Hnos. Colonia, núm. 902, esquina Convención. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.*—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, número 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.*—IRLANDA: Dwyer's Internacional Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublín.*—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas.*—FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París (6 éme).*—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

Impreso en Gráficas Orbe. Padilla, 82, Madrid.

VOL. XXIX, NUM. 84 (DICIEMBRE)

En páginas de color, "El caudillo de la conquista: Domingo de Irala", en el cuarto centenario de su muerte. Portada y dibujos del pintor español CARLOS PASCUAL DE LARA.

TAN BUEN EMBAJADOR

En nuestro número anterior publicábamos un editorial, firmado por Alfredo Sánchez Bella, en el que se hacía balance de las actividades de diez años de cultura hispánica. Diez años que tuvieron comienzo ambicioso, a cuyo término, entre las satisfacciones de los éxitos cumplidos y la esperanza de lo mucho por hacer, puede afirmarse que ha despertado ya para siempre la dormida solidaridad de los pueblos hispanoamericanos. En aquel año de 1946 estuvo también presente, como pieza que luego sería rectora, Alfredo Sánchez Bella. Aquella nueva institución, que se llamó por breve tiempo Instituto Iberoamericano, heredero del Consejo de la Hispanidad, pasaría pronto orgánicamente a constituirse en el Instituto de Cultura Hispánica, órgano creador y responsable de cuanto se ha hecho y aún queda por hacer en el mundo anchuroso de la cultura hispánica. Sánchez Bella ha sido el motor de esta gran máquina constructiva. El supo heredar el mando de una nave bien orientada por la inteligencia universal y la cordialidad hispánica de Joaquín Ruiz-Giménez, quien apuró el milagro de unir su realidad de universitario y de publicista a sus intuídos sueños de un hispanoamericanismo real y sin retóricas.

Pero los años pasan, y con ellos los hombres. Queda la obra como algo perdurable, cuando se la quiere, cuando se la sabe potenciar. El hombre que supo darnos unidad espiritual sobre cimientos tangibles ha de abandonar esta gran tarea puesta en marcha, para asumir novísimas empresas. Porque ya está dicho que sólo se crece armoniosamente desde la raíz del origen y—lo que para el futuro es más importante—sólo se puede ser en el presente. Sánchez Bella ha logrado armonizar la tradición hispanista, renunciando y hasta reaccionando creadoramente contra nostálgicas ensoñaciones de superada grandeza, para ahincarse en el laborioso presente, que exige entregas máximas y sacrificios cabales de energía y de barniz histórico. Contra la literatura fácil y tribunicia de la Madre Patria se impone el batallar continuo por un mayor conocimiento de los países fraternos, hasta que España pueda considerarse en verdad como una provincia hermana de Hispanoamérica, inserta en la totalidad del mundo hispánico, y hasta que todas las naciones hispanoamericanas hayan conseguido salvar los grandes obstáculos que levantan contra su unidad razones aún vigentes

de geografía o de jurisprudencia, de política o de intereses. El Instituto de la Avenida de los Reyes Católicos, de Madrid, puede llegar a este feliz término comunitario, cuando lo hecho hasta ahora se multiplique y las directrices marcadas por un rector clarividente y tesonudo quieran ser prolongadas en todos los países de América.

Lamentemos, pues, la marcha de tan buen director. Alfredo Sánchez Bella es ya protocolariamente embajador de España en el país antillano de Santo Domingo; un representante en toda regla del Gobierno de Madrid. Los años dirán a qué cimas de concordia cultural y política ascendió su quehacer diplomático. Pero para nosotros, para quienes desde los dos continentes de ambas riberas atlánticas han laborado hispánicamente, saben que este nuevo embajador de España fué uno de los máximos portadores de la gran idea diplomática que ha venido presidiendo la política internacional de fines culturales de España a partir de 1939. El problema de cultura que fué siempre la defensa de la Hispanidad consistió y consiste en proteger y vigorizar la unidad cultural de los países hispanoamericanos. Y no otra cosa ha pretendido siempre el Instituto de Cultura Hispánica. Gracias a él, el hispanoamericanismo está ganando prosélitos en todos los países de ultramar; incluso en Europa, mentes caracterizadas por el amor al hispanismo, entendido éste más bien como investigación de obras culturales del pasado, se sienten arrastrados a las tareas culturales de la Hispanidad viva y cotidiana, y a través de Cervantes o de Menéndez Pelayo se inician hoy en nuestra América cantada por Juana de Ibarbourou o descrita por Rómulo Gallegos. Así lo proclaman los asistentes europeos a los dos Congresos de Cooperación Intelectual, celebrados en Madrid (1949) y en Santander (1956), y las Jornadas de Literatura de Salamanca (1953) y Santiago (1954). Y aún es más: si confesamos que el americanismo ha sido casi siempre impopular entre los universitarios españoles, entre el intelectual y el escritor, gracias al esfuerzo despertador de un patrimonio espiritual y de un estilo de vida impuesto por el I. C. H., los grandes temas actuales de América prenden en la curiosidad y en el trabajo de los hombres españoles de cultura, en las tesis doctorales y en los ensayos de revistas, hasta encarnar en esta república espiritual de trabajo puesta al servicio del bien común hispanoamericano.

¿Cuál es el fruto de este esfuerzo intermitente, sorteador de escollos y vencedor de incomprensiones? Recuérdese la literatura vigente en torno a la Fiesta de la Raza y al Descubrimiento de América. España seguía dormida en sus secos laureles colombinos y en los desengaños de 1898. Y ni siquiera se conocía en puridad

el valor auténtico, cultural, económico y social—incluso técnico— del período de gobierno español en América. La fraseología de las carabelas se constituyó en tópico de aniversario, borrándose así el auténtico espíritu de la acción española en sus provincias de ultramar. La retórica de la Madre Patria y el antiespañolismo político derivado de la efervescencia espiritual de la emancipación duraron muchas décadas. Las inadvertidas "gallinas de la Hispanidad", aportadas por eminencias intelectuales del rango de Rafael de Altamira, y ya más recientemente por el gran Ramiro de Maeztu, cayeron en España en el gran vacío de la ignorancia y de la incomprensión. En una especie de dejación voluntaria de los deberes de España con América, los grandes intelectuales y las juventudes universitarias ratifican comprometedoramente un monroísmo que abandona América a los americanos, e Hispanoamérica a un espíritu destructor de toda posible reviviscencia de hispanismo. Los nombres de Machado y, más especialmente, de Ortega y Gasset subrayan por contraste este vacío, junto al gesto apremiante de Maeztu.

Sólo así, tras 1939, España recobra su conciencia universal y surge la Hispanidad, cuyo impacto en las minorías antiespañolas de América se percibe en el aborto forzado de esa criatura negativa e incompetente que fomentó, según los vientos, el indigenismo o el nacionalismo, el totalitarismo o el comunismo..., siempre contra la idea de comunidad hispánica, cuya naturaleza creadora intentarían ocultar bajo un supuesto manto de hegemonía política de España en ultramar.

El Instituto de Cultura Hispánica, en contra de la indiferencia y de la enemistad, puso en marcha la gran rueda del hispanoamericanismo. Frente a retóricas literaturas de juego floral, una visión realista y objetiva de la realidad de los países hispánicos; contra la palabrería decimonónica, un enfrentamiento realista de los problemas culturales y económicosociales de la actualidad. No se pretende hacer literatura ni tampoco establecer una servidumbre materialista. Se trata de poner a flote y de restaurar los valores eternos del espíritu hispánico, lejos de fantasías prácticas y del verbalismo seudotradicionalista y retrógrado. Quien no arriesga, no gana. Y el I. C. H. se pone en marcha para desarrollar un extensísimo plan de desarrollo cultural, que será la base para urgir seguidamente planes más realizadores, hasta crear una comunidad real sobrenadando de una cultura también común, surgida y recreada de los imperecedores valores del espíritu hispanoamericano.

Para todo ello era preciso conseguir una inteligencia común

entre los pueblos de América. Madrid se convierte con espontaneidad en plaza mayor de América. Universitarios de todos los países acuden a los grandes centros de cultura y de enseñanza de España. Se fundan los primeros Colegios Mayores hispanoamericanos. Y, allí, el estudiante y el doctor, el catedrático y el artista, aprenden a conocer a su América a través de la convivencia con sus camaradas continentales. Los archivos de Simancas y de Indias, las cátedras universitarias de Historia de América, la de "Ramiro de Maeztu", las Escuelas de Estudios Hispanoamericanos de Madrid, Barcelona y Sevilla; la Biblioteca Hispánica, las Asociaciones Culturales Hispanoamericanas... Y el universitario de ultramar comienza a sentir racionalmente y a comprender en su espíritu al vasto continente de habla española.

Mientras tanto, en la mayoría de las capitales hispanoamericanas surgen los Institutos Nacionales de Cultura Hispánica; el intercambio estudiantil y del profesorado aumenta en progresión geométrica. Veintidós Congresos internacionales, y la presencia de doce mil universitarios, crean un ambiente espiritual común que se irradia a todas las naciones hispanoamericanas. España es ya una nación más entre las veintitrés que constituyen la comunidad hispánica; pero antes ha sido preciso llegar a la superación de meras instituciones culturales al modo tradicional, hasta convertirlas, según se ha dicho, en "organismos atentos al análisis y al estudio de los intereses vivos y permanentes" de nuestras naciones. Así se crean también entidades supranacionales, y la hispanidad deja para siempre el marco de las puras expresiones verbales, dando un mentís definitivo a la política antiespañola del mito hispánico, para convertirse en realidad operante. Así cabe afirmar nuestra realidad en crecimiento de "una comunidad material puesta al servicio del hombre, del hombre en común, que es, al fin y al cabo, la finalidad última de todas las empresas culturales, políticas y económicas".

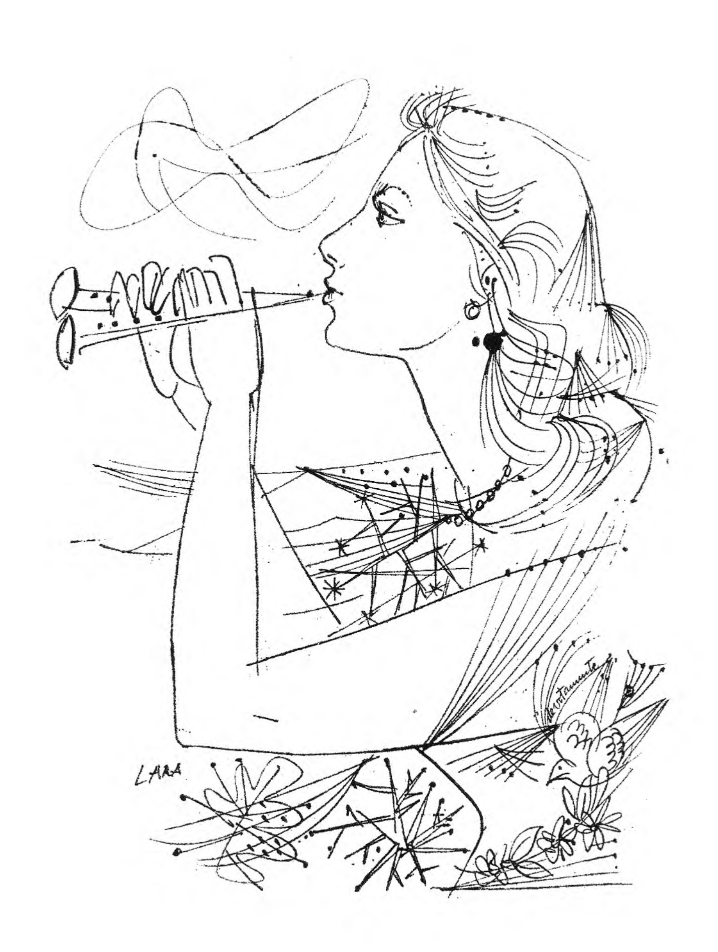
Ya hemos hecho referencia a algunas de las conquistas alcanzadas en estos diez años. Junto a los Institutos nacionales hispanoamericanos, de absoluta independencia rectora con el de Madrid, las Asociaciones Culturales Iberoamericanas, repartidas por la geografía española; los Colegios Mayores Hispanoamericanos, el futuro barrio de Colegios hispánicos en la Ciudad Universitaria de Madrid..., surgen otras realizaciones: los Congresos de diversas especialidades, desde las más técnicas a las más literarias; la Bienal Hispanoamericana de Arte, de trascendencia mundial, con antológicas en los Estados Unidos, en el Mediterráneo y en los países del

Cercano Oriente; el Plan hispánico de desarrollo económico; la Oficina de Educación Iberoamericana, con su reciente Seminario de Enseñanzas Técnicas; las convenciones de Seguridad Social; las revistas de veintitrés países, como Mundo Hispánico *y CUADERNOS HISPANOAMERICANOS; la Biblioteca Hispánica, con sus miles de volúmenes y su insuperable fondo de materiales para la investigación histórica y contemporánea; la publicación de trescientos títulos en las Ediciones Cultura Hispánica, y el intercambio de profesores, españoles en América, hispanoamericanos en España: Marañón, Vasconcelos, Laín Entralgo, Larreta... Y la famosa "nave luminosa", una genial idea de extensión cultural hispanoamericana, encarnada en el* Ciudad de Toledo, *todavía en singladuras del nuevo continente. Y la convalidación de estudios americanos en las Universidades españolas, y las infinitas tesis doctorales americanas aprobadas en Madrid...*

Pero aún falta mucho por andar. "Todavía habrán de pasar muchos años antes que nuestras fuerzas sociales dejen de pensar en el providente milagro que pueda venir de manos extrañas, para creer sólo en el auténtico triunfo que ha de proporcionarnos el esfuerzo y el mérito propios." Porque ser es defenderse. Y para defenderse es preciso tener plena conciencia de nuestras necesidades. Necesitamos todavía muchas conquistas comunes: la formación de técnicos de grado superior y, sobre todo, medio; la industrialización de nuestros países; la supresión de las barreras aduaneras; la instauración de la nacionalidad hispánica para fines profesionales y de libertad de domicilio; el montaje de agencias de noticias y de información propias; el establecimiento de ágiles sistemas multilaterales de pagos; la formación de flotas hispánicas que aceleren y abaraten el tráfico marítimo de nuestras mercancías; el intercambio ilimitado de profesores y alumnos; la supresión definitiva de los aranceles del libro y de las revistas culturales y científicas; el fomento del intercambio de publicaciones con destino a bibliotecas públicas y de la especialidad americanista; los convenios educativos de carácter múltiple sobre experiencias pedagógicas, libros de texto y diverso material docente; la edición de bibliografías monográficas; el intercambio de experiencias científicas y culturales, etc.

Esto y mucho más que no puede enumerarse aquí falta por efectuar a la hora en que el segundo director del Instituto de Cultura Hispánica parte hacia su Embajada de Santo Domingo. Lástima que se nos vaya tan buen embajador. Pero nos queda su ejemplo activo y la futura tarea por realizar. A la hora de su despedida

queremos oír de nuevo la frase con que tantas veces despedía a sus colaboradores a la terminación del despacho: "Y ahora, a trabajar." Porque sólo trabajando muy fuerte habremos de rebasar los alcances de estos primeros diez años de cultura hispánica que hoy terminan.



NUESTRO TIEMPO

LAS ELECCIONES NORTEAMERICANAS

POR

"GIRALDO"

LA DERROTA DE LAS "MÁQUINAS"

En las horas más críticas vividas a partir del día mismo en que las fuerzas alemanas firmaron la rendición incondicional, y cuando la paz parecía estar amenazada desde las dos vertientes en que la transitoria alianza, que hizo posible la victoria de 1945, se ha escindido, el pueblo norteamericano acudió a las urnas para elegir su LXXXV Congreso y decidir sobre la reelección de su trigésimo cuarto Presidente. Ni en los momentos más inciertos de la pasada contienda internacional, ni en las vísperas de la primera conflagración universal, ni siquiera en las jornadas inquietantes de la guerra fría, con sus constantes mareas, el electorado norteamericano tuvo que enfrentarse ante situación tan compleja, y cuyo desenlace podía desencadenar una nueva y más catastrófica guerra.

En las semanas que precedieron a la jornada electoral, los cálculos, tan característicos en la vida norteamericana, habían ido señalando con precisión de minutos la creciente corriente de simpatía hacia el Presidente Eisenhower; pero la gran interrogante saltó de improviso a la palestra en la antevíspera de la jornada decisiva: ¿cómo reaccionaría el cuerpo electoral norteamericano ante la ruptura de la alianza atlántica y ante la para él incomprensible actitud de Francia y de Inglaterra, tan endeudadas, sin metáfora alguna, con Wáshington, y que, sin embargo, adoptaban decisión tan grave como la invasión de Egipto a espaldas y en contra de la Casa Blanca? En el último minuto, el candidato demócrata se encontraba con un arma en sus manos que bien podía ejercer, sobre los millones de votantes no adscritos a la disciplina bipartidista, el influjo decisivo que no habían logrado ni la alusión a los riesgos de la bomba "H", ni las críticas de la política de Mr. Dulles, ni las fáciles promesas a los granjeros, único grupo social que ha quedado al margen de la gran prosperidad económica de la etapa republicana, ni los demasiado gastados tópicos electorales sobre supuestas inmoralidades.

La respuesta dada por el electorado norteamericano constituye, sin duda alguna, una prueba de auténtica madurez política, ya que, de un lado, ha respaldado, por una mayoría jamás conocida en la reciente historia del partido republicano, y que recuerda las jornadas triunfales de Roosevelt en los días del New Deal, al Presidente Eisenhower, al general victorioso, cuya plataforma electoral se fundaba, precisamente, en la eliminación de toda posible guerra, salvo el riesgo del honor y de la independencia nacionales, y, por otra, ha reafirmado su fe política en el partido demócrata al entregarle nuevamente las mayorías en ambas Cámaras.

¿A qué extraña y oculta razón debemos atribuir este aparente contrasentido en los resultados electorales del 6 de noviembre? Los numerosos análisis llevados a cabo en los últimos tiempos por la amplia, y en la mayoría de los casos notable, producción bibliográfica norteamericana en el campo político ofrecen diversos caminos para nuestra andadura. Por ejemplo, el ex embajador Bowles, en sus conferencias de la Universidad de Harvard, nos proporciona, junto a una exposición quizá excesivamente esquemática de la historia política norteamericana reducida a tres etapas fundamentales: Jefferson, Lincoln y Roosevelt (Franklin D.), una interpretación realmente aguda de su proceso evolutivo, que concluye con la afirmación de que nos hallamos precisamente en el tránsito hacia una nueva etapa, y que esta etapa, como ha ocurrido con las anteriores, tiene forzosamente que incorporar previamente algunos aspectos de la que inmediatamente le antecede, aspectos que, si al surgir ofrecieron un carácter de radical innovación y de absoluta inadmisibilidad por parte del grupo minoritario, terminan por conquistar una general aquiescencia y por convertirse en sustrato de toda política que aspire a obtener la activa colaboración de la mayoría. Aquí, por tanto, y sin que esto quiera decir que no volvamos sobre alguna de las tesis del ex embajador en la India, encontraríamos ya una de las posibles razones para el aparente contrasentido, ya que el Presidente Eisenhower, como muy bien saben los propios miembros del partido cuya jefatura oficialmente ostenta, ha incorporado en su obra de gobierno muchos aspectos del New Deal, y ha sido precisamente durante su primer mandato cuando la seguridad social, muy retrasada en los Estados Unidos, ha alcanzado metas que hubieran parecido revolucionarias incluso en los días de Roosevelt, y que, sin duda alguna, habrían levantado airadas protestas en el campo republicano. El principio de la responsabilidad de la Administración, en el sentido específico norteamericano, para garantizar no solamente un mínimo de liber-

tad individual, sino también un mínimo de satisfacciones económicas, forma parte ya, sin posible renunciación, del sustrato político del pueblo norteamericano.

Claro está que el aparente contrasentido del resultado electoral del 6 de noviembre tampoco podrá ser superado si nos aferramos a los propios prejuicios, fundados en los ejemplos que cada cual posee tomados de su respectivo país. La paradójica política norteamericana ofrece, a primera vista, un ejemplo realmente sedativo si lo comparamos con la atomización partidista que caracteriza a ciertas democracias europeas, o con los trágicos vaivenes de no escasos países de nuestra propia estirpe. La aceptación de unos principios básicos, tal como se contienen en la Constitución y sus enmiendas, principios que la flexibilidad política y el gran recurso de la interpretación judicial permiten acomodarlos a las exigencias de cada instante, la ausencia de partidos extremistas y la polarización de todo el cuerpo electoral en dos únicos grupos, constituyen una faceta primordial de su realidad política; pero no por ello excluyen la existencia, dentro de cada uno de los dos grandes partidos, de sectores con peculiaridad propia, como son el conservador-demócrata del Sur, con su defensa de los derechos de los Estados y su oposición a la regulación federal de los "derechos civiles"—léase igualdad efectiva, sin distinción de razas—, y los liberales-republicanos, entre los cuales podría encuadrarse al propio Presidente, al ex gobernador Warren, hoy en la cumbre constitucional, como cabeza de la poderosa Corte Suprema, y al ex candidato Dewey. Para concluir esta observación marginal, pero indispensable, bueno será transcribir la afirmación de un agudo comentarista de la vida política norteamericana, el inglés D. W. Brogan, en su *Politics in America:* "Los partidos americanos nunca han sido agrupaciones de hombres unidos en torno a ciertos principios generales de gobierno y unidos para realizar estos principios mediante medidas legislativas o de administración."

Aunque la primordial razón que origina este artículo sea, naturalmente, la posible repercusión del resultado electoral en los diversos aspectos de la política internacional, y de modo más directo en la interacción política hispanoamericana, resulta forzoso el bordear algunas facetas de la cuestión de marcado matiz interno, pero sólo en la medida en que tales facetas permitan proyectar nueva luz al tema que nos atañe.

Si examinamos las "plataformas" aprobadas en las Convenciones de Chicago y de San Francisco, descubriremos que los temas ofrecidos a la consideración del electorado son muy similares, y que

las soluciones propuestas tampoco se diferencian en demasía: paz y prosperidad; precios agrícolas; ayuda a las escuelas; programa de defensa nacional; seguridad social y salarios mínimos; política fiscal, etc. Naturalmente, los demócratas ponen el énfasis en la crisis agrícola y en la "pérdida de prestigio" de la política internacional de Mr. Dulles, y los republicanos en la enorme prosperidad económica y en la efectiva paz mantenida en los cuatro años de la Administración Eisenhower. El argumento de la paz, hábilmente adobado por la "máquina" republicana, es como sigue: En lo que va de siglo sólo se han contado tres Presidentes demócratas—Wilson, Franklin D. Roosevelt y Truman—; bajo cada uno de ellos, el pueblo norteamericano se ha visto obligado a intervenir en tres guerras: dos mundiales y la de Corea. Por el contrario, son seis los Presidentes republicanos—Teodoro Roosevelt, Taft, Harding, Coolidge, Hoover y Eisenhower—, y bajo todos ellos ha imperado la paz. (A este respecto, Hispanoamérica podría alegar ciertos datos complementarios y no siempre concordes.)

El argumento de la prosperidad puede reducirse a cifras, y éstas, por sí solas, son bien elocuentes: elevación de la renta nacional hasta límites astronómicos—400 mil millones de dólares—; justa distribución de la misma mediante la adecuada política fiscal—ingreso medio por familia, 5.520 dólares—, y extensión de la seguridad social hasta hacer posible a todo trabajador el retirarse a los sesenta y cinco años con una renta mínima asegurada que le garantice un normal nivel de vida.

Pero quizá más importante que la propia formulación de las plataformas será el subrayar el paralelismo de los dos procesos políticos ocurridos en ambas Convenciones, la demócrata en Chicago y la republicana en San Francisco: la derrota de las "máquinas". En Chicago, la inmensa mayoría de los delegados se orientaron desde el primer momento hacia Stevenson, no obstante la fuerza política del Tammany Hall y del propio Truman, que deseaban el triunfo de un candidato más "auténtico": el gobernador de Nueva York, Harriman, quien, pese a su privilegiada posición económica como heredero de una de las gigantescas fortunas ferroviarias del período "dorado", es considerado como el portaestandarte del sector "liberal-democrático". En San Francisco, la fuerte personalidad del Presidente, y la propia conciencia del partido republicano de su imposibilidad de triunfar con otro candidato, hizo menos patente la lucha, aunque el incidente de la designación del vicepresidente Nixon estaba en idéntica línea, pues si bien en un principio la oposición se fundaba en su excesiva filiación "derechista"—recuér-

dese la actuación de Nixon en el escándalo Hiss—, posteriormente se le tachaba de haberse dejado influir por el ala "liberal". En definitiva, lo que surgió de San Francisco es la posibilidad de un reajuste del viejo G. O. P. en la línea marcada por el propio Presidente en varios de sus discursos, y cuyo expositor teórico puede muy bien ser Arthur Larson, subsecretario de Trabajo y autor de un libro con título sugeridor: *A Republican Looks at His Party*. Este partido, que no necesita cambiar de nombre, vendría a ser el partido centro, que, incorporando aquellos puntos de la etapa rooseveltiana que en el esquema de Bowles ya han sido aceptados por la mayoría, a la vez se mantenga fiel a la ideología de libertad individual—entendida principalmente como libertad económica ó del libre juego de las oportunidades—, que constituyó la fundamental aportación del propio partido republicano al ser creado en las vísperas de la gran contienda civil del 64.

EL "MILAGRO AMERICANO" Y SU EJEMPLARIDAD

Si del campo meramente interno, el cual, repetimos, tan sólo tangencialmente puede interesarnos, pasamos al que realmente nos concierne, esto es, a la posible proyección del resultado electoral de noviembre en la política internacional, y de modo más concreto en la interamericana o—¿por qué no decirlo?—hispanoamericana, encontraremos amplio margen para el comentario, e incluso horizonte abierto hacia la adivinación o meramente hacia el deseo.

Una de las inequívocas pruebas de la madurez política alcanzada en fecha muy reciente por el pueblo norteamericano, y a la que hacía alusión en bellísimo artículo nuestro Agustín de Foxá al hablar del "peso de la púrpura", la encontramos en su capacidad para la autocrítica. Entiéndase bien: la gran masa norteamericana sigue imposibilitada radicalmente para cualquier intento de despersonalizarse y de comprender la posición del no-norteamericano; pero sus *élites* intelectuales, e incluso políticas, se han percatado ya de que sus moldes, por perfectos que sean, no pueden reclamar la exclusividad en el mundo actual, y que para "convivir" con el resto de los pueblos lo primero que hay que hacer es admitir su individualidad, su peculiaridad, es decir, precisamente aquello que los distingue, que los hace diferentes, otros.

Resulta curioso comprobar que en este aspecto, para nosotros esencial, del momento político norteamericano no hay tanta diferencia entre las tesis—apasionadas, pero sinceras—de un hispano-

americano como Ycaza Tijerino y las realistas y frías conclusiones de Kennan. Es cierto que, como subraya Ycaza Tijerino, el origen remoto del imperialismo norteamericano, en su versión primordial de su política expansionista, primero, e intervencionista, después, debemos buscarlo en la teoría calvinista de la predestinación, que por cauces bastante conocidos conduce a la idea de "país elegido" y a la valoración del éxito económico como prueba de esa misma predestinación, hasta llegar a la afirmación, un tanto escandalosa, de que los Estados Unidos son "el propio país de Dios", frase que bien pudiera emparejarse con la divisa de la Wehrmacht: "Dios con nosotros." (Desgraciadamente, no es el momento de dedicar mayor atención a este fenómeno de la transposición a las tierras vírgenes, paradisíacas, del Nuevo Continente, de la ideología calvinista y de su progresiva "americanización", tal como lo estudió Parrington.)

Por su parte, el ex embajador en Moscú y "planificador" de la política internacional en los años de 1947 a 1950, en sus conferencias de la Universidad de Princeton, supedita originariamente la política exterior de su país a la realización de los fines señalados por la propia Declaración de Independencia, esto es, defensa de los derechos individuales—vida, libertad y prosecución de la felicidad—, salvaguardia de la propiedad, lo que, trasladado al campo internacional, se concreta en la defensa militar de la integridad nacional; y nótese bien este segundo aspecto por sus incalculables repercusiones en la política hispanoamericana, en proporcionar a los nacionales, con intereses e inversiones en el extranjero, la mejor ayuda y protección que pueda dárseles. Esta cruda y radical esquematización de una política internacional puede arrojar luz meridiana sobre muchos aspectos de la Historia; pero para nuestro empeño resulta más importante subrayar la etapa siguiente del pensamiento de Mr. Kennan, la referente a la renunciación del por él mismo calificado como "sueño americano": la "ejemplaridad" para el resto de la Humanidad del pueblo norteamericano; la posibilidad de trasplantar a cualquier geografía las mismas fórmulas políticas que habían hecho posible el "milagro" norteamericano. Esto es lo que conoció el mundo de la entreguerra como el fenómeno wilsoniano, con su apostilla Briand-Kellogg y la política de apaciguamiento ginebrino en presencia de Litvinov.

Pero tanto la primera como la segunda de las etapas señaladas por el propio Kennan han probado su inviabilidad, y el conferenciante llega a la conclusión, y esto es lo que nos importaba subrayar, de que la gran lección que deben tener presente los "americanos"

—léase norteamericanos—, "en relación con la metodología de la política exterior", es que la vida internacional es un "proceso orgánico", y que "no creamos las fuerzas a tenor de las cuales dicho proceso opera"; que "debemos aprender a tomar estas fuerzas tal como realmente son..., no arrancando las plantas de raíz cuando [dichas fuerzas] no se comportan como nosotros desearíamos que lo hicieran". Llegados a este punto resulta, ciertamente, mucho más hacedero el diálogo entre los pueblos. Pero el problema reclama mayor atención.

LA CAMPAÑA ELECTORAL

Aunque otra cosa pudiera deducirse de la crítica situación internacional en los días inmediatamente anteriores a la jornada electoral, resulta fácil comprobar que el "énfasis" de la campaña, para utilizar una expresión tan típicamente norteamericana, estaba más bien del lado de la política interna. Si, por ejemplo, tomamos el gran discurso del Presidente en Madison Square Garden, el 25 de octubre, transmitido y televisado a todo el país, encontraremos que en sus diez puntos programáticos, es decir, aquellos aspectos que él consideraba como los más indicados para asegurar al partido republicano la mayoría—su propia elección estaba ya fuera de duda—, no hallan cabida afirmaciones o fórmulas sobre política internacional, y tan sólo en el décimo se asoma tímidamente el mundo exterior al comprometerse solemnemente el Presidente a procurar la revisión de las leyes de inmigración, "para servir a nuestro propio interés nacional, promover el entendimiento mutuo y dar nueva validez a la misión directora de América. Porque es extraño al verdadero espíritu de América el que cualquier hombre pueda ser juzgado por el lugar de nacimiento o por el acento de su habla". Quizá fuera fácil encontrar una explicación a esta postura si se admite que el mayor obstáculo para la victoria republicana, y los resultados electorales lo comprobaron, estaba constituído por la efectiva condición minoritaria del G. O. P.

Por el contrario, el candidato demócrata no tenía que preocuparse excesivamente por el triunfo de su partido en las elecciones legislativas y locales; pero se veía forzado a plantear la batalla contra Eisenhower precisamente en el mismo campo en que fundamentalmente fué derrotada la Administración demócrata en 1952: el de la política internacional. Mr. Stevenson, en su discurso de Oakland, de 11 de octubre, esgrimía como *slogan* fundamental el

que la derrota demócrata de 1920 había reintegrado el Gobierno al control de los financieros y de los aislacionistas, y en el del Madison Square Garden, del 23, construía su principal alegato sobre los dos grandes errores que, a su juicio, había cometido el "equipo" republicano: el mantenimiento de Mr. Dulles y la gestión de Ezra T. Benson como Secretario de Agricultura. Las noticias periodísticas al alcance del último elector, y eso que todavía no se había desencadenado la gran tragedia de Hungría, le permitían hacer desfilar ante sus oyentes, y ante los millones de posibles votantes que por radio y televisión le seguían, un cuadro pesimista, cuya responsabilidad, naturalmente, echaba sobre las espaldas de Mr. Dulles: "Sabemos que no podemos ganar la gran batalla de nuestro siglo bajo una jefatura cuya única esperanza reside en que el comunismo pueda, al fin, sentirse exhausto a fuerza de éxitos."

Junto a esta llamada al sincero sentir anticomunista del electorado norteamericano, el candidato demócrata, a fuer de buen psicólogo, levantaba un estandarte tras el cual esperaba desfilarían en la jornada decisiva millones de votantes indecisos: la prohibición de la bomba de hidrógeno. Y no faltaban citas de autoridad, incluyendo las palabras de *His Holliness, Pope Pius,* en el Mensaje de Navidad, que fueron leídas y subrayadas por el orador.

Y, sin embargo, el pueblo norteamericano, en la hora decisiva de ese martes otoñal, reiteró su fe en el Presidente Eisenhower, proporcionó la mayoría en ambas Cámaras al partido demócrata y derrotó, por segunda vez, al candidato Adlai E. Stevenson, demócrata "del medio del camino", el mejor orador político actual de su país, representante de los "cabezas de huevo" (intelectuales) y debelador del titular del Departamento de Estado. Quizá ocurrió todo esto porque, como concluía uno de los más conocidos columnistas, David Lawrence, "no es éste el momento de arrojar al general Eisenhower de su puesto de comandante en jefe del Ejército, de la Marina y de las Fuerzas Aéreas, y colocar al inexperto Adlai Stevenson al frente de nuestro destino".

LA SOMBRA DE MOSCÚ

Ya tenemos, pues, asegurada una nueva Administración republicana, aunque con Congreso demócrata, por lo menos en su primer bienio. ¿Qué perspectivas se ofrecen ante nuestra vista y cuáles podrán ser los cambios más fundamentales que en política exte-

rior sea posible prever en mundo tan movedizo como el que nos sirve de soporte?

La primera Administración Eisenhower—pronto habrá que citarla de esta forma—llevó a cabo una política internacional que, si pudiera ser representada gráficamente, adoptaría la forma de una curva, cuyo punto más alto podría llevar el nombre de "Conferencia de Ginebra", y el más bajo coincidiría, muy probablemente, con la ruptura del frente diplomático atlántico en la víspera misma de las elecciones. Es curioso subrayar que se inició con la gran crisis interna rusa desencadenada por la desaparición de Stalin, y que pudo muy bien concluir a consecuencia de la proyección en el Medio Oriente, y de modo más trágico en Hungría, de una nueva fase de esa propia crisis rusa. Los propósitos que abrigaba el Presidente en materia de política internacional, dejando aparte el cumplimiento de su promesa electoral de visitar personalmente Corea, los encontramos en su discurso de 16 de abril ante la Sociedad Americana de Editores de Periódicos: "El mundo sabe que una era ha concluído con la muerte de José Stalin." Los problemas a la vista tenían estos nombres: Corea, Tratado con Austria, liberación de prisioneros de guerra, intervención comunista en Indochina, unidad de Alemania y libertad de los países del este de Europa. El lector puede formularse su propio juicio valorativo en cuanto a lo logrado y a lo que continúa figurando como meta a alcanzar.

La segunda Administración Eisenhower, que realmente podemos dar por inaugurada con las gestiones iniciadas tan pronto como el resultado electoral se hizo público, tiene que tomar como punto de partida y piedra de toque el balance que resulte del autoexamen en su primera etapa. Bastaría señalar el modo bastante distinto de reaccionar del Presidente cuando, aún candidato, habló sobre la "liberación de los pueblos de la Europa occidental", y el doloroso, pero necesario, autocontrol de sus sentimientos en las horas más negras de la represión rusa en Hungría. Al inaugurar su primer período presidencial podía abrigarse cierta duda en torno a la evolución interior rusa, a la posible "coexistencia pacífica"—nótese que nunca se habló de "convivencia"—, como si todos estuvieran interesados en olvidar la experiencia ginebrina y los discursos de Litvinov.

Poco a poco se va abriendo camino en todas las mentes la absoluta necesidad de admitir que el proceso abierto por las revoluciones políticas subsiguientes a la primera guerra mundial, y del cual fué tan sólo una manifestación la segunda, no ha concluído,

y que para superarlo no son suficientes las fórmulas tantas veces esgrimidas como panaceas universales. Como muy recientemente subrayaba Henry A. Kissinger *(Foreign Affairs,* octubre 1956), la función de la diplomacia no puede ser la misma cuando se cree en un orden legítimo o cuando se admite un orden revolucionario; en el primero de los casos, la diplomacia procura superar los desacuerdos como medio para perpetuar el propio sistema internacional, ya que "existe un tácito acuerdo para llegar a un acuerdo"; en el orden revolucionario, los compromisos tienen primordialmente un significado táctico: preparar las posiciones para la próxima prueba de fuerza. Por muy ardiente que sea la defensa de "la tradición americana" en política exterior, tal como la plantea Tannenbaum al anatematizar las tesis "antiamericanas" de Morgenthau y de Kennan, por fuerte que sea la posición del sector representado por el senador Knowland, lo cierto es que la nueva Administración Eisenhower tendrá que hacer frente, con armas y fórmulas "nuevas", a la situación internacional, que, indudablemente, hará crisis dentro de los cuatro años de su duración. Y esta gran responsabilidad, por imperativo mismo de la peculiaridad del orden constitucional norteamericano, recaerá en primerísimo lugar, y sin posible delegación, sobre el propio Presidente Eisenhower.

"MÁS Y MENOS QUE UN REY"

Uno de los argumentos más pródigamente utilizados en la campaña electoral demócrata contra Eisenhower fué, precisamente, el de afirmar que el Presidente había "delegado" demasiadas facultades; que tanto la figura en la penumbra de Mr. Adams, como las muy en primer plano de Nixon y Dulles, sin olvidar la influencia personal de su hermano Milton, capitidisminuían la misión rectora y decisoria que al Presidente confiere la Constitución. Sin embargo, no resultaría difícil encontrar la personal decisión del Presidente, incluso frente a presiones procedentes de su propio partido, especialmente la de Knowland, o la menos calificada de McCarthy, en momentos tan peligrosos como los de las crisis de Indochina y Formosa y en los recentísimos de las del Canal de Suez y el genocidio de Hungría.

Efectivamente, no existe en la actualidad, ni siquiera en la jerarquizada U. R. S. S., una posición personal sobre la que recaigan mayores facultades en un momento decisivo. Aunque el Presidente

Eisenhower ha insistido una y otra vez, y lo ha demostrado con su actuación, que jamás dará un paso hacia la guerra sin la previa aquiescencia del Congreso para la movilización de las fuerzas armadas, no está tan lejana la decisión, por otra parte muy defendible, del Presidente Truman ante la agresión en Corea y el hábil, y bastante más discutible, modo de actuar del Presidente Roosevelt para colocar a su país ante el "hecho consumado" de la agresión nipona.

Por mucho que sea el optimismo interior del pueblo norteamericano, y en el orden puramente externo y económico tiene sobradas razones para ello, sabe que no son estos tiempos como para seguir el consejo, excesivamente inglés, de lord Bryce cuando intentaba explicar el "porqué los grandes hombres no llegan a ser Presidentes". Si en la serie presidencial podrían señalarse numerosos nombres "mediocres", y a fuer de extranjeros nos está vedado incluso el mero repetir de los que los propios nacionales señalan con extraña unanimidad y sin distinción de partidos, no es menos cierto que en las etapas críticas no le faltó al electorado norteamericano un sexto sentido para elegir a la persona más "adecuada".

Ante este Presidente, que, como señaló ya hace algún tiempo Laski en su estudio sobre la institución, "es, a la vez, más y menos que un rey; es, también, más y menos que un primer ministro", se ofrecen un haz de posibilidades no muy variadas; pero, sobre todo, se alza un clamor de voces procedentes de todos los campos, que le exigen el cumplimiento de un deber histórico absolutamente irrenunciable, y sin que pueda admitirse el escapismo de un retorno al trasnochado y totalmente inoperante aislacionismo.

Si pasáramos revista a la serie de fórmulas utilizadas en cada momento histórico, veríamos que de poco o nada sirven para las circunstancias actuales, y la recentísima intervención anglofrancesa en Egipto sería buen argumento a favor de nuestra tesis. Sin retroceder a tiempos lejanos, podríamos traer a colación las sucesivas etapas de "equilibrio", de *statu quo*, de "imperialismos", de "zonas de influencia", de "política de prestigio", de "intervencionismo", de "colaboración mundial", de "seguridad colectiva", de "coexistencia", de "gobierno mundial", etc., etc. ¿Cuál de ellas tendría vigencia precisamente hoy, un día cualquiera del mes de noviembre de 1956?

Aunque, ciertamente, no podamos, sin previa renuncia a nuestra radical condición de españoles, aceptar en toda su integridad la posición "realística", actualmente en boga en amplios sectores

universitarios norteamericanos—Morgenthau, Osgood, Kennan—, sí tenemos que aceptar la situación internacional tal como es, en toda su crudeza, sin que nuestros buenos deseos empañen esa primaria percepción de simples hechos, independientemente del juicio valorativo que sobre los mismos formulemos. Y esta realidad ofrece, entre otros "hechos" fácilmente captables, la sencilla aserción de que hoy, en 1956, no se puede prescindir en política internacional de uno cualquiera de estos tres supuestos: la incorporación del grupo afroasiático, hasta ayer mismo en plena etapa colonial; la imposibilidad de vencer por el mero ejemplo o por la virtualidad de una ideología, que no siempre es actual y fácilmente transplantable, al bloque soviético, y, por último, que la contraposición entre los dos bloques continuará, y que el mundo soviético aplazará, tanto tiempo como le convenga, el choque bélico, por la propia confianza que tiene en la "objetividad" de sus tesis y en el triunfo final de las mismas mediante los oportunos "caballos de Troya".

De otro lado, y pese al reciente y trágico balance de la subversión húngara, la única posibilidad de lograr una progresiva recuperación para el mundo libre de esos países hoy sojuzgados es la evolución interna, en sentido contrario a la de los años que siguieron a 1945, renunciando de antemano a un retorno puro y simple a estadios superados en la vida nacional de esos mismos pueblos. Posiblemente, cuando pueda llevarse a cabo un estudio sereno de la rebelión húngara, se encontrará alguna otra "explicación" que añadir al poderoso argumento de las divisiones blindadas rusas aplastando la heroica resistencia de la población de Budapest. Trasladando el argumento a nuestro propio campo, el mejor glacis defensivo para el sistema político de los Estados Unidos lo constituirá el integrado por los países que hayan logrado, mediante las oportunas reformas políticoeconómicas interiores, el impedir la penetración de esos invisibles "caballos de Troya", que sólo esperan el momento propicio para descubrir lo que en sus entrañas ocultan.

En la nueva Administración Eisenhower, el problema "continental", es decir, la interacción americana, debe ocupar, y necesariamente ocupará, un lugar más preferente que en su primera etapa. La propia autocrítica, a la que ya calificábamos al comienzo de este comentario como de prueba de la madurez alcanzada por el pueblo norteamericano, facilita el replanteamiento de las relaciones interamericanas bajo supuestos menos sospechosos. Si el tratado de asistencia recíproca de Quintandinha (1947) podía calificarse

de "fórmula de urgencia" dada la proximidad de la última conflagración mundial, o como intento de aislacionismo del hemisferio, el fracaso de los planes norteamericanos en Bogotá (1949) sacó a la luz de los incendios del "bogotazo", de un lado, que dichos planes eran prematuros, y, de otro, que ya Rusia adivinaba el grave riesgo que para sus proyectos encerraba la existencia de una sincera cooperación interamericana.

La "visita de buena voluntad" de Milton Eisenhower, y de modo más concreto la reunión de los Presidentes en Panamá, unido al inevitable sentimiento de disgusto y despecho que la actitud franco-inglesa habrá producido en grandes sectores de la vida norteamericana, pueden convertirse en argumentos marginales en favor de nuestra tesis. Pero todavía lo es más la reunión actualmente en curso en Chile de la C. E. P. A. L., el más serio intento de llevar a feliz término una cooperación económica, que el propio Instituto de Cultura Hispánica, editor de estos CUADERNOS, viene defendiendo últimamente.

Pero, y volviendo al punto de partida, lo primero es que exista por parte de los Estados Unidos un reconocimiento expreso de la peculiaridad de los países hispánicos, que la geografía unitaria del hemisferio no implica la uniformidad de sus integrantes humanos. Y que la comunidad de los pueblos hispánicos sienta, en toda su magnitud, el imperativo histórico de encontrar por sí misma las razones que la hacen acreedora a esa "peculiaridad", ya que, como dice en bellísimas frases el más grande poeta católico norteamericano, Thomas Merton: "Tú no puedes decirme quién soy yo y yo no puedo decirte quién eres tú. Si tú no conoces tu propia identidad, ¿quién va a identificarte? Otros pueden darte un nombre o un número, pero no pueden decirte quién eres realmente. Eso es algo que solamente tú puedes descubrir desde tu propio *yo*."

En estas horas, en que parecen cumplirse realmente las agoreras adivinaciones de Koestler en su profunda e impresionante novela, concluída en 1950, *The age of longing*, los pueblos hispánicos pueden aportar su voz esperanzadora al cortejo fúnebre de monsieur Anatole, sin que ello implique, bajo ningún aspecto, el deseo de que el mundo de monsieur Anatole resucite.

EUROPA Y EL BLOQUE SOVIETICO *

POR

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

PREÁMBULO

Los acontecimientos que han entristecido a Europa a partir del 24 de octubre, y sobre todo la brutal represión del ejército soviético contra los combatientes de la libertad en Hungría, han llevado a nuestro continente más cerca de la guerra que cualquier otro momento posterior a la rotura del bloqueo de Berlín. Durante los primeros días de noviembre, jefes militares y personalidades políticas se vieron forzados a considerar seriamente las perspectivas de un conflicto armado. Se ignoraba a ciencia cierta si los soviets utilizarían el impulso acelerado de sus tropas asiáticas para resolver sus problemas internos por medio de una ofensiva a este lado del telón de acero.

El drama que acabamos de vivir y la crisis internacional que le acompaña y prosigue nos imponen la obligación de un estudio político a fondo de las circunstancias presentes. Una vez más, la fragilidad extrema, que hemos dado en llamar la paz, ha hecho su aparición entre nosotros. Y a no ser que se presenten cambios radicales, llegará la recidiva de una crisis similar a la que acabamos de

* *El 22 del pasado mes de noviembre, el arquiduque Otto pronunciaba esta importante conferencia en Madrid, en una serie de ocho intervenciones públicas, en las que abordó los temas más arduos de la problemática cultural, política, social y económica de nuestro tiempo. Reproducimos seguidamente las palabras con que nuestro colaborador puso fin a esta conferencia, dictada al alumnado y cuerpo docente de la Escuela Diplomática: "...No es habitual para un extranjero hablar a estas alturas de asuntos que conciernen exclusivamente a él mismo. Pero me dispensaréis que os diga con absoluta franqueza que me es imposible sentirme extranjero aquí. No pesan tan sólo los recuerdos inolvidables de juventud, que debo tanto a la amistad caballeresca de vuestra nación como a la figura legendaria del rey Alfonso XIII. Existe también, y sobre todo, el hecho de una larga historia vivida en común y los símbolos—las águilas bicéfalas—que significan, entre vosotros como entre nosotros, grandeza, imperio y espíritu occidental. Para nosotros como para vosotros, la idea imperial, en el sentido cristiano de la palabra, es una misión a la que no podemos ni debemos renunciar. Imbuído por este espíritu, se me permitirá deciros que España, en las horas difíciles de esta generación, luchará siempre de la noble forma que corresponde a su ejecutoria. Madrid se comportó como capital de Europa en la hora de las primeras informaciones sobre Hungría. Continuad vosotros por este camino en los días venideros, y la gloria de la gran tradición espiritual de España seguirá viva en vuestras manos."*

sufrir. La cuestión no estriba ya en si se ha de producir. Todo observador serio no puede negarlo ya. Sólo se trata de saber cuándo.

Entre tanto, y mientras no se verifique un cambio tan temible, existirá la coyuntura para la acción política. Esta acción se convierte hoy día en un deber ineludible para quienes no han abandonado todavía la esperanza de salvar a la paz. Bien entendido que, al pronunciar esta palabra, no coincidimos, por supuesto, con los pensamientos de nuestros adocenados coexistencialistas. Para nosotros, paz y libertad van unidas indisolublemente, y no es posible aceptar una sacrificando a la otra. Además, estamos convencidos de que, cuando todavía no ha acontecido lo irremediable, es factible alcanzar los objetivos deseados, gracias a un absoluto realismo y a una política idónea, basada en conocimientos objetivos, y sin necesidad de sufrir una tercera guerra mundial.

STALIN: PRIMERA FASE

El arranque de todo estudio objetivo ha de partir de la Europa que, por regla general, asociamos a las grandes Conferencias de Teherán y de Yalta.

En realidad, la cuestión se remonta a un ayer más lejano. En la semana que siguió al avance del ejército alemán sobre la línea fronteriza polaca, Stalin reunía a su Politburó. Revivamos la atmósfera de aquellos momentos. Son los últimos días de junio de 1941. El ejército rojo estaba gravemente afectado por el ataque alemán, tan poderoso como imprevisto. Por todas partes, las masas acorazadas progresaban con enorme celeridad. En Occidente, donde, una vez más, los Estados Unidos se mantenían técnicamente neutrales, era opinión extendida que Rusia se desplomaría antes de fin de año. Era lógico esperar, por tanto, que la primera reunión de la suprema autoridad soviética se ocupase de la catastrófica situación militar. La mayoría de los Gobiernos occidentales lo hubieran hecho así. Pero Moscú era diferente.

Stalin y sus colaboradores se consagraron exclusivamente a fijar los objetivos bélicos de Rusia, reconociendo—y en este punto es preciso respetar la grandeza, incluso en el adversario—que la guerra no constituye un fin por sí misma. El dictador del Kremlin no prestó oídos al absurdo lema de "*Let's win the war first and think of peace thereafter*"; o sea: "Ganemos, ante todo, la guerra; que siempre habrá tiempo de pensar en sus objetivos después de

la victoria." El gran georgiano sabía que no puede establecerse una línea divisoria entre guerra y paz. La política seguida en la fase anterior determina la siguiente. Sólo una paz auténtica puede justificar los sacrificios. De ahí que toda propaganda bélica haya de determinarse por el objetivo final. Stalin no hubiera caído nunca en el error imperdonable que fué, por ejemplo, el infortunado lema de la "rendición incondicional".

Durante la sesión del Politburó ya aludida, el dirigente soviético fijó los puntos geográficos que habría de alcanzar una Rusia victoriosa. Así, trazó las fronteras actuales de Finlandia; confirmó la anexión de los Estados bálticos. De allí parte la línea que atraviesa a Polonia. Ya por entonces se había previsto una derivación de este país hacia el Oeste, con el objeto de permitir a Rusia el desplazamiento, a costa de Alemania, de los habitantes de las regiones anexionadas, y de poblar asimismo su territorio de forma homogénea con rusos y ucranianos. Además, decidió entonces la incorporación a la zona soviética de la Ucrania cárpata, toda la Transilvania y Rumania. Su plan abandonaba el resto de Europa a la población autóctona o a las potencias occidentales.

Semejante frontera hubiera sido, hablando militarmente, en extremo favorable a Rusia. Por la situación de Polonia y de los países bálticos, una acción ofensiva hacia el Oeste, con utilización de la gran llanura nórdica de Europa, hubiese resultado tan fácil como lo es hoy en día. La posesión de la Ucrania cárpata le brindaría a la Unión Soviética una cabeza de puente sobre las estribaciones meridionales de los Cárpatos, que hubiera reducido esencialmente la importancia militar de esta fortaleza militar. Partiendo de Rumania, Moscú hubiera podido proseguir una política balcánica activa. En el pasado, las ambiciones rusas sobre el Bósforo y los Dardanelos—el antiguo sueño bizantino—fracasaron también, porque la angosta llanura que separa la Transilvania del mar Negro no constituye una línea segura de abastecimiento mientras las cumbres cárpatas se encuentren en manos potencialmente hostiles. Durante el siglo XIX, el Imperio austro-húngaro había conseguido obligar a los rusos a una retirada de los Balcanes, al movilizar a sus tropas. Con la línea establecida por Stalin, el Kremlin hubiera podido transmitir al mundo un aire mentido de gran moderación, mientras alcanzaba una base de partida ideal para el porvenir.

Moscú continuó fiel a este concepto hasta poco antes de Yalta. Pero la gran debilidad de las potencias occidentales, su hábito de ceder en todo terreno y la renuncia al Plan Churchill de un desembarco en los Balcanes... originaron la expansión de las ambiciones soviéticas hasta el Elba y el Enns. Aparte de ésta, hubo otra razón que obró asimismo. Todos los historiadores están de acuerdo en afirmar que, durante los años de 1940-1944, la tensión nerviosa ininterrumpida y el trabajo sobrehumano habían arruinado la salud de Roosevelt y, con ella, sus facultades mentales. Pero se olvida que la guerra exigió de Stalin un esfuerzo si cabe todavía mayor. El jerarca ruso no era ya un hombre joven. En el curso de la desestalinización se nos han dado a conocer las primicias de ciertos hechos que, pensando con lógica, debimos adivinar mucho antes. Pero en este punto, como en otros, fuimos víctimas de una propaganda que se infiltraba generalmente, y que obligó a aceptar el mito del superhombre del Kremlin incluso entre anticomunistas convencidos. Hoy sabemos que la psiquis de Stalin sufrió más la fortuna de la guerra que la del presidente norteamericano. El ruso perdió el sentido de la medida y de lo posible. Uno de los primeros síntomas de este relajamiento de sus facultades consistió en que ya nunca se avino a mantenerse en las fronteras estratégicamente justas que había fijado a su Imperio, sino que, en la excitación de la victoria, se dejó arrastrar más allá de los límites de la fortaleza, para precipitarse, como un aventurero, en campo abierto.

Esta decisión ha constituído probablemente el error más grave de la política staliniana. Si la Unión Soviética hubiese sabido conservar la medida, habría tenido la seria oportunidad de convertirse, por la libre voluntad de los pueblos, en la primera gran potencia del mundo. No cabe duda de que Norteamérica hubiera escogido un nuevo aislacionismo, que sólo podía conjurar la amenaza. Pero el avance ruso hasta el corazón de Europa indujo a errores que acabaron por poner coto brutal a las expansiones rusas. La agresión contra Grecia fué la consecuencia lógica de la ocupación de Bulgaria. Este fué el origen de la *Truman doctrine*, de la que probablemente los historiadores futuros dirán que no fué inferior en trascendencia e importancia a la *Monroe doctrine*. Por otra parte, la ocupación de la Alemania Central llevó lógicamente al bloqueo de Berlín, cuya quiebra constituyó la derrota más grave de la política rusa. En fin, la ocupación de Viena du-

rante diez años terminó también en una retirada, cuyas consecuencias ulteriores pueden imaginarse, sin pretender todavía juzgarlas definitivamente en sus auténticos alcances.

LA DESESTALINIZACIÓN SOVIÉTICA

Con la terminación del régimen staliniano en Rusia y con los disturbios subsiguientes a la muerte del poderoso dictador hubo de establecerse por necesidad una nueva línea política.

Los grandes avances del año 1945 despertaron en los comunistas rusos la creencia de que la revolución mundial se hallaba próxima. Al propio tiempo prendía en las masas un sentimiento paneslavo y mesiánico: proyectando sus tropas "invencibles" sobre el Elba, se arrobaban imaginando un rapidísimo salto hasta el Océano Atlántico. Tanto más duramente hubieron de operar las derrotas de Grecia y de Berlín sobre los ánimos del comunista soviético. Y sobre todo, quizá, el inmovilismo y el hecho de que los frentes comenzaran a estabilizarse.

La *Policy of containment* norteamericana ha sido objeto de duras críticas. Yo mismo he puesto en duda su eficacia. Pero los hechos han demostrado lo contrario. En efecto, el Plan de George Kennan había reconocido que, desde un punto de vista psicológico, la estabilización de los frentes no podía perjudicar a un Occidente cuyo ideal se basa en la defensiva. Por otra parte, le exasperaría necesariamente el Estado cuyo objetivo fuera dinámico, esto es, la revolución mundial. Por desgracia, al Plan Kennan le faltó un punto esencial, que aminoraba fuertemente su valor. Y es que olvidó el hecho de que habría de llegar el momento en que los nervios del adversario comenzaran a desatarse.

Sin embargo, desde esta perspectiva ha de considerarse la problemática de los epígonos de Stalin. Era esencial para ellos la recuperación de la iniciativa perdida. La derrota ante Berlín les enseña que esta iniciativa no es posible por el empleo de la fuerza armada, al menos en la Europa occidental. Y, en consecuencia, la política se desplaza hacia el sector diplomático, con el objeto de liquidar los frentes congelados y de salir a campo abierto, incluso al precio de una retirada táctica.

No obstante, esta apertura tiene más simple expresión que realización, sobre todo para un doctrinario como Krustchov. Porque, si bien la revolución mundial es el dogma primero de la religión materialista del Kremlin, la creencia en la infalibilidad del partido

no le va a la zaga en importancia. El partido se ha identificado una única vez con una equivocada concepción táctica durante los años de la decadencia staliniana. Cabe explicar a los intelectuales la distinción entre táctica y estrategia. Pero es punto menos que imposible entre las masas. Así, pues, tras 1953, los dirigentes de la Unión Soviética se enfrentaron con la necesidad insoslayable de crear una cabeza de turco, con el objeto de hacer creer al pueblo que el error radicaba no en el partido, sino en un solo individuo. Fracasó el primer intento de imputar la culpabilidad a Beria tras su ejecución. Porque existen límites, incluso para la credulidad de la población rusa. Sólo una decisión heroica pudo luego librar al régimen comunista de este doloroso dilema. De este modo, la desestalinización se convirtió en el corolario lógico de la política ginebrina. Ambas premisas forman partes complementarias de un mismo concepto. Su objetivo consiste en acabar con las líneas y directrices rígidas y de asegurar asimismo la libertad de movimientos a los nuevos líderes de la Unión Soviética.

CRISIS EN EL BLOQUE SOVIÉTICO

La situación creada por la doble maniobra de Ginebra y de la desestalinización influiría no sólo sobre el mundo libre o sobre las relaciones Este-Oeste, sino también sobre los acontecimientos en el seno del bloque soviético. El tórrido viento oriental, del que se habló en su día, hubo de soplar asimismo sobre los territorios dominados por Rusia antes de atravesar el telón de acero. Y la desestalinización fué desde un principio un arma de doble filo. Los cambios personales y políticos tan importantes dejan necesariamente su huella. Y los acontecimientos iniciaron su curso.

Si hoy día nos impresiona ante todo cuanto pasa en los países ocupados del Este europeo, no hemos de olvidar a este respecto que la crisis que manifiesta el bloque soviético tiene ya repercusiones en la misma Rusia y puede conducir a situaciones absolutamente imprevistas. No nos referimos aquí a cambios de personal, inevitables como consecuencia de los acontecimientos de las últimas semanas. Beria hubo de sufrir las consecuencias de la rebelión de Berlín. Por lo mismo, es probable que los días de Krustchov estén ya contados. Pero importa que sean Mikoyan, Malenkov o, quizá como más probable, Zhukov quienes se hagan con la sucesión, porque se trataría invariablemente de hombres del sistema. Pero al hablar de subversiones en la situación de la U. R. S. S., nos refe-

rimos a algo más fundamental. Porque Rusia está tan afectada en su esencia que exigirá algo más que cambios artificiales. Los soldados soviéticos que se negaron a disparar sobre el pueblo en Budapest son el signo precursor de acontecimientos venideros.

El 12 de julio del presente año moría en la helvética Zurich, de un ataque cardíaco, una de las mentes más poderosas de nuestro tiempo: el publicista, político y banquero doctor Félix Somary. El día anterior a su muerte, al encontrarse con un amigo, llegó a decirle: "En el plazo de cinco años, el bolchevismo ya no existirá." Podemos adherirnos a esta profecía, pronunciada por un hombre que durante toda su vida representó el ingrato papel de Casandra en Europa. Y que se ha hecho odiar, en consecuencia, por todos los menguados y los mediocres. Estamos de acuerdo con este juicio de la situación actual, sobre todo si agregamos lo siguiente a la frase del difunto Somary: "A condición de que Occidente practique una política adecuada."

CRISIS DE LA ECONOMÍA RUSA

El empeoramiento de la situación en la Unión Soviética se nos manifiesta en los más diversos campos. Una de las supuestas conquistas más importantes de la política comunista consistió en haber eliminado presuntamente las crisis económicas. La propaganda rusa no cesa de hablar de ello. Y, antes al contrario, Moscú combate en dos frentes contra fenómenos amenazadores.

El secreto del éxito comunista en política interior se explica, ante todo, por el hecho de que, pese a una propaganda ideológica de cara al extranjero, el partido ha conseguido mantener el *standard* de vida de su propia población a un nivel ínfimo. El habitante medio del bloque oriental no dispone realmente de tiempo para ocuparse de política, y se adentra espiritualmente en el problema de asegurarse su miserable existencia. Su reducidísimo tiempo libre lo acapara el partido. Al regresar a su casa, cae literalmente en el sopor del agotamiento. Tal es la razón por la cual Stalin fomentó siempre la industria pesada, a costa de la industria de los bienes de consumo. Ello es sólo posible por un tiempo limitado, sobre todo en un país devastado. Pero, a largo plazo, el mercado de la industria pesada se satura. Incluso en el caso de rearme febril. Porque sólo es posible utilizar una cantidad limitada de acero para las armas nuevas. El fenómeno es semejante al hecho de que, en una superficie dada, sólo sea posible emplear, por razones físicas, un limitado número de tractores.

Por esta causa hubo de plantearse un serio problema económico poco antes de la muerte de Stalin. Malenkov intentó ponerle coto autorizando la expansión de la industria de consumo. El resultado fué un aumento (mínimo para los *standards* occidentales) del nivel de vida soviético. Casi inmediatamente después, esta situación originaba las tensiones políticas que provocaron la decisión unánime del partido de reemplazar a Malenkov por Krustchov y Bulganin. Los manes de la coexistencia con el extranjero retornaron, ya entrado 1955, a la concepción staliniana de la economía. La industria pesada se desarrolló nuevamente a costa de la industria de los bienes de consumo. Y con toda naturalidad se plantea de nuevo el problema de 1952. Ello explica el empeño desesperado del régimen por conquistar mercados exteriores y los viajes febriles de Mikoyan. No obstante, para un país como la Unión Soviética —contra la cual existen prejuicios morales, incluso sin hacer mención al conservadurismo natural de los mercados—esta expansión del comercio exterior no puede realizarse de la noche a la mañana. De ahí que continúe aumentando la presión interna.

Con simultaneidad a esta superproducción de argumento político se manifestaban los primeros síntomas graves de una crisis agraria. Hoy día se reacciona duramente en Norteamérica contra el acrecentamiento de los excedentes agrícolas y por la disparidad progresiva de los precios industriales y agrarios. Si analizamos atentamente las estadísticas, algo mejoradas, de la U. R. S. S., podrá comprobarse que allí se lucha hoy con los mismos problemas. No son éstos, pues, monopolio del mundo capitalista. Con ello, la Historia nos enseña que una crisis económica general comienza siempre en el sector agrícola. El pronóstico es, por tanto, gravísimo para Rusia.

Estas amenazadoras perspectivas económicas se enconan aún más con una crisis de política interior. Esta crisis proviene del eterno problema de toda dictadura: el problema de asegurarse la sucesión. Stalin había logrado franquear este peligroso escollo tras la muerte de Lenin; hoy día, las perspectivas parecen menos alentadoras para el régimen. La experiencia secular nos muestra que nunca se ha conseguido una dirección suprema de carácter colectivo. Además, el Kremlin ha de contar con el conflicto de las generaciones. Según la afirmación unánime de cuantos en los últimos tiempos se relacionaron con los jerarcas soviéticos, la joven generación de dirigentes ya no cree en el marxismo-leninismo. Se trata de tecnócratas nacionalistas en estado puro, que escuchan las lucubraciones ideológicas de Krustchov con ironía o con cólera. Sote-

rradamente arde hoy alerta en la Unión Soviética la revolución palatina de los jóvenes, que coarta la libertad de acción de los mayores.

CRISIS DE LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA

Por último, como hecho quizá más grave, la U. R. S. S. ha de hacer frente a una crisis política internacional. En efecto, desde 1948, y en particular después de la muerte de Stalin, la supremacía de Rusia en el propio bloque soviético ha remitido considerablemente.

El carácter monolítico del Estado oriental proviene, sobre todo, del hecho de que la Unión Soviética fué la sola gran potencia verdadera del bloque. Pero ahora, con el acceso de la China Popular, surgió una nueva fuerza en el horizonte. Es indudable que Mao Tse-tung reconoció tácitamente la primacía de Stalin. Pero con la batalla del Yalú—río que, más de una vez, ha decidido el futuro del género humano—, en la cual las tropas chinas infligieron una severa derrota a las fuerzas del general McArthur, los observadores atentos verificaron la realización de un cambio notable, que rebasaba los límites de la cuestión coreana. Y sólo el prestigio personal del viejo tirano del Kremlin pudo evitar que esta realidad nueva pasara al dominio de las grandes masas.

Pero, una vez enterrado Stalin, sus epígonos no pudieron sostener su posición. Desde 1953 puede decirse que el centro de gravedad del mundo comunista ha comenzado a desplazarse hacia el Este. Este movimiento adquirió tal amplitud, que en los comienzos del otoño de 1956 este centro de gravedad podía situarse en un lugar de las llanuras siberianas, a mitad de camino entre Moscú y Peiping.

La revolución húngara ha acentuado aún más esta evolución. El prestigio de Moscú ha descendido de golpe por lo menos en un grado. De potencial mundial de primer orden, Rusia ha recaído en un segundo rango. Por analogía, podría decirse que Rusia era comparable a Norteamérica, y China, a Gran Bretaña. Pero hoy día sus papeles se han trocado.

Es interesante notar que, desde el comienzo de noviembre de 1956, Mao Tse-tung se ha hecho con varios partidos comunistas asiáticos. Y, además, Peiping intenta reemplazar diplomáticamente a Moscú en aquellas regiones que aún hoy podrían ser consideradas como coto privado ruso. Con este fin, China explota con gran habi-

lidad el profundo descontento que impera en numerosos países asiáticos, provocado por la nueva del fracaso de la ofensiva económica de los soviets, con la que contaban sus beneficiarios orientales. Efectivamente, esta ofensiva estaba basada en gran parte en aportaciones de Polonia, de Hungría y de Checoslovaquia. Pero estos tres países se han manifestado poco fieles a Moscú o están arruinados. En todo caso, ninguno de ellos puede considerarse en un futuro inmediato como ayuda para los desvelos comerciales de Moscú.

A largo o a corto plazo, estos hechos plantearán a Rusia un dilema extremadamente doloroso. O bien la U. R. S. S. ha de aceptar el papel de satélite chino, o bien el país habrá de revisar a fondo toda su política del presente y su estructura interna. No habrá medio humano de escapar a esta alternativa; sobre todo, en el momento en que las masas soviéticas verifiquen la magnitud del desastre. Este desengaño coincidirá, por supuesto, con el desplome del mito del comunismo como doctrina del futuro, tal y como ha evidenciado el carácter esencialmente joven del levantamiento húngaro.

Estos hechos nos llevan a la conclusión de que en la coyuntura actual operan numerosos factores de una revolución rusa contra el régimen soviético. Y si no osamos llegar más lejos es porque no queremos—por prudencia, a la que nos han habituado las duras décadas vividas—dejar a Occidente un margen de error.

TITO Y LA FICCIÓN TITISTA EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Todavía hoy existen políticos que hablan del factor Tito. Tras su enajenación de la Kominform por orden de Stalin, el mariscal yugoslavo había ganado en importancia a los ojos de Occidente y, en consecuencia, también a los del Kremlin. Esta doble perspectiva ha permitido al jerarca yugoslavo la prosecución de una política de Estado financiada por Occidente.

No obstante, un observador atento y objetivo de la situación habrá de concluir que el corazón del dictador yugoslavo pertenece al mundo comunista. Su política tras la desaparición de Stalin prueba que se trataba, en su caso, de un mero conflicto de incompatibilidad personal y no de una oposición ideológica. Esta es la razón por la cual, desde 1953, las relaciones entre Belgrado y Moscú volvieran a ser amicales. Y haría falta toda la ceguera vo-

luntaria de los propagandistas occidentales para no ver lo que se constituye en evidencia misma.

Cierto número de personas en Wáshington y en Londres siguieron esperanzadas la llamada "política de independencia" de Belgrado. Se resistían a reconocer el hecho de que esta política prestaba un servicio eminente al Kremlin. En efecto, la economía yugoslava se encontraba en un estado tan misérrimo que interesaba a Moscú abandonar a su aliado al pasivo de las cuentas occidentales, puesto que los recursos rusos eran limitados. Además, un Tito digamos "occidental" era inestimable para sus comparsas no sólo en el terreno de la información militar y de la diplomacia.

Si Tito se convertía en irreemplazable para sus aliados y amigos, en el mundo libre servía a la ficción de la existencia del titismo como fuerza comunista independiente del Kremlin. Esta ilusión fué tanto más fuerte cuanto existían múltiples pruebas concluyentes de su absurdo. Los norteamericanos dilapidaron millones en Francia y en Italia, con la esperanza de crear allí partidos titistas. Inútilmente. Un producto peculiar del suelo yugoslavo no puede trasplantarse al Oeste. La misma afirmación podría aducirse *a fortiori* de los otros países del este de Europa, donde los odios y rivalidades existen en torno a Belgrado.

La impostura titista sólo tiene sentido en la perspectiva de Moscú, en el plan soviético de asegurar, gracias a la persona del comunista de Belgrado, una línea de repliegue en caso crítico. El Kremlin había preparado a largo plazo la maniobra que arrojaría a Tito del Poder en una hora difícil. El encarcelamiento de determinados titistas no tuvo otro sentido, ya que se les guardaba en la reserva para utilizarlos en el momento oportuno. Pero los jefes soviéticos, astutos por lo general, olvidaron la antigua verdad popular de que no es posible detener a media ladera un carruaje sin mando que se precipita monte abajo. No estudiaron suficientemente la historia de Murat, rey de Nápoles. Esta hechura de Napoleón quiso intentar también la práctica de una política de independencia. Pero Murat sólo pudo sobrevivir políticamente unas semanas a su amo. De igual modo, hubiera sido inconcebible destituir a Hitler a la terminación de la segunda guerra mundial, colocando en su lugar a un Goering cualquiera.

Todo ello explica la debilidad de Tito durante los últimos acontecimientos. Un hombre que había soñado con convertirse en dueño y señor de la cuenca del Danubio, nada ha podido hacer en la práctica durante las jornadas trágicas de Budapest. Bien es cierto que intentó representar su papel en el plano de la pro-

paganda. Pero nadie escuchó sus palabras. Y los elementos llamados titistas de Hungría fueron los primeros en denunciar su solidaridad con el dictador de Belgrado.

EUROPA, CLAVE DEL FUTURO INTERNACIONAL

Una imagen objetiva de la situación del Este europeo y de la Unión Soviética nos proporciona, pues, pese a las apariencias, sólidas razones de optimismo a largo plazo. Incluso a pesar de la sombría tragedia de un pueblo noble que, con un valor digno de mejor suerte, situó al comunismo al borde de la derrota.

No cabe duda de que este hecho es por sí mismo altamente aleccionador. Porque la Unión Soviética, pese a su victoria aparencial, se encuentra en una situación extremadamente difícil en Hungría. Su política mundial le obliga a conservar a la hora presente la ficción pacífica de las alianzas. Por otra parte, el régimen de Janos Kadar sólo puede mantenerse con la ayuda de la ocupación física del país por el ejército soviético. Efectivamente, el traidor se encuentra en un aislamiento sin precedentes en la Historia. En la hora actual, el comunista títere sólo puede tener confianza en determinadas personas, lo cual es absolutamente insuficiente para gobernar un país; incluso después de las matanzas y las destrucciones. Así, pues, Hungría se convierte cada día más para la Unión Soviética en un lastre inútil, con el que ha de cargar. El país magiar, al igual que Polonia, es prisionero de Moscú; pero, al propio tiempo, la U. R. S. S. se siente igualmente cautiva. Porque está condenada a una política de ocupación que la inmoviliza en el momento en que más necesitada está de libertad de maniobra.

Esta debilidad manifiesta del enemigo puede constituirse asimismo en fuente de peligro internacional. Pese a las defecciones de unidades rusas en Hungría, el ejército rojo sigue siendo una inmensa máquina guerrera, comparable a la de los Estados Unidos. Si en la hora actual no hay razones para creer en una agresión soviética basada en un sentimiento de poder, no podemos excluir la hipótesis de un movimiento militar que siga a la crisis política. Los hombres amorales que dirigen el Kremlin pueden sucumbir a la tentación de aplazar sus problemas insolubles recurriendo a la guerra, como todos los tiranos desesperados que les precedieron. En este sentido está justificado afirmar que las condiciones políticas, favorables en esencia al mundo libre, podrían convertirse indirectamente en causa de una sangrienta conflagración.

La Historia prueba la absoluta imposibilidad de obtener la paz en semejante coyuntura, sometiéndose a la voluntad del tirano. Todo signo de debilidad no es sino un estímulo para el agresor en potencia. No podrá salvarse la paz sino por medio de una política clara y fuerte.

Como apoyo de esta tesis citemos los resultados positivos de una actitud enérgica cuando ésta fué mantenida por los Estados Unidos. Recuérdense los alaridos de dolor de todos nuestros neutralistas de hoy día cuando Norteamérica enunciaba la *Truman doctrine*, cuando los Estados Unidos ayudaban al Irán y cuando Wáshington se decidió a no ceder al chantaje del bloqueo de Berlín. Una y otra vez se dijo que el State Department practicaba una política de guerra. Pero hoy sabemos que la energía de los Estados Unidos salvó entonces al mundo. Sólo nos cabe expresar la esperanza de que el espíritu que condujo a estas tres decisiones sea también el que inspire a la nueva Administración del presidente Eisenhower.

Pero aunque es indiscutible que Norteamérica ha de significar mucho en la evolución política del mañana, no debemos olvidar a este respecto la importancia de la Europa occidental. En las horas trágicas de los combates liberadores de Hungría hemos visto meridianamente cómo la actitud enérgica de algunos países (España, Austria e Italia en la O. N. U.) proporcionaban una ayuda inestimable a la nación húngara, participando así en este milagro de revolución victoriosa contra el poderío de un gobierno totalitario. Porque, no lo olvidemos, la revolución húngara ha triunfado. Y sólo la guerra exterior—es decir, la agresión soviética—ha cambiado una vez más, aunque por breve plazo, el curso de los acontecimientos.

Un estudio objetivo demostrará, desde luego, que en la situación presente, tal y como hoy se da, la clave del futuro de nuestro mundo no se encuentra en Moscú ni incluso en Wáshington. Porque se halla en el occidente de Europa.

Nada puede ilustrar mejor este hecho que las leyes inmutables de la Historia, que a largo plazo no se dejan violar. La evolución del Este europeo, a la que nos hemos referido, prueba que no puede subsistir una línea de demarcación artificial tal y como fué trazada en Yalta. Tarde o temprano cambiará: en una o en otra dirección.

Se reconoce, por lo general, que los Estados Unidos y Rusia suelen equilibrarse más o menos en la balanza del poderío militar. Entre ambos poderes se encuentra la Europa libre, cuyo censo

de población y potencia económica son equivalentes a los de la Unión Soviética. A la hora en que las dos potencias mundiales se neutralizan y Rusia parece perder la dirección del bloque soviético, esta fuerza de la Europa libre puede convertirse en decisiva. Si nuestro continente comprende la necesidad imperiosa de unificarse, y si deja de lado (por así decirlo, a la hora undécima) los puntos de vista egoístas y particulares, Europa podrá hacerse dueña de la situación.

No es que queramos preconizar aquí la aventura militar. Ninguna persona razonable lo haría. Pero no debemos olvidar que una fuerza política, económica y militar unida puede ser decisiva, incluso sin entrar en acción. Hemos sido testigos de ello más de una vez en el curso de la Historia. Cuanto ha sucedido últimamente en el Este hubiera tenido mayores efectos de haber existido un Occidente como entidad. Porque, en este caso, los dictadores del Kremlin no hubieran osado utilizar sus fuerzas con la brutalidad y el cinismo increíbles de que acabamos de ser testigos. Efectivamente, frente a una potencia superior, hasta un tirano comunista no osaría provocar a la opinión pública mundial más allá de ciertos límites.

Podemos, por tanto, concluir que el deber más urgente de los occidentales ha de consistir en asegurar una superioridad indiscutible como producto de su unificación. Ayer, crear a Europa constituía un objetivo codiciable; hoy es un imperativo categórico.

Nuestra división europea ha sido la gran responsable de cuanto ha sucedido en Budapest. Y nuestra generación habrá de comprender, por último, que no cabe discutir con un totalitario sino a la hora en que es posible reforzar las palabras con una potencia militar efectiva.

NUESTRO OBJETIVO: LA UNIFICACIÓN DE EUROPA

En consecuencia, el primer paso de una política constructiva ha de darse en Occidente. Más o menos, estamos en la obligación de conocer nuestros deseos. Desde ahora es esencial la preparación de planes concretos para el futuro, con el fin de no verse sorprendidos por los acontecimientos.

Pero si hablamos de planes, no entendemos por ello determinados pasatiempos de ciertos grupos, que se creían en la obligación de preparar inmediatamente para los países del Este unas Constituciones y unos sistemas políticos. Pretenderlo es inútil e injusti-

ficado. Inútil, porque las decisiones en política interior no pueden llevarse a cabo sino cuando se hayan liberado los países y por quienes hayan luchado sobre el terreno. E injustificado, porque el sentimiento de soberanía nacional dicta una tregua política absoluta durante la ocupación extranjera. Por añadidura, toda importación en política interna es siempre un engaño. El ejemplo de los gobiernos comunistas satélites, que no han conseguido en diez años de mandato echar raíces profundas en la problación, prueba la inseguridad de los regímenes impuestos por el extranjero.

Si eliminamos, por tanto, la política interior de los planes futuros, quedan todavía numerosos problemas relacionados con las cuestiones internacionales, que exigen una urgente atención por parte del mundo occidental.

La evolución del porvenir demanda, ante todo, nuestra renuncia a prejuicios injustificados. A este respecto, una determinada propaganda occidental peca por su legitimismo reaccionario en el sentido más estricto de la palabra, esto es, el sostén que confiere a formas y a sistemas que han sido superados manifiestamente por los acontecimientos. Interesa subrayar que muchas personas que se dicen progresistas exigen el retorno incondicional a las condiciones del pasado. Este es el caso particular de quienes exigen hoy en día la restauración integral del sistema establecido en 1918 en la cuenca del Danubio. Se nos repite sin cesar que la obra del doctor Edouard Benès fué definitiva. Y se olvida que ciertos países, como, por ejemplo, Checoslovaquia se desplomaron sin una sola herida al primer ataque, y que apenas restaurados por la acción de las armas han caído de nuevo víctimas del poderío del Este. Cuando un Estado se hunde por dos veces sin esbozar siquiera un gesto defensivo, ello prueba la debilidad de su estructura. A título comparativo quisiéramos llamar la atención sobre el hecho de que a una coalición mundial le fueron necesarios más de cuatro años de guerra para abatir al Imperio austro-húngaro. Es preciso reconocer, por tanto, que constituiría un grave error pretender continuar una política de restauración en la cuenca del Danubio o en el Este europeo. Las fronteras no son sagradas, porque fueron trazadas en 1919 y restablecidas en 1945.

Mucho mejor sería, pues, que Occidente, siempre con vistas a la creación de una auténtica Europa, otorgase a los pueblos del Centro y del Este europeos el derecho a crear los Estados y las fronteras que les convengan. La idea de la autodeterminación de los pueblos cuenta hoy día con un gran poder de atracción. Esta idea no está limitada a los antiguos territorios coloniales. Y no

olvidemos que los países de la cuenca danubiana han sido tratados durante una década como colonias rusas.

Se ha pretendido que la autodeterminación de los pueblos destruyó la unidad del Este europeo. No participamos de este criterio. Porque precisamente a la terminación de la primera guerra mundial, los territorios interesados no tuvieron ocasión de pronunciarse libremente. Y esta circunstancia ha contribuído ampliamente a la inestabilidad de la situación entre los dos conflictos mundiales.

La unificación europea que ha de constituir nuestro objetivo exige la máxima aplicación de la autodeterminación de los pueblos. Bien es cierto que se nos dirá que la comunidad europea habrá de constreñirse a fronteras menos importantes que las de la hora actual. Es justo. Porque a este respecto habrá que permitir a los pueblos y grupos de pueblos interesados la determinación propia del Estado en cuyo seno desean vivir. Porque cualquier violación de este derecho fundamental sólo puede perjudicar a largo plazo a quien se haya convertido en responsable de ella. El principio que no ha de apoyarse en las bayonetas vale tanto para las naciones como para los individuos. Y los problemas que no se resuelven—sobre todo los de carácter nacional—tienden siempre a envenenar y a contaminar todos los cuerpos. Por añadidura, las fronteras estratégicas pasarían al ayer en una Europa unida.

En cuanto a la vida económica, quienes propugnan la restauración del orden de 1918 y 1945 parecen olvidar también que el mundo no se detuvo en 1948. La nueva industrialización del Este europeo ha provocado una integración económica de la región danubiana. Esta región se ha convertido en un poderoso *conbinat* industrial. Cualquier nuevo despiezamiento conduciría necesariamente a una gravísima crisis. El hecho de que los rusos—pese a sus ideas políticas y a causa de imperativos estrictamente económicos—se hayan visto forzados a su pesar a recurrir a la vía de la integración, confirma, una vez más, la unidad económica natural de la cuenca danubiana.

Al hablar de cuestiones económicas hemos de recordar siempre la necesidad de un planteamiento fríamente realista durante los primeros años de la integración europea. No es posible ignorar sencillamente la reciente evolución del proceso. Un retorno inoportuno a la libertad económica conduciría fatalmente al caos. No podremos subrayar lo bastante el peligro que constituiría la consideración de ciertos factores norteamericanos, basados en razones doctrinarias de hacer implantar, tan pronto como fuera posible, las formas económicas del Oeste en los países orientales. El ajuste

a Occidente de los países que se liberen del comunismo sólo puede realizarse muy gradualmente y en observancia permanente de las necesidades sociales. No habrá que olvidar, sobre todo, que la industrialización masiva ha cambiado la estructura de la población. Más necesario será adoptar las medidas idóneas que eviten el paro obrero que amenaza, ya que numerosas industrias sólo han sido creadas en función de las necesidades del rearme ruso.

Asimismo ha de ser esencial prepararse ya para abordar una grave crisis agrícola, que podría declararse tras la caída del comunismo en la Europa oriental. La forma económica actual, el *koljos*, sólo está justificda desde el punto de vista de la productividad. Pero, al propio tiempo, es detestable en la perspectiva social. Por otra parte, sólo se mantiene gracias a la presión policíaca. Por tanto, está justificada la presunción de que una liberación del país haría desaparecer los *koljos* en pocos días, pues serían barridos literalmente por los pequeños campesinos. Ello conduciría a un declive de la productividad. Con objeto de hacer frente a este peligro podría recurrirse, como medida de transición, a las cooperativas voluntarias de productores, del tipo de las de Moshaab, en Israel. En todo caso, es preciso que Occidente tenga en cuenta que, durante los primeros años de la integración, la cuenca danubiana no será, como lo fué en el pasado, un gran exportador agrícola, sino que más bien podría convertirse, al menos temporalmente, en una región deficitaria.

LA CONDICIÓN PREVIA DE OCCIDENTE

Algunos problemas de la reintegración de la comunidad europea no han sido señalados, por considerar que debemos hacer frente, por ahora, a las cuestiones más importantes que nos afectarán sin excepción a todos. La región que muy frecuentemente constituyó en la Historia la línea principal defensiva de la seguridad europea puede recuperarse mañana, para lo cual basta con que nos empleemos sistemáticamente y con prudencia. Esta acción no es sólo interés eminente de los pueblos del Este. Es, aún más, la condición previa a que ha de atenerse el Occidente.

Hoy todavía depende de nosotros el dictado de las normas de conducta para el futuro. La evolución política actual ha dado la iniciativa a los occidentales, y, con ello, la posibilidad de conseguir una solución permanente sin pasar por la guerra y por las destrucciones sobre su suelo. Pero estos plazos de la diosa Fortuna

no duran mucho, y deben ser aprovechados. Porque mañana puede ser ya demasiado tarde. Occidente no debe olvidar que la libertad del Rin, de las costas atlánticas y del Mediterráneo se ganará o se perderá en las riberas del Danubio o en las cumbres de los Cárpatos.

Otto de Austria-Hungría.
Hindenburgstrasse, 15.
PÖCKING BEI STARNBERG / Obb.
(República Federal Alemana).



EL "PROBLEMA DEL INDIO", EN BOLIVIA

POR

JOAQUIN VILLANUEVA LLANO

1

El día del indio, que en agosto celebra Bolivia, es una fecha que nunca nos ha dejado más que desconcierto y tristeza, porque nos recuerda cómo, no obstante los ciento treinta años de vida republicana, no se ha hecho nada justo e inteligente en favor de la desamparada mayoría indígena, que sigue siendo objeto de un sistemático régimen de escarnio y vejamen impuesto por el blanco.

El indio no necesita "días" ni lirismos, no le sirve de nada que en su homenaje se celebren banquetes, a los que, desde luego, no se invita a indio alguno, o sesiones académicas en las cuales, como siempre, se promete y protesta resolver "de una vez por todas" el "grave y complejo problema del indio", mediante la redención y dignificación de éste, con un retorismo enfático que, pese a todo su indigenismo, difícilmente encubre lo que es: auténtica demagogia. Después, olvido y una intencionada indiferencia hasta el próximo "día del indio" para volver a ofrecer y prometer lo mismo. Esta actitud de engaño, que desconcierta y apena en el fondo, casi no ha cambiado: ayer, se prometía todo y no se hacía nada; hoy, se hace mucho, pero festinatoriamente...

Estas líneas no pretenden otra cosa que hacer una ligera revisión de lo que el indio es y significa y de las condiciones de vida en que se desenvuelve actualmente en Bolivia, con ayuda, en todo caso, de un documento irrefragable: la realidad.

Políticos, sociólogos, antropólogos, escritores, etc., se han ocupado en todo tiempo, unos más que otros, de lo que se dió en llamar "problema del indio"; pero ese afán por resolver tal problema nunca fué sincero (los resultados nos lo probaron), no pasó más allá de la simple especulación literaria, pues lo cierto es que, desde la fundación de la República hasta nuestros días, el "problema" sigue planteado sin la más remota posibilidad de solución, aunque este modo de pensar parezca pesimista frente a la obra abierta, franca y a todas luces pro-indígena que realiza el actual Gobierno, cuyo Jefe, en el III Congreso Indigenista Interamericano, celebrado

en La Paz, en 1954, manifestó que "los hombres de la revolución gobiernan en función de indios". Mayor definición indigenista no cabe. Empero, la obra gubernamental está comenzando, y hasta que se obtengan los resultados que persigue, la situación general del indio, sustancialmente, no dejará de ser la misma.

Los hombres que actualmente se encuentran en el mando supremo son indigenistas convencidos; su acción comienza prácticamente en 1938. En 1945, colocan la primera piedra de su obra: la abolición de la servidumbre personal gratuita de los indios llamada "pongueaje", como consecuencia de un Congreso de Indios que, posteriormente, para desgracia de éstos, fué un pretexto para acentuar los atropellos y el mal trato, a que ya se los tenía acostumbrados, por los adversarios políticos de aquéllos, que entonces retomaron el poder.

La inestabilidad política e institucional a que se encuentra sometida la República, por la enconada rivalidad de los partidos, jamás ha permitido el desarrollo normal y la lógica culminación de una obra. En Bolivia, el acontecer político no es otra cosa que el "comenzar de nuevo", el "rehacer", el "volver a empezar", o sea, un permanente estar en el mismo lugar. Hoy no se puede decir que se haya superado este "estado" por lo difícil que es saber lo que ocurrirá mañana, aunque por de pronto la obra gubernamental presente sea vasta y positiva: nacionalización de minas, reforma agraria, reforma educacional, voto universal, reforma militar, participación directa del indio en los negocios del Gobierno (algunos ministros, alcaldes y funcionarios jerárquicos son auténticos representantes del indio proletarizado) y proletarización del trabajador indígena. Pero hay que tener presente que el Gobierno no es el pueblo, ni mucho menos el Estado.

Ahora bien: las clases industrial y comerciante grandes, latifundista—que ha dejado de serlo con la reforma agraria—y media —nervio y motor de la nación—que comprende a los profesionales en general, a los militares, a los funcionarios y empleados públicos, a los artesanos y a los pequeños industriales y comerciantes, o sea, la población que no es india, ¿son partidarias de esa política gubernamental indigenista? Convencional y exteriormente, quizá; íntimamente y por convicción, no; ¿por qué? Porque las leyes no pueden destruir sentimientos; es lamentable que la palmaria labor indigenista del Gobierno no compagine con el sentir y pensar de la población no indígena, que es la que, en última instancia, debe y puede resolver el "problema del indio".

Pero ese pretendido problema es un espejismo, el verdadero, está planteado sobre una premisa distinta: la irreductibilidad de la actitud del blanco con respuesto al indio, ya que, en realidad, como dijo certeramente el crítico Carlos Medinacelli, "no es el indio el problema para el blanco, sino éste para aquél", porque siendo una minoría, en vez de gobernarle le explota, le rechaza en vez de comprenderle, en lugar de darle las oportunidades que él goza las monopoliza y le margina y, para justificar esta actitud, acaba convirtiéndole en un "problema grave y complejo...", sin darse cuenta de que, efectivamente, él es el problema, porque para el indio constituye una estupenda incógnita el hecho de que, no obstante ser el titular de cultura y civilización superiores, sea tan cruel, tan egoísta, tan poco humano y, en fin, tan contrario a las normas cristianas que él, precisamente, le impuso. (Por razones de comodidad expositiva, hemos de designar con el término "blanco"—considerado éste en sentido cultural más que racial—al mestizo auténtico, al blancoide, al mestizo bajo—cholo—, Icaza Tijerino llama a estos dos últimos "mestizo blanco" y "mestizo indio", respectivamente, y al extranjero.)

Problemático es precisar dónde comienza y acaba el indio en un país cuyo 65 por 100 de la población es indígena, compuesta por una serie de especies que existe entre los altiplánicos—aimáras y quichuas, son los más importantes de éstos—, vallunos y selváticos, y de la cual insensible y lentablemente se va extendiendo la sangre. Sin embargo, la distinción entre el indio y el que no lo es, no siempre se la hace desde el punto de vista étnico, sino empírico-cultural, ya que cuando un indio alcanza una posición cultural o económica relevantes, se "pasa por alto" su origen, se olvida "la inferioridad racial"—que se le ha atribuído en su empeño por marginarlo de la vida nacional—y, de incorporado que se encontraba, pasa a identificarse con esa vida que no es otra que la del blanco. En efecto, contrariamente a los que creen que hay que incorporar al indio a la vida nacional, opinamos, aunque la cuestión no es sino terminológica, que está incorporado, toda vez que no está fuera ni contra esa vida; lo que pasa es que no está identificado con ésta, identificación que, en su más puro sentido, debería ser el desideratum indigenista. El autor del Proyecto del Código penal boliviano, Manuel López Rey, dice a este respecto: "Incorporación en una vida y cultura no es identificación con esa vida o cultura. Y así, si bien el indio boliviano, en general, no se halla identificado con la total cultura boliviana, con los círculos de

factores universales de esa cultura nacional—conforme a la clasificación de Ralph Línton—, se halla, sin embargo, formando parte de ese segundo círculo cultural de índole especial y que, en cierto modo, constituye una subcultura con características singulares, subcultura que si bien no es identificación, sí es incorporación. Subcultura que no tiene nada de peyorativo, pero que tiene en sí los suficientes elementos éticos para construir con ellos los elementos intelectuales suficientes en orden a un conocimiento del mundo."

Así, pues, el factor racial—que en el blanco origina un sentimiento de superioridad, desde luego, falso, ya que la inferioridad o superioridad étnicas, por sí mismas, no hacen evidencia—pasa a un segundo plano, porque la verdad es que, si alguna inferioridad hay en el indio, ésta es social y cultural, nunca racial, mucho menos mental. El indio no es, como muchos creen, un degenerado corporal y anímico, tampoco es débil mental, aunque sí retrasado.

Esa supuesta superioridad del blanco—que en él es convicción—ha levantado una barrera de prejuicios, difícil de franquear por el indio, en torno a su sociedad, propia de una estructura estamental. En efecto, esta sociedad conjuga perfectamente con las características estamentales (nos remitimos a Freyer): estructuración de la sociedad según privilegios específicos y actividades atribuídas por los que tienen la titularidad de la denominación; monopolización de determinados cometidos sociales, como las carreras militar, universitaria y sacerdotal; cargos públicos, propiedad territorial latifundista y otras situaciones claves que originan el hermetismo de ese "estado". Y ésta es la realidad boliviana. En vez de existir comunidad hay una estructura de tipo estamental; y no hay comunidad por la sencilla razón—volvemos a Freyer—de que el patrimonio cultural, material y espiritual no existe como propiedad de cada uno de los diversos miembros del grupo; es exclusivo del blanco. Y como la comunidad no se encuentra plenamente desarrollada sino allí donde ese patrimonio es "poseído en común por todo un grupo, sin dominación alguna dentro de su seno; es decir, que por múltiple y varia que sea la articulación del grupo, no hay en él, sin embargo, ningún grupo parcial cuya relación con los demás grupos parciales sea una relación de dominación, que en Bolivia no la hay sino en la esfera blanca. Además, el idioma —igual ocurre con la política y la sangre—, que es una fuerza constitutiva de comunidad, no es único, o por lo menos general. Existen lenguas (están reputados como tales el quechua y el aimará) y dialectos autóctonos, tantos que el panorama lingüístico es un caos, con-

trario a toda integración comunitaria. El español es el idioma oficial, mas lo habla solamente la minoría blanca. Algo más, en torno y dentro de esa realidad privativa del blanco se ha desarrollado un concepto moral especial, trato y usos sociales especiales y una actitud vital excluyente que no comparten en modo alguno los indios.

La subcultura en la que el indio vegeta es para el blanco conveniente y necesario que subsista; no ha hecho nada para superarla pese a que el indio es el sostén de la vida nacional: en el campo, en las minas—fundamento de la economía boliviana—, en las fábricas es el que trabaja. Repitamos que, si bien el Gobierno actual, con medidas de política social, trata de cambiar la vida que hasta ahora ha llevado el indio, el blanco—que constituye el "pueblo en función política", como fuente del poder y como configurador de una personalidad nacional—no comparte esa política.

2

Conviene hacer notar que al hablar del indio nos referimos a los grupos étnicos mayoritarios y principales del país: los aimarás y los quechuas, que abarcan el área geográfica que comprenden los departamentos de La Paz, Oruro, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca; es decir, casi el 50 por 100 del territorio nacional, y las principales ciudades, por lo que su presencia y trato con el blanco son continuos e inmediatos. No ocurre así con las otras especies aborígenes, que constituyen grupos dispersos por las zonas de los llanos y las selvas y que entre sí difieren en todo y cuyo trato con el blanco es esporádico. No por eso han dejado de ser sometidos y reducidos; los cavinas, los lecos, los yanaiguas, los baurés, los sirionós, los guaraníes, etc., etc., no tienen para el blanco más valor que el de su fortaleza física para el trabajo, su frugalidad para comer y su sobriedad de costumbres. También es preciso resaltar la diferencia somática y anímica entre estos grupos. Los quechuas y aimarás, que habitan en el altiplano, la puna, la meseta andina, son graves, de rasgos severos, herméticos, inexpresivos, duros en el trato. Los de las vegas y valles son alegres, expansivos, despreocupados, de fisonomía menos huraña y enérgica. Los selváticos son ruidosos, intrépidos y agresivos. Estos tipos son la expresión más acabada de la influencia telúrica y demás factores ambientales del medio en que habitan.

Apuntemos, de pasada, las características de la personalidad del indio en general. Aunque no creemos en el valor absoluto de las

clasificaciones tipológicas, aplicaremos la teoría de Kretschmer. De acuerdo con ella, la estructura corporal del indio se hallaría localizada entre el leptosómico y el atlético (no hay tipo definido). Con relación al tipo medio boliviano, el indio es leptosómico; corresponde a esta estructura somática el temperamento asténico, bradipsíquico—de reacciones lentas y tardías—explosivo; tiene temperamento de "bomba con efecto retardado". Su actitud vital es totalmente asténica (Mezger): "sentimiento de sumisión, de sufrimiento, de debilidad e incapacidad, de inferioridad y depresión". Tendencia a la pasividad y a la timidez. La estructura temperamental descrita ha sido en cierto modo "impuesta", toda vez que, en verdad, el indio debía ser impulsivo como corresponde a la personalidad esquizotímica, dentro de la que, aunque sea relativamente, debe encasillar el leptosómico. En realidad, el indio tiene una personalidad difícil de clasificar, es sinuosa; sus reacciones no corresponden a los estímulos, no son constantes; vive dentro de un régimen de inhibición con respecto a aquéllas: al latigazo, al desdén y al insulto del blanco no opone, como puede hacerlo otro blanco, la defensa activa o el contraataque; humillarse, claudicar, obedecer, son sus respuestas. Las reacciones lógicas jamás afloran. Las va acumulando dentro de sí hasta colmar su capacidad de resignación, y entonces estalla. En todo caso, el indio debía haber sido todo lo contrario: lleno de dignidad, de orgullo, con una actitud señorial frente a la vida, de reacciones adecuadas como lo es el hombre libre y como lo fueron sus antepasados. Pero es más bien un caso típico de personalidad desvirtuada por la acción del mundo circundante; mediante un sistemático trato de desprecio lapidario, se logró su despersonalización y, al mismo tiempo, se le envileció sin escrúpulo alguno, para asegurar la "naturaleza superior" del blanco: superioridad, en el hecho, que no es sino ventaja de tiempo y oportunidad. Por esto, la personalidad del indio es espuria, ilegítima.

En su impenetrabilidad espiritual, en el misterio de su vida anímica, en el hermetismo y desconfianza con que responde a la actitud del blanco—que a lo mejor no es sino un soberano desprecio—ha querido verse una añoranza del ancestro. No pocos han querido especular con esta suposición, desde luego con intención efectista y en provecho suyo, y con euforia "vernaculista" pretendieron exhumar mitos y leyendas exaltándolos y haciendo de ellos bandera de "redención" ¿Esta manera de ser del indio es realmente nostalgia por lo que fué antaño su antecesor, señor de su destino y

dueño de su tierra? Quizá. Quién sabe de ahí su inexpresión y su indiferencia—no inasequibilidad—ante las formas de vida moderna, que, por otro lado, son totalmente acaparadas por el blanco. El indio es un ser inactual; vive abstraído, en pretérito, pero no por esto es neófobo, misoneísta. En la mente del indio parece haberse producido una involución: por esto, su indiferencia y resignación—casi animal—, su aferración y permanencia dentro de manifestaciones arcaicas y primarias. Las experiencias políticas indigenistas de incorporación del indio a la vida civilizada, dan ocasión para ver sus reacciones. Y, por lo que se está viendo, el indio tiene un arraigado sentimiento de vindicta—que para nosotros es justo—y que quizá sea éste, en el fondo, la fuerza que le alienta, disfrazada de indiferencia, sumisión y timidez.

3

El concepto de indio en Bolivia es terriblemente peyorativo. Indio es sinónimo de grosero, estúpido, ignorante, sucio. Pero la verdad es que el indio es un analfabeto, un analfabeto a ultranza porque así lo quiso y quiere el blanco.

La instrucción escolar es general y obligatoria por mandato de la Ley; ya no es sólo un derecho, sino un deber. Pero nadie se molesta para que tal precepto se cumpla cuando se trata del indio. En las haciendas agrícolas, el propietario, según la Ley, tenía la obligación de mantener a sus expensas una escuela. Muy pocos cumplieron esa obligación, porque para los demás—la mayoría—"era perder el tiempo enseñar a leer a los indios, brutos de nacimiento..." Además, la hacienda "perdía dinero si se distraía la atención y el tiempo del campesino en cosas tan inútiles para éste". La mejor instrucción que podía dárseles era la del laboreo agrícola y la del saber servir a su patrón. Por esto, jamás se ha visto, con rarísimas excepciones, indios en el bachillerato y menos en las universidades. Cuando un indio escribe y lee perfectamente, todo el mundo se asombra. "¡Cómo es posible que pueda asimilar nada si es un bruto" y se le admira con la misma intensidad que al mono del circo, que sabe hacer muchas cosas igual que la "gente"!

El indio está condenado *ab ovo* a vivir, vegetar más bien, en las tinieblas de la más brutal ignorancia. Así, pues, la incomprensión absoluta de manifestaciones elevadas y espirituales y el conocimiento sólo de las primarias, vitales y naturales informa su vida. El blanco tiene una cantera en la ignorancia del indio; pues a mayor

ignorancia, mayor rendimiento físico y total sumisión. ¿Instrucción al indio? "Margaritas *apud porcos*". La mejor pedagogía está en los trallazos del látigo.

En las minas, el mismo panorama. A la oligarquía minera (constituída por tres individuos topoderosos, uno de ellos cholo, el otro semita y el tercero un raro espécimen de boliviano desnaturalizado, que para bien del minero y del país terminó su explotación con la nacionalización de las minas) lo que le importaba era que sus minas rindieran lo máximo. El minero debía ser minero: su alfabeto debía ser saber manejar el barreno, el pico y la pala. Nada de escuelas; así, los hijos de los mineros seguían la suerte de éstos. Desde niños, a trabajar como "chivatos" en las lóbregas bocaminas densamente negras como su ignorancia. Hace muy pocos años las empresas mineras se avinieron a dotar de escuelas a los niños; pero hasta entonces muchas generaciones se sacrificaron en la ignorancia. El indio minero—hombre, mujer o niño—es el ser más desgraciado, es un topo humano que se debate entre dos tinieblas: la de las galerías y la de su ignorancia. Cuando pedía justicia se le ametrallaba en masa. Uncía, Catavi, Pulacayo, fueron sus tumbas.

Y lo mismo pasa en las ciudades. Es más cómodo y menos oneroso para el blanco tener una servidumbre de indios, generalmente muchachos de diez a dieciocho años ("imilla", niña; "yocalla", niño), que se ocupa de todos los menesteres caseros sin remuneración alguna. Sirven de todo: lo mismo para hacer la limpieza que para ser víctima propiciatoria de la furia de los patrones. Si el niño blanco hace alguna majadería, el castigo lo recibe el "yocalla" o la "imilla". Por cierto, un sistema muy peregrino de reprender a los hijos. Cuando la familia se cansa de este insólito servidor, siervo en todo caso, inventa un robo y, a la calle, a puntapiés. Pero ¿durante su servidumbre se le da la instrucción que la Ley exige? ¡Vaya una ocurrencia! "No faltaría más que un indio vaya con el niño blanco o el señorito a la escuela o al colegio." ¿Dónde se ha visto eso? El "yocalla" o la "imilla" están para servir; se les da comida, cama y se les viste, y ¿sobre esto escuela? A dónde hemos llegado... Así discurre el blanco, así actúa. (Sobras y bazofias, un cuero de oveja con alguna manta raída en el piso de la cocina y algunos trapos que no sirven ya a los patrones, son su "comida, cama y vestido".) Desde luego, hay excepciones muy laudables, pero lo que interesa es la regla.

Hoy se ha enervado mucho la crueldad del comportamiento del blanco gracias a la efectiva legislación de estos dos últimos lustros.

4

Empero, los flagelos, las lesiones e, inclusive, tentativas de homicidio perpetrados contra el indio aún no han desaparecido.

Todo este vergonzoso panorama no es sino secuela de la dominación secante que el blanco ejerce sobre el indio; dominación que los coloca en planos diferentes, en los que lo único común es el medio geográfico: habitan la misma tierra, los alumbra el mismo sol, los moja la misma lluvia; pero, en las más prístinas situaciones externas del medio ambiente cultural, no existe nada uniforme: sólo el blanco habla español, sólo él va al cine, sólo el indio siembra el agro y labora en las minas y es analfabeto. Las divergencias sociales son notorias, las oportunidades para educarse no son ni siquiera distintas, son exclusivas del blanco; las oportunidades para alcanzar mando u otra situación política o social sólo son accesibles al blanco. Todo para y por el blanco; éste es un privilegiado civil.

Los indios se encuentran excluídos de todo lo que significa vida social en el sentido moderno de la palabra. Las expresiones de la cultura y de la civilización no están a su alcance porque, por un lado, está incapacitado de comprenderlas y, por otro, porque el blanco nunca ha querido compartir sus beneficios. Así, pues, jamás se encontrará un indio en un recital, en una conferencia, en un concierto, en una biblioteca, en una exposición. Los espectáculos están vedados para él porque los precios son prohibitivos y porque los establecimientos no les permiten su acceso, apoyados en su "derecho de admisión". Auténtica discriminación racista. Pero hay que destacar, también, que, el indio, por el sentimiento de minusvalía, por el complejo de inferioridad que tiene muy arraigado, evita, aunque tenga dinero, ser partícipe de esa vida social.

Otra cosa son, desde luego, las muchas familias de evidente e inmediato origen indio que, por virtud de su dinero, que les hizo posible adquirir cultura y vivir a tono con la civilización, se encuentran incrustadas en lo que la cursilería blanca le ha dado el muy británico nombre de *high life*, o alta sociedad en buen castellano.

Actualmente, como en todo, se han dictado disposiciones legales tendentes a evitar privilegios y distinciones; en consecuencia, se ha prohibido terminantemente que los cines, restaurantes, bares, hoteles y *boîtes* excluyan de su clientela a los indios. Hasta ahora, las administraciones de estos locales rechazaban de *motu proprio* a todo indio o cholo que pretendiese ingresar en ellos; en cambio, el blanco, aunque fuese un gamberro, era admitido. Pero para otras cosas el indio no sólo es admitido, sino considerado indispensable:

para trabajar en las simas mineras, en las estradas gomeras, en la selva y en la montaña. Cuando la guerra del Chaco, el indio fué altamente cotizado, entonces dejó de ser una "rémora para el progreso del país". Fué—mejor dicho se le llevó—a la guerra sin tener noción del porqué ni del para qué de ésta. Se vió enrolado a la fuerza—aunque era su deber—, instruído a prisa y en primera línea. Allí fracasó, desde luego, especialmente el indio altiplánico. Sin tener conciencia de Patria—un ser que se encuentra sumido hasta la cabeza en el lodo de la ignorancia, ¿qué concepto puede tener del patriotismo, de la integridad nacional, de la soberanía?—, a la que desconocía absolutamente, fué a defenderla mejor que el blanco. Durante la conflagración, al indio se le descubrieron infinidad de virtudes: era valiente y sacrificado, estoico y luchador, disciplinado y "patriota". Su estupidez innata, su cobardía, su "parentesco" con el asno y demás cualidades negativas que en tiempo de paz eran motivo de la repulsa del blanco, ahora habían desaparecido y por ello era digno de "confiársele" la línea de fuego. Pese a su fracaso, en ningún modo por culpa suya, se batió y murió en trinchera, con "las botas puestas". Luego, emuló al blanco, que, más "inteligente", alzó los brazos, hizo bandera blanca—por algo se debe decir aún que los "tontos murieron en la guerra"—. El señorito se quedó en las ciudades y, gracias a su influencia, "luchó" desde su escritorio estafeteril en los Ministerios, se quedó en la retaguardia para medrar con la guerra; así ésta parió una camada de nuevos ricos, militares y civiles y así se hundió el país. Terminada la contienda, el blanco volvió de ella, como héroe, a seguir disfrutando de sus privilegios, y al indio se le "restituyeron" todos sus defectos; además, "la guerra se perdió por su cobardía, por su ineptitud". En cambio, un general, lúbrico y borracho, que llevó al desastre a las fuerzas bolivianas en una vergonzosa retirada, y se reveló como estratega del golpe de Estado, gobernó el país con la aquiescencia del blanco.

4

Una civilización y una cultura propiamente indias, actualmente no existen. Su idioma, aimará y quichua, está perdiendo notoriamente su pureza; sin embargo, no obstante la expansión del español, la mayoría indígena, como se dijo, habla su propio idioma. No existe escritura propia para expresar y objetivar dichas lenguas. El indio tal como es hoy es imposible que pueda producir nada intelectualmente hablando, y es que, como dice Kroeber, "un gran

genio no puede surgir en un primitivo grado de civilización". "Es decir, un tipo de concentración intelectual que consideramos como obra genial, es culturalmente imposible por debajo de un cierto nivel". El indio, que vive, precisamente, por debajo de un nivel elemental, nunca podrá dar a luz ya no obras geniales, sino las medianas y corrientes a las que el blanco nos tiene acostumbrados, ya que lo genial es en él, también, excepcional.

Pero el indio, en toda su adversidad, nunca ha dejado de demostrar una cosa: su resistencia, su energía. El indio, como anota muy bien Rafael Reyeros, en su obra *Pongueaje*, "ignora la impaciencia... Vence por la resistencia, que es la llave maestra de su vida". "Se puede tener a un indígena esperando—continúa—quince, treinta días, cualquier bagatela..." Así es, al indio siempre se le ha hecho esperar y su sino, desde la Colonia, es esperar..., pero sin desesperar.

Franz Tamayo, polígrafo boliviano, considera al indio un venero de energía cuyo empleo, según él, definiría el carácter nacional. Pero esa energía indígena jamás ha sido aprovechada sino desde el punto de vista físico: ha sido más que invertida inmolada en las minas y en el campo. En estos medios, que en suma es la tierra, el indio ha encontrado todo lo más caro: a su maestra, a su escuela, a su madre y a Dios. Más allá de lo que significa minería o agricultura, la energía del indio no puede expandirse; dentro de los límites del arte, de la civilización, de la inquietud intelectual sólo el blanco, animicultura para éste y agricultura para aquél. La oligarquía blanca no desea que llegue hasta el indio nada intelectual ni espiritual.

La energía que Tamayo considera como embrión de la grandeza de la patria se está agotando a través de la fuerza muscular, de la tracción. Desde luego, la expresión dinámica es generatriz de riqueza, pero si a esa fuerza, dejando de considerársela simple HP., se la encauza, se la canaliza, se tendrá un resultado más provechoso, pues no sería otro que la fórmula fuerza, más inteligencia. Así, el indio dejaría de ser el hombre semoviente de hoy, ya que sus ocupaciones actuales son las propias de una acémila, con una rotunda esterilidad intelectual.

El indio es impermeable a las incitaciones y a la influencia del blanco porque sabe que, cuando no las impone por la fuerza, tienen algo de inconfesable o doble intención. Acepta, desde luego, pero exteriormente, pues la desconfianza que le tiene obra a manera de pátina que impide la fijación de esas manifestaciones. Obedece y cumple, pero esos actos no tienen relación con su sentimiento, no tienen conformidad, no conjugan con su intimidad. El indio es,

pues, tozudo frente a la imposición y, como todos, asequible por el buen trato.

No se puede saber si profesa la religión católica con sinceridad, con convicción. Enrique Finot, historiador boliviano, ofrece en su obra *Nueva Historia de Bolivia* la siguiente cita del obispo de Quito, doctor Alonso de la Peña Montenegro: "Los indios, aun después de convertidos, decía un tratadista del siglo XVII, tienen sus adoratorios y guacas en los retiros y cuevas de los montes, para darles culto y veneración con más libertad y sin recelo de los curas, a quienes temen." Finot, por su parte, dice: "...su catequización era superficial e imperfecta" refiriéndose a los indios, desde luego. Superficial e imperfecta no por la incapacidad del clero, ya que su campaña fué intensa, sino por esa disposición anímica del indio. Aun hoy el indio tiene resabios religiosos: cuando entra en una iglesia, antes de persignarse, besa la tierra y, en las encrucijadas de los caminos, rinde culto a la Apacheta, cúmulo de piedras, que levanta como expresión de su reverencia a la Tierra, a la mítica "Pachamama", especie de Palas Atenea india. El indio católico es sumiso y cumple sus obligaciones regularmente. Las fiestas religiosas nunca las deja de celebrar sin procesiones, banda de música, incienso y luego comida y bebida en abundancia. Para celebrar una de estas fiestas, ahorra durante el año redondo y, entre ellos, existe una especie de competencia de celebraciones "sonadas" que, muchas veces, lindan con el fanatismo. Después, nada de extraordinario. Hay en el indio católico algo negativo, difícil de precisar, debido, quizá, a su analfabetismo, a su propensión alcóholica o, tal vez, a su falta de convicción.

Al lado del indio católico está el protestante, o sea, el ex católico. La situación de los indios protestantes es muy diferente a la de los católicos por muchas circunstancias que, desde luego, fueron más favorables para el Ejército de Salvación que para nuestra Iglesia Católica.

El protestantismo no tuvo necesidad de someter al indio, porque lo encontró ya cristiano y cuasi civilizado; por tanto, su campaña proselitista fué pacífica: al indio le ofreció su doctrina sin obligarle a aceptarla. El indio, acostumbrado a la fuerza, no pasó por alto la invitación e incitación protestante; si desea, ingresa en la secta; para pertenecer a ella debe saber leer y escribir; en su defecto, ésta le enseña con carácter previo a su adoctrinamiento. Más presto a manifestarse económicamente que la Iglesia Católica, el Ejército de Salvación pone en manos del indio toda clase de facilidades mate-

riales y espirituales, además de convivir con él. Existen numerosos núcleos indígenas donde la eficaz acción del protestantismo está dando excelentes resultados, su acción alfabetizadora y cultural —que engloba su adoctrinamiento—va *pari passu* a la organización de una nueva forma de vida con relación a las exigencias de la civilización y cultura occidentales. El indio protestante es abstemio y ha abandonado la coca, se ha refinado, se ha individualizado si tal entendemos con Mac Iver el hacerse más autónomo, el adquirir personalidad más distinta, dirigida y determinada por uno mismo, reconociendo o reconociéndose que dispone en sí un valor o significación propia. Ha perdido su sentimiento de menorvalía y sale a las calles a predicar su nueva religión sin ningún embarazo y ante un público no siempre deferente. Muchos indios, totalmente adoctrinados y culturizados—permítasenos este término—viajan para estudiar a Estados Unidos, Chile, Argentina, etc., a costa del Ejército de Salvación. Estos indios han superado totalmente la subcultura lintoniana en que vivían y se encuentran plenamente identificados con la cultura del blanco.

5

El indio nunca ha sido—ni soñando—un *gourmet,* ni siquiera un simple *gourmand.* Es parco y frugal en la comida. La base de su alimentación es el chuño (patata helada que él mismo prepara), la quinua y la patata; come poca carne, consume la de carnero, llama y de vacuno deshidratada al sol y salada que denomina "charque". La mayor parte del producto de su cosecha y de sus ganados, cuando son propios éstos, la vende.

Del ganado obtiene, según la clase, lana para sus vestidos; leche para la fabricación de quesos; excremento—especialmente de llana—, "taquia", muy solicitado hasta hace poco en las ciudades como combustible y, finalmente, como tracción para sus faenas agrícolas. Cuando cría aves es para venderlas. Es proverbial que el indio no "come huevos por no arrojar las cáscaras". Generalmente, come una sola vez al día: una mixtura de quinua, chuño, patatas y "charque" con ají, en caldo. Como merienda lleva a sus labores chuño cocido y, desde luego, mucha coca. El uso de ésta compensa la frugalidad de su condumio y resulta, en realidad, su pitanza diaria e imprescindible. La cosa es, por decirlo así, consustancial al indio: le da fuerza, lo sume en una especie de vida anestésica y

así aguanta largas caminatas, jornadas duras de trabajo sin cansarse y apenas probar alimento sólido.

Conviene hacer notar para evitar confusiones, que ya las hubo, que el indio no es "cocainómano". No consume la droga (cocaína) de la cual el blanco sí que es afecto; sólo masca la hoja como cualquier inglés el tabaco. De todos modos, el abuso de la coca es pernicioso por la inhibición de hambre que ocasiona, con todas las consecuencias patofisiológicas que esto supone.

La frugalidad del indio, consecuencia de diversas circunstancias, es tomada muy en serio y se cree que apenas come o que puede devorar cualquier bazofia. Por esto, en las ciudades a los indios de "cuerda" se les paga, muchas veces, en vez de dinero, unas cuantas sobras—frutas podridas, pan duro, huesos y carnes pasadas—, pues es evidente que se le considera poco menos que un coprófago.

Tampoco es buen bebedor en cuanto a calidad se refiere, pero cuantitativamente bebe mucho, ya que tiene una capacidad de resistencia asombrosa pese a su parquedad alimenticia. Nunca ha probado las bebidas generosas o los licores a que la refinada exquisitez blanca está acostumbrada. Su trago favorito y común es el alcohol de 40 grados (pusitunca), también consume el "pisco" aguardiente de ínfima calidad.

En lo que se refiere a banquetes, ágapes, meriendas, etc., que el blanco estila, el indio jamás participa en ellos. Claro que hay un buen número de familias indias que, gracias a su oficio (carniceros, panaderos, tenderos y comerciantes), en el que tuvieron suerte, saben disfrutar de todos estos goces gastronómicos, en gran escala, espléndidamente y a su manera. Y, por último, como sucede en todas partes, en unas regiones se come más y mejor que en otras, ya por propia idiosincrasia, ya por la generosidad de la tierra, como ocurre en los valles. Los indios de la meseta tienen una más acusada frugalidad.

El indio que vive en el agro, fabrica su vestido. La oveja, la llama, la alpaca y la vicuña le proporcionan la materia prima; él mismo construye un rústico telar; sus telas son de vivos y alegres colores en los valles, blancos en el trópico, morados y oscuros en el altiplano. Calcetines, corbatas y zapatos están excluídos de su atuendo. Se calza los pies con ojotas, sandalias de cuero, aunque generalmente camina descalzo. Aprecia mucho los abalorios, las plumas y todo lo que reluce y brilla. El estilo de su vestimenta varía, como todo, según la región. Sus trajes de fiesta son más ricos: brocados, aljófar,

bordados y monedas de plata los exornan. Estos trajes los alquilan (muy pocas veces los compran) en las ciudades donde indios artesanos se dedican exclusivamente a la fabricación de estos trajes y disfraces. Su ropa interior la confecciona con "tocuyo", lienzo basto de lino, de los sacos destinados al envase de harina, azúcar, etc.

Actualmente, está desapareciendo el tipismo, el estilo de su propio atuendo. Rarean los pantalones cortos de los quichuas, va desapareciendo el poncho multicolor y airoso del aimará, los rebozos y las sayas se van perdiendo. Hay tendencia a remedar el estilo del blanco, europeo. No necesita sastre ni modista. No ha pisado en su vida una peluquería. El se basta para acicalar su persona, dentro de toda la cochambre en que vive, y disponer su atuendo.

Digamos algo de su *modus vivendi*. Transcurre su vida en condiciones infrahumanas, "albergado en viviendas antihigiénicas y miserables, privado de asistencia médica, desnutrido y menoscabado en el sentido espiritual y económico, registra pavorosas estadísticas de morbilidad y mortalidad, como lo han demostrado numerosos investigadores nacionales y extranjeros". (Considerando del D. L. de la Reforma Agraria.)

Habita pequeñas chozas de barro, sin ventanas, con una puerta baja y estrecha, en una asombrosa promiscuidad. El corral o aprisco colinda con la choza. Sus utensilios son primarios: ollas y cazos de barro cocido que fabrica él mismo, cucharas de palo, envases de latas de conservas cumplen función de vasos y tazas. Come con las manos. Duerme sobre cueros de oveja o llama tendidos sobre el suelo.

En este ambiente, su mundo circundante se reduce a los animales, que seguramente son sus mejores amigos; tiene un perro huraño como él; la gleba, su mujer y sus hijos completan sus relaciones. Así vive el indio en el inmenso y desesperante altiplano, infinito como el mar, donde fácilmente se puede enloquecer de agorafobia; así vive en las umbrías y traidoras selvas, donde hasta no hace mucho trabajó, en calidad de esclavo, bajo la férula del blanco y la acechanza de la fiebre y las alimañas, en las estradas gomeras. Y así vive en cualquier parte, en cualquier confín, en las orillas del Titicaca—lágrima cerúlea de princesa inca aprisionada entre las montañas—, en las llanuras calcinadas del Chaco, en las riberas de los amazónicos ríos del salvaje Noroeste.

Del indio que vive en las ciudades, el de "carga" es la encarnación de la miseria. Su vestido es el harapo; no se puede hablar de estilo ni gusto con referencia a éste. En cambio, el indio adinerado

es chabacano. La ropa que viste aquél es humillante, parece un mosaico oriental por la cantidad de parches y remiendos multicolores y multiformes que lleva. Se calza, cuando puede, con sandalias, llamadas "abarcas", que llevan piso de goma, de rueda de automóvil; gasta sombrero de lana de oveja muy basto y duro. Un lazo, su "instrumento" de trabajo, y un bolso de coca completan su bagaje. Esta mísera clase de indios es la que se dedica al transporte de pesadas cargas. Es la heredera de los famosos "indios de cargas" de las Indias Occidentales, que competían en fuerza con las no menos famosas mulas "pioneras" de entonces. Pululan por las estaciones, los mercados y las calles esperando faena; son los "aparapitas" ("el que lleva", en aimará) hermanos en el infortunio, la miseria y el trabajo bestial de los "coolies". La situación de esta pobre gente no puede ser más deplorable, pues, aparte de trabajar como animales, generalmente no tienen hogar, duermen en los extramuros o debajo de algún puente.

En sus horas "libres" se dedican a recolectar basuras y bazofias para no morirse de hambre, porque no siempre tienen suerte de que en las puertas "falsas" de los cuarteles les den unas cuantas sobras del "rancho" de la tropa; cuando le abandona su fuerza o cuando el esfuerzo que hace lo invalida, no es raro que se rompa el espinazo: se convierte en mendigo. Nadie le tiene consideración, todos le insultan y atropellan. Al fin y al cabo no es más que un indio "mula"—éste es el insulto favorito, entre otros más lacerantes, que está presto en boca del blanco para enrrostrarle en cualquier momento—, y verdaderamente este pobre indio es como el infeliz semoviente por su trabajo y por su sino: trabajar sin ninguna protección, sin cuidado alguno. Decimos mal: el mulo está mejor atendido que el indio.

Así transcurre la vida de este "tchandala", indeseable, hasta que la muerte, en forma de alcoholismo o inanición, le sorprenda en cualquier suburbio. Luego, su cuerpo irá a parar a la morgue donde, como *anima vili,* sirve a las experiencias de disección estudiantiles, ya que no tiene quien reclame su cuerpo y le dé cristiana sepultura.

Uno se pregunta: ¿por qué, llevando esa misérrima vida en un medio que le es ajeno y hostil, en el que encuentra sólo crueldad y está desadaptado, sin un bien y como víctima propiciatoria de los desbordes del blanco, no se marcha a su lar? ¿Por qué no se va junto a los suyos, donde su analfabetismo no es motivo de escarnio, donde no hay discriminación ni prejuicios y donde, a pesar de la

satrapía de los hacendados, tiene, por lo menos, hogar y ambiente propios? Un considerando del D. L. de la Reforma Agraria nos responde: Porque "la distribución injusta e irracional de la propiedad agraria y la punible despreocupación de los Gobiernos oligárquicos, que no protegieron al trabajador campesino, provocaron las despoblaciones del agro boliviano, cuya masa humana, imposibilitada de conseguir en el campo medios adecuados de subsistencia, emigra constantemente a los centros urbanos..."

Al lado de este proscrito, está el indio que ha tenido suerte; no se encuentra menos repelido por el blanco, pero su situación material es mucho más buena. Este indio es el que ha hecho el servicio militar. Y decimos que tiene suerte porque, generalmente, sale del cuartel sabiendo leer y escribir. En los cuarteles se los despabila a puntapiés y puñetazos, durante los dos años que dura el servicio. Sólo así, con el contundente lenguaje de los golpes que sostiene la "pedagogía castrense", puede aprender algo el indio "bruto". Y lo único que hace la "clarividencia" cuartelaria es crear resentimiento y venganza en el espíritu joven del indio que va a "servir a su Patria". La mayoría de éstos para quienes el servicio militar constituye una de las etapas, quizá la única, más decisiva e importante de su vida, porque pone a su alcance casi todos los instrumentos de la civilización, que contrastan enormemente con los medios rústicos y primarios de su nativo hogar, se reengancha y constituye la tropa permanente. Muchas veces asciende hasta suboficial, grado tope para el indio, y es un disciplinado y eficiente tropero que, posteriormente, descargará todo su resentimiento y el mismo trato que le dieron sobre el recluta blanco que sirve esta vez de "blanco" a su saña. En el cuartel se pone en contacto con la juventud blanca, con la que cumple la Ley del Servicio Militar Obligatorio, ya que la mayoría de esa juventud, por miedo o comodidad, gracias a su influencia, se libra del servicio o lo cumple en comandos o ministerios, como estafetas, para no "mezclarse" con la piara india.

Si bien el cuartel le da al indio el instrumento más completo que un hombre puede tener, no le enseña, empero, a cumplir su deber, a tener conciencia del lugar que debe ocupar, del papel que debe desempeñar dentro de la vida nacional. Mas esto, se dirá, es atribución de las escuelas y colegios; es verdad, pero también no lo es menos que la mayoría de los indios jamás han pisado una escuela y menos un colegio. Así, pues, en vez de la elocuencia de los golpes, que nadie niega sean asaz persuasivos, debería haber una verdadera pedagogía supletoria, porque, en suma, lo que se hace o debe ha-

cerse en los cuarteles es formar ciudadanos, pero no sólo para que sepan "tenderse y levantarse"—que es lo de menos—, sino para que adquieran conciencia de lo que realmente es "servir a la Patria", aunque debamos reconocer que es en el cuartel donde aprende a tener noción y concepto de lo que se entiende por Patria.

Por esta razón, el indio que pasa la experiencia militar deja en el cuartel, además de su ignorancia, el amor y apego que le tenía a su terruño, y atraído por la falacia de las ciudades, abandona su hogar, vitupera de sus modestas formas de vida y se lanza al torbellino metropolitano, donde las más de las veces fracasa. En las ciudades no puede hacer mucho. Su ocupación está fijada de antemano, con excepciones, desde luego: o "varita"—agente de tránsito—o soldado del cuerpo de Carabineros, especie de tropas de asalto que mantienen el orden público. Una vez que ha entrado en la milicia permanente y es partícipe de las ventajas del mando, el indio se enamora del uniforme y no lo suelta más. Así, tiene todo asegurado: ropa, rancho, algún estipendio mensual y, sobre todo, la admiración y respeto de sus congéneres indios, y el blanco ya no se atreve como con el indio que no tiene uniforme. Le gusta más ser carabinero, porque así tiene autoridad y puede—como ocurre a menudo—, prevalido de ésta, atizar una paliza a cualquiera. Y entonces tiene su desquite. Con el uniforme el indio adquiere una nueva personalidad, aunque ortopédica, personalidad al fin. Un indio armado y con uniforme es la antítesis del verdadero indio: ya no hay sumisión, ni resignación ni nada pasivo. El complejo de minusvalía que presidía en todas sus cosas muere en el cuartel, y en el soldado, en el uniforme, se manifiesta la típica "rebeldía satánica" adleriana. El indio tal como es, aunque sepa leer y escribir, no sería nada ni nadie; pero, como se conoce, busca una válvula de escape y encuentra que el mejor modo de "valer", de ser respetado por el blanco—no obstante saberse despreciado—, es enfundarse el *tricot* del uniforme. El indio racionaliza su inferioridad social con la autoridad que le da su contingente situación militar. Como soldado, tiene una faceta negativa en su personalidad: se enfatúa, se "marea"—igual que el blanco, al final—, se siente superior totalmente entre los demás indios. Bien se ha dicho que el indio es enemigo del indio. Todo el cúmulo de resentimiento que el blanco hizo incubar en el espíritu del indio encuentra desahogo en el indio, en los de su misma raza, ya que pocas veces puede contra el blanco. Emula a éste y, a veces, le supera en el mal trato que da al propio indio. Al ver el desdén del blanco y las posibilidades superiores que

se tienen con la civilización, reniega de su condición e incluso de su familia; niega a sus padres, se avergüenza de su familia. Así, si bien el cuartel le arranca la venda de la ignorancia, le descasta sin querer. Esta faceta ruin del indio existe por el desprecio del blanco; en definitiva, no es sino la reacción, motivada por el trato humillante de aquél, de un espíritu festinatoriamente alfabetizado, sin instrucción alguna, ni menos aún, educación.

6

El indio tiene fama de delincuente. Es un elemento que se encuentra en permanente estado de "peligrosidad social y criminal", según un "tratadista", más bien difamador del indio. Esta teoría peligrosista no merece ni puede ser tomada en serio, sino en cuanto demuestra hasta dónde puede llegar la repulsa y desprecio que el blanco siente por el indio, que muchas veces no repara en medios, así sean malévolos y perversos. Felizmente, otra es la realidad. No obstante su "peligrosidad" ni la estafa, ni el robo o asalto de tipo *gangsteriano,* ni el timo, ni las falsificaciones ni demás delitos de tipo intelectual, por un lado, ni delitos de índole sexual (en este aspecto el indio es más sobrio, especialmente el altiplánico, que el blanco, en el que hay más refinamiento y perversión venéreos) o parasexual como el proxenetismo, el rufianismo o el exhibicionismo, por otro lado, son los que el indio comete. Los peculados, malversaciones, quiebras fraudulentas, no entran en el "repertorio" criminal del indio, pues son privativos del blanco, quizá porque aquél nunca ha tenido oportunidad para la comisión de estos delitos como el funcionario público o el gran comerciante, que, en todos los casos, son blancos.

La fama que el indio tiene de delincuente se debe al fenómeno que apunta el citado señor López-Rey, en el prólogo al Proyecto del Código penal. Dice así: "En nuestras visitas a las cárceles bolivianas, hemos observado que si bien, a primera vista, el indio ocupa un porcentaje preeminente en las mismas, ese porcentaje no significa una mayor criminalidad respecto al mestizo y al blanco, sino, simplemente, que, dado su mayor desamparo, puede eludir menos que aquéllos la acción de la justicia, viéndose obligado a permanecer allí donde los otros no van nunca o permanecen escaso tiempo." Además, cuando un indio delinque se acentúa más el hecho que cuando el blanco incurre en la misma acción punible. Se le considera "una genuina *species generis humani* lombrosiana.

El indio, como todos, es un delincuente en potencia. Los delitos en los que con más frecuencia incurre son los violentos: asesinato y homicidio. Los comete, eso sí, con más furia que el blanco, pero con menos refinamiento y cautela; no emplea armas de fuego, sino cortantes, y algunas veces garrote o piedra. Pero para que el indio llegue al brutal extremo del crimen hay que agotar su paciencia por medios también brutales. La astenia del indio, entonces, se convierte en eclosión salvaje. El sociólogo y novelista boliviano Alcides Arguedas, en sus obras *Pueblo Enfermo* y *Raza de Bronce* anota magistralmente este cambio radical del temperanto indígena. El indio—dice más o menos—, cuando se enfurece, es como una tromba que desata su fuerza ciega, no respeta nada; ni la autoridad de la Policía, ni la del cura son cosas que pueden frenar su ira; se convierte, verdaderamente, en una bestia que sólo quiere destruir, matar y arrasar.

En las ciudades, el indio roba y hurta e incide mayormente en los llamados hurtos famélicos. Quizá el hecho por el cual es considerado como inveterado delincuente sea la poca monta de sus robos; robando minucias no puede fraguar su impunidad... La injusticia parece haberse hecho exprofesamente para el indio, porque no puede sobornar, cohechar o retribuir una "gentileza" administrativa o judicial, dada su inope situación. He aquí el "quid" del panorama carcelario referido.

Pero la suerte del indio está sellada. Si tiene dinero o alguna propiedad rústica, ¡ay de él! Si para el indigente no hay justicia, para el pudiente no sólo no hay ésta, sino que es objeto de la más implacable explotación. Constituye una veta argentina para los inescrupulosos, para los que han confundido la profesión con un medio de amasar fortuna festinatoriamente a costa de la ignorancia y de la propiedad de quienes tienen la desgracia de acudir en su demanda. Abogados, médicos, etc., han acumulado grandes fortunas a base de latrocinios y fraudes cometidos contra esos indios. Los más despiadados y ávidos, los menos aptos intelectualmente, con mucha habilidad en la expoliación, son los "tinterillos", funesta caterva de prácticos del Derecho, rábulas, parásitos del procedimiento, que pululan por los tribunales de justicia encubiertos como apoderados o procuradores.

El indio no tiene noción de lo que la ley es. Sus transacciones, hasta no hace muchos años, se basaban en la buena fe. Entre ellos, nunca o casi nunca se entabló litigio. Por algo son herederos de quienes castigaban drásticamente la mentira, el robo y la pereza.

Conoce la voracidad del blanco y por eso elude cualquier encuentro judicial y porque sabe que la Justicia está con aquél; muchas veces, por no pleitear, ha sufrido en silencio la depredación. Sostiene una contienda porque así lo induce, lo fuerza la usurpación descarada de su propiedad. Pero aquí viene lo inaudito: de demandante que es lo convierten en demandado, y el reo resulta víctima, y, en última instancia, su abogado "defensor" o su apoderado son los que "ganan" el pleito y... la propiedad del indio. Aprovechándose de su ignorancia y de su analfabetismo, la ruindad de sus "defensores" no paraba hasta hacerle *suscribir documentos,* desde luego fraguados, en los que su "doctor"—en el que tenía confianza ciega como abogado suyo—o su apoderado-procurador decidían, con criminal sangre fría y mala fe, el curso del juicio o le convertían en deudor de imaginarias y astronómicas sumas; enjuagues sucios que terminaban con el remate de los bienes del indio y su adjudicación al abogado defensor o al apoderado, con la aquiescencia de una sospechosa Magistratura, que para bien de Bolivia y decoro del Cuerpo Judicial ha sido reformada totalmente.

Frente a todo este sistema organizado de depredación y atropello, de dolo y prevaricación, el indio optaba, muchas veces, por hacerse justicia por sí mismo; pero pobre de él, pues entonces todo el peso de la justicia, que se le negó cuando fué atropellado, se le echaba encima porque era necesario "sentar la mano" al indio salvaje.

Durante los juicios es costumbre de los indios que pleitean llevar a casa del abogado defensor y del juez de la causa sendos regalos periódicos, que consisten en gallinas, huevos, maíz, patatas y, muchas veces, un cerdito. Pero esta efusión del indio, con la cual cree se dilucidará rápidamente el juicio, resulta contraproducente, porque sólo sirve para dilatar la solución del caso, pues no menos está acostumbrada la mayoría judicial y forense a este halago y obsequio, si así se puede "gongorizar" el término cohecho, que refuerza la despensa. Este vergonzoso sistema de vivir a costa del litigante indio, se practica en todas las reparticiones públicas, a las cuales el indio, infelizmente, debe acudir.

Podemos llenar cuartillas y cuartillas referentes a la extorsión judicial y administrativa a que es sometido el indio y en la que intervienen pinches y personajes de la más variada catadura y condición, desde el diligenciero-notificador, que no da un paso sin que se le propine una suma que le "sirva para el taxi de ida y vuelta y para eso, para "propinear", hasta al magistrado, cuyas pretensiones

están de acuerdo a su rango y a la importancia del asunto que se ventila—que bien necesita airearse—en estrados.

Así, desde el orto Republicano hasta nuestros días, el indio ha sido y seguirá siendo, pese al indigenismo sincero de hoy, la víctima del blanco. ¿Cuántos abogados, cuántos clérigos, cuántos rábulas han edificado fortunas increíbles usurpando al indio en forma abierta, descarada, sin un ápice de lástima y aprovechándose de su ignorancia? Muchos, muchísimos; la conciencia nacional lo sabe, el pueblo los conoce. Justamente uno de los motivos que justifica la Reforma Agraria fueron esos latrocinios, porque, como dice uno de sus considerandos, "la constitución actual de una parte apreciable de la propiedad rural en Bolivia, establecida a base del *despojo indígena, el fraude legal y la exacción por medios administrativos,* es injusta, defectuosa, contradictoria e irracional".

Villarroel, militar inteligente y gobernante patriota—asesinado vilmente en 1946—, dió un paso trascendental en favor del indio: abolió el *Pongueaje,* institución esclavista, resabio del "yanaconazgo" incaico y de la "mita" colonial, que hasta 1945 tuvo vigor en Bolivia para vergüenza y baldón de la República. Teóricamente, se dió fin a esta abominable "institución", mas en la práctica, y tomando otros nombres, siguió rigiendo para desgracia del indio hasta hasta 1953, en que se promulgó el D. L. de la Reforma Agraria.

El ensayista boliviano Rafael Reyeros hace un estudio objetivo y completo de esta servidumbre personal del indio que toma el nombre genérico de pongueaje, en una obra del mismo título. Esta servidumbre comprende diferentes modalidades que varían según las regiones. Unas subsisten como herencia de los españoles, y otras fueron creadas por el blanco boliviano. El pongueaje, que no es sino trabajo forzado, es algo denigrante que llegó a extremos crudelísimos y desconcertantes. La sentencia de Hobbes es muy pálida para designar la relación de violencia e inhumanidad que existe entre el blanco y el indio, que es el sometido. El pongueaje es una servidumbre de tipo feudal a ultranza. Es de dominio público que el patrón era dueño de la vida—hacienda no tenía—del indio, su siervo; "en los límites de su propiedad—dice Reyeros—aquél ordena, castiga y mata al indio, y viola a la mujeres...", con la más absoluta impunidad.

Esta negra "institución" consiste, en líneas generales, en la prestación de servicios personales gratuitos, por parte del indio, durante ocho días en la casa de su patrón, dueño de la finca o hacienda, de la cual el indio es un mero "accesorio", por turno entre todos, in-

clusive, las mujeres, que toman el nombre de "mitanis". (A estos siervos, a los hombres, se les llama "pongos", palabra que proviene del aimará y quechua, indistintamente, "puncu", que quiere decir puerta. Efectivamente, el indio siempre ha estado en la puerta, como un perro, presto a la orden del amo, para ejecutarla rápidamente y sin errores.) Esta servidumbre personal engloba los más variados y raros quehaceres. Según Reyeros, "ayuda en la cocina, cuida las acémilas y aves de corral, barre las habitaciones y los grandes patios coloniales, caballerizas y porquerizas. Es albañil, acémila y, muchas veces, niñero. Estopa sucia que llena todos los huecos de la servidumbre patronal. Eso durante el día. En las noches, se le asignan otras labores, que forman parte de sus obligaciones: hilar, tejer, desgranar maíz y "mukear".

El "mukeo" consiste en la masticación de una arroba de harina de maíz, de puñado en puñado, que luego se deposita en forma de pasta en grandes vasijas. Esa pasta, secada al sol, y luego hervida en agua, se hace fermentar; después de ligeros procedimientos de purificación constituye la "chicha", bebida alcóholica, que venden los patrones. Por todo el trabajo enumerado el "pongo" no tiene salario alguno. Su trabajo estaba al margen de la protección legal. Esto es una parte de lo que, en realidad, constituye el pongueaje. Sería largo y objeto de un verdadero estudio—como lo es el libro de Reyeros—analizar todas las formas de servidumbre a que se sometió al indio. Baste apuntar que esas formas van desde el "Cacha", que "recorre y viaja leguas de leguas para cumplir importantes recados de su amo o sólo para comprar una hoja de papel, cigarrillos o franquear una carta. Durante estos viajes—que los hace a pie—, que duran muchas veces días y días, no se les paga nada, él tiene que costearse su pitanza", hasta los "Huatarunas", que son "algo así como bestias que rascan a veces, con los dedos, el estiércol de las caballerizas. Pisan barro, pasan de sol a sol encorvados sobre las sementeras, restregan los pañales de los hijos del patrón", pasando por un sinnúmero de serviles y denigrantes ocupaciones y la obligación de obsequiar con productos, de cualquier clase, a sus patronos, cuando van a la hacienda en señal de sumisión y acatamiento. Cuando un "pongo" comete alguna torpeza, rompe un plato, se retrasa en un recado o no cuida bien las bestias, se le tunde a palos y a latigazos, se le flagela. ¿Quién no ha visto al señorito emprenderla a puntapiés y puñetazos al "pongo", por el más trivial pretexto? Si pretendiéramos traer a estas páginas la mísera vida del "pongo", su trabajo, "más propio de seres irracionales que de miembros de la escala humana, pues la calidad de menesteres que des-

empeña se cataloga entre los servicios denigrantes, lesivos de la dignidad humana" (Reyeros), tendríamos que emplear, necesariamente un lenguaje tremendista y, a veces, procalálico. Finalmente, para darnos cuenta de la "estima" que el blanco tiene por el trabajo del indio, transcribimos una cita que consigna Reyeros en su obra aludida y que corresponde a una tesis presentada en un Congreso de Facultades de Derecho, celebrado en la ciudad de Cochabamba, en 1939, y dice: "El propietario de un gran fundo del Departamento de Potosí adquirió un tractor que usó cortísimo tiempo en las labores de sus tierras, volviendo muy luego a las primitivas formas de trabajo. Interrogado sobre este cambio repentino, manifestó que el tractor demandaba ingentes gastos, requería de conductores, de repuestos, de combustible, de lubrificantes, etc., al paso que el indio, trabajador gratuito, requería apenas un poco de mote y de coca." (El mote es el grano del maíz, cocido.)

Abrigamos la esperanza de que las medidas de carácter indigenista hoy en vigencia tiendan a abolir no sólo teóricamente, sino en la práctica, la servidumbre personal del indio, el famoso "pongueaje", que sólo en Bolivia ha existido en la forma abominable en que fué practicada y que, repetimos, la obra de Reyeros nos muestra en todo su patetismo; aunque su autor pertenezca, ideológicamente, a las generaciones que precisamente se distinguieron por su desprecio al indio y por haber sido los alentadores y ejecutores de todas las calamidades que el libro relata. No nos extraña, empero, esta circunstancia. Todos los tratadistas de temas indígenas e indigenistas han sido así. Todos, o casi todos, comprometidos con la política esclavista que, desde 1825 hasta 1945, y más propiamente hasta 1952, no tuvo para el indio más que la ley del látigo. Mucho se puede decir en los libros; quienes los escriben son los "campeones" del indigenismo, los que en tono doctoral hablan del "problema del indio", sin haber dado jamás ni siquiera un asomo de solución, y que, a vuelta de esquina, "quisieran tener una ametralladora para barrer a todos los indios cochinos..." He aquí el indigenismo de esos literatos que, como los charlatanes, no hacen otra cosa que confundir a la opinión pública, mientras su verdadero sentimiento descarga golpes contrarios; en una mano la pluma artera (sedienta de lauros), y en la otra el látigo, urgiendo frutos gratuitos.

La abolición del pongueaje fué el primer paso legal y positivo que se dió en favor de esa irredenta mayoría boliviana. Los Gobiernos liberales y republicanos dejaron tras sí sólo tragedia, expolio y depredación. Ojalá la política presente sea eficaz y de resultados proficuos. El indigenismo del actual Gobierno, alentado inicialmen-

te por la pasión y la euforia, ha encontrado el ritmo de la serenidad, del método. Así, nadie puede dudar del sincero propósito que le anima en su actual lucha.

Dejémosnos de vernacularismos ditirámbicos, dejémosnos de leyendas y mitos indígenas que de nada servirán en situaciones tan cruciales; dejemos, en fin, a la leyenda y a la historia en su lugar. Tomemos el indigenismo no en el sentido restrictivo y unilateral y colonialista que se le ha dado hasta hoy, sino ampliamente y como sinónimo de bolivianismo, ya que con una política indígena eficaz y honrada se beneficia el indio y se beneficia el blanco y se actúa de acuerdo con lo que somos.

Ni europeísmo ni indigenismo exagerados y absorbentes. Lo primero, porque paralizaría nuestras facultades, ya que nos lo da todo deglutido y, alguna vez, decadente, y porque para nuestra realidad esto significa ortopedia. Lo segundo, porque sería estacionario y abstruso, porque como una posible cultura fundante no nos ofrece nada, aparte de la posible "energía". Hablar de un país de indios es tan falso como hablar de un país de blancos. Somos un país mestizo. Tendamos a darle autonomía, personalidad. Lo mestizo es la superación de las fuerzas fundantes, es la síntesis dialéctica, en nuestro caso, de lo indio y lo blanco. Démosle todo su valor sin prejuicios de ninguna clase.

La cultura occidental es hoy universal; se la encuentra en cualquier latitud. En la base de esa cultura, que hoy por hoy resulta imprescindible, hay que erigir una propia, conforme a lo que Bolivia es desde su nacimiento: mestiza. Tomar otra vía resultaría inane. Esto no quiere decir que debamos esperar que los europeos o los norteamericanos vengan a descubrir las virtudes y belleza de nuestras indias. Los bolivianos somos los que debemos abrir el fuego de la conquista genética y cultural del indio. Así, la nación será una legítima comunidad, sin relación de dominación peyorativa y estamental, con problemas económicos, jurídicos o sociales—como emergencia de las necesidades del hombre—, sí, pero no con hombres, castas o razas "problemas", porque por su dignidad, el ser humano, mal puede ser objeto de reducciones matemáticas.

Nosotros, mientras tanto, no creemos ni en las virtudes ni en los defectos del indio, ni en su inteligencia ni en su estupidez; puede ser un genio como puede ser una nulidad, es tan vulgar como el blanco, el negro o el amarillo; no tiene nada de extraordinario ni nada de despreciable. Pero creemos, y propugnamos, que se lo debe tratar como lo que es: una persona, un ser humano. He aquí, en suma, la clave del "problema".



ARTE Y PENSAMIENTO

SENTIDO Y MEDIDA DE MENENDEZ PELAYO

POR

FRANCISCO PEREZ GUTIERREZ

"...Lo que honráis en mí no es mi persona, no es mi labor, cuya endeblez conozco, sino el pensamiento capital que la informa, y que desde las indecisiones y tanteos de la mocedad me ha ido llevando a una comprensión cada vez menos incompleta del genio nacional y de los inmortales destinos de España."

(De la contestación al homenaje por su nombramiento de director de la Academia de la Historia en 1910.)

Todavía no hace mucho que en un libro, que cuenta para mí entre los esfuerzos más rigurosos que los españoles han realizado por entenderse a sí mismos, se denominaba a la Historia de España la historia de una inseguridad. No entro ahora a enjuiciar la fundamentación de esta tesis, que Américo Castro tan enérgicamente sostiene; y no ignoro que son muchos entre nosotros los que de antemano la rechazan. Pero me parece que es cierto el hecho de esta íntima inseguridad, siempre en fermentación en la morada espiritual de cualquier español que tenga un adarme de conciencia propia. Al menos, espero que se me tolere su sostenimiento, siquiera sea como supuesto previo, como hipótesis de trabajo, puesta aquí delante con toda honradez.

Efectivamente, el español, en los momentos culminantes, nos produce una irremediable sensación de inseguridad; nos la producimos nosotros mismos, si con un mínimo de detenimiento nos auscultamos. Hay en nosotros una exacerbación, como un encrespamiento de esa condición metafísica de todo hombre que Peter Wust ha llamado justamente situación de "animal *insecurum*". Por eso, ante sucesos o fenómenos de cualquier índole, como afecten a sus zonas profundas, y a veces aun sin eso, el español parece incapaz de portarse con objetividad, de aceptar lo que tiene delante. Concluímos que el español es un "volitivo", escaso en calidades perceptivas, desconfiado de la consistencia de la realidad lo mismo cuando niega que cuando afirma. Se abraza ciegamente

a sus propias ideas o lucha contra ellas con encarnizamiento. Pero la realidad se le escapa con frecuencia.

Yo creo que la figura de Menéndez Pelayo ha sido una de las víctimas más valiosas de esta pertinaz inseguridad española. ¿Cuántos son los españoles que ante este hombre han sabido guardar la naturalidad? Muy pocos. Los unos parecen temer que verdaderamente pueda llegar a significar lo que sus adversarios sostienen que significa, y ellos mismos, por otra parte, sospechan o incluso se ven interiormente obligados a admitir. Los otros se aterran ante la sola posibilidad de que los contrarios lleguen a hacer mella en su talla nobilísima, y vengan así ellos a quedarse sin un gran capítulo de Apologética; esa Apologética que a Menéndez Pelayo le hacía, por cierto, muy poca gracia. En el fondo, ¿quiénes son los que creen más en él? No me parece tan insostenible la paradoja de que, "en el fondo", tienen en él una fe más firme los que le niegan. El odio es la forma extrema de una fe que se quisiera no tener. La apología, en cambio, he llegado a pensar que es la última expresión de la desconfianza; se defiende lo que se teme ver destruído, lo que se duda si podrá resistir. Lo verdadero no necesita defensa. Dijo San Agustín que lo único que pide es no ser ignorado.

Pues bien: ensayemos esta nueva postura. Frente a la terquedad de los negadores y frente a la terquedad de los apologistas, ambas ciegas, ambas fáciles, ensayemos la rigurosa inseguridad de los creyentes. Nadie teme podar un árbol de cuya pujante vida se halla seguro. Sometamos, pues, a Menéndez Pelayo a un análisis de lucidez y de serena objetividad, sin temor a que la oblación de unas cuantas ramas caducas vaya a comprometer la esbeltez de su tronco.

Por lo demás, entendido queda que con tal proceder hacemos consciente esta nuestra congénita inseguridad, y al hacerla consciente nos evadimos de ella.

Si me es lícito referirme a una experiencia personal, que por lo demás es el verdadero arranque de estas páginas, yo comencé a leer a Menéndez Pelayo, trabé con él amistad y conocimiento a una edad en que no caben los prejuicios. Una adolescencia ávida de verdades íntegras, de claridades interiores, no puede convivir con un gran espíritu a través de filtros ilegítimos. Yo devoraba sus libros uno tras otro, insaciablemente, como sólo puede leer un chiquillo de quince años; yo leía a "todo" Menéndez Pelayo, entregado a su sugestión sin resistencia alguna; entre otras razones, porque a esa edad no se es capaz de resistir.

Luego, cuando un buen día levanté la cabeza de los libros, de los suyos, y me dispuse a oír hablar a otros de él, de aquel hombre con el que yo por tanto tiempo, y tan inocentemente, había convivido, advertí en seguida con sorpresa que el perfil que se me trazaba no tenía las más de las veces demasiado que ver con el que para mí era ya familiar. Las reflexiones que siguen son, pues, una confesión de disconformidad. Disconformidad no tanto con las afirmaciones concretas que sobre él se han hecho—algunas veces también con ellas—cuanto con la manera de hablar de su figura, con el clima creado en torno a él, por obra de unos y de otros; clima enrarecido sinceramente irrespirable, en el que por lo que a mí toca no estoy dispuesto a ingresar.

Se encaminan las consideraciones que ante vosotros voy a desarrollar a fijar las fronteras del ser de este hombre que se llamó Marcelino Menéndez Pelayo, a intentar dar respuesta a la pregunta de qué fuera su vida y en qué consistiera. No es, pues, la anécdota biográfica lo que aquí va a merecer nuestra atención. Lo que a uno le pasa o uno mismo hace—y aun esto que hacemos "nos pasa" que lo hacemos—carece en sí de significación humana: los "hechos" de una vida son propiedad común, empresa colectiva, erupciones superficiales. La vida, en cambio, la verdadera vida, la que es y la que vale, es siempre una aventura secreta, transcurre bajo la piel de los acontecimientos. Aquello en que una vida consiste es exactamente la "consistencia" de esa vida, y esa consistencia es un producto de la voluntad, un sesgo intencional. Los hechos son las cosas que nos pasan; la vida, en cambio, es lo que nosotros hacemos con los hechos, la dirección que les imprimimos: una íntima maniobra.

Pues bien: a Menéndez Pelayo le sucedieron muy pocas cosas, aunque algunas de ellas se salieron un tanto de lo corriente. Le ocurrió nacer en Santander el 3 de noviembre del año de 1856, en el seno de una familia acomodada, en la que, como en todas las familias españolas de la clase media, unos eran tradicionalistas y otros liberales; hallarse dotado de unas cualidades intelectuales de excepción; enamorarse en un momento dado, por qué no, de una muchacha llamada Isabel—enamoramiento transitorio, es la verdad—; realizar un curriculum académico de meteoro, viajes, libros, una cátedra, escribir mucho y saber más.

Creo que han sido sobre todo estos dos últimos aconteceres los que han contribuído a hacer su figura popular y a *desvirtuarla.* Frases como "su inmensa erudición", "nuestro gran polígrafo", han sido repetidas, y lo son todavía, hasta la saciedad, como si se tratara de sobrenombres homéricos. Pero ¿es serio sostener que Me-

néndez Pelayo "fuera" un erudito y a renglón seguido proponerle como maestro? La verdad es que un erudito, por muy "restaurador" que le supusiésemos—y luego veremos que don Marcelino no fué tampoco nunca un "restaurador"—, no nos conduciría a nada. ¿Qué habríamos de buscar en él fuera de los datos, las fechas y esos informes montones de críticas que, la verdad sea dicha, no gozan de demasiada fama, y, en concreto, a las mentes juveniles suelen ponerlas en fuga? No. Dejémoslo bien puntualizado; resueltamente: un Menéndez Pelayo sabelotodo no nos interesaría demasiado.

Pero no lo fué; no "fué" un erudito. Le aconteció serlo, que es algo muy distinto. Y no sólo serlo, sino "tener que serlo" con una forzosidad de la que él se lamentaba con frecuencia. En su estupendo estudio sobre Galdós reconocía:

> Al hablar de literatura contemporánea, yo vengo como caído de las nubes... Me he acostumbrado a vivir con los muertos en más estrecha comunicación que con los vivos, y por eso encuentro la pluma difícil y reacia para salir del círculo en que VOLUNTARIA O FORZOSAMENTE la he confirmado. *(Crítica lit.,* v. 82.)

Apuntemos, ya desde sus horas infantiles, esta doble vertiente de su actividad: por un lado, su evidente y nunca disimulada ilusión literaria y poética; por el otro, su dedicación a los archivos. Es todavía un chiquillo y ya escribe versos y reúne libros. Y muy pronto esta segunda tarea parece sobreponerse a la primera. Si lo seguimos en su peregrinación por Europa nos llevamos una desilusión: para él, Europa parece reducirse a una geografía de archivos. El mismo reconoce que ha atravesado Italia sin haber hecho otra cosa que leer. Para este Goethe de la erudición, el conocimiento es también más temprano que la experiencia.

En *La ciencia española* dice de sí mismo, con notoria injusticia, que no es más que un "pobre bibliófilo", y esta su primera empresa literaria tiene, efectivamente, bien marcada la huella de una forzosidad de rebusca de elementos. Menéndez Pelayo se encuentra ante un pasado intelectual y cultural, negado tranquilamente y escarnecido de puro ignorado, y arremete bravamente con la tarea de beneficiar sus zonas ocultas; reconoce que no hace nada más que inventariar; que no se trata más que de un supuesto previo, que deje el camino franco a la que reputa por su verdadera tarea:

La generación presente—es un texto que se ha repetido mucho—se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente—se refería a la suya—, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos. *(Ciencia,* I, 120.)

Y así fué. Laín Entralgo ha puesto suficientemente de bulto *(Menéndez Pelayo,* 20-31) cómo la generación de Menéndez Pelayo fué una generación de sabios, una promoción dolorosa, que sintió el doloroso acicate de saber, de un saber nacional y exacto, que asociara de una vez a España a nuestra contemporánea aventura intelectual de Europa.

Y ¿cuál fué la tarea que Menéndez Pelayo se propuso como meta de sus esfuerzos de erudición? El mismo nos lo ha dicho en unas pocas y lucidísimas palabras, que, curiosamente, han pasado casi inadvertidas y apenas han sido citadas. Las pronunció en 1910, al agradecer el homenaje de que fué objeto por su nombramiento de director de la Academia de la Historia:

...Lo que honráis en mí—dijo entonces—no es mi persona, no es mi labor, cuya endeblez conozco, sino el pensamiento capital que la informa, y que desde las indecisiones y tanteos de la mocedad me ha ido llevando a una COMPRENSIÓN CADA VEZ MENOS INCOMPLETA del genio nacional y de los inmortales destinos de España. (Cit. por M. Artigas, *M. P.,* 1928, páginas 243-244.)

Decididamente, éste es el Menéndez Pelayo que nos interesa; el hombre que con modestia sobrecogedora confiesa no haber hecho otra cosa que esforzarse por una comprensión cada vez menos incompleta de la realidad histórica en que había nacido. Subrayo este tanteo, y advierto que he de insistir tercamente sobre él: Menéndez Pelayo es un comprensivo, y su enorme ejemplaridad, una ejemplaridad de comprensión. Nada más y nada menos. Tengo esta comprensión por clave de su figura espiritual; la única, la esencial, la que le otorga su noble y gallardo perfil de genio.

En estas páginas de meditación sobre su figura me limito a analizar las notas de aquella su generosa comprensión.

Advirtamos de paso que tal vocación fué apasionante y absorbente hasta el punto de devorarse todas las demás dimensiones de aquella alma tan rica. La pasión intelectual de don Marcelino está hecha de muchas renuncias; pensemos nada más que en lo que tuvo que significar para él la renuncia a su vida social; él, que triunfaba sin proponérselo, que se veía tan solicitado y que era muy capaz de responder a aquella solicitación. Sobre este particu-

lar, su epistolario, tan vasto, es muy expresivo. Un epistolario que se lo lleva la erudición, ésta es la verdad, con gran decepción del lector, que busca las huellas del hombre y no encuentra más que el erudito. Y, sin embargo, a pesar de todo, allí queda constancia de la tenacidad con que amigos, y amigas, le buscaban: el cariño que les inspiraba. Hay que acabar con la leyenda de un Menéndez Pelayo abstraído como un elefante y distraído como un tonto. La verdad, no me explico cómo esta visión puede conciliarse con la "vera efigie" de un hombre que era muy capaz de hacer las delicias de la emperatriz Eugenia durante toda una tarde.

La confesión que acabamos de oírle sobre los tanteos e indecisiones de la mocedad, creo yo que tiene valor suficiente para echar por tierra, sin esperanzas de que se recobre, la versión tópica que de su figura suele dársenos, conforme a la cual Menéndez Pelayo sería un hombre sin historia—precisamente a él, una de las sensibilidades más estremecidas de historicidad que han existido entre nosotros—, un bloque de perfecciones geométricas, aparecido en la contienda española como un utilísimo y muy oportuno *deus ex machina,* como una afirmación sin cisuras, como una afirmación dogmática.

Nada más falso. Por supuesto que un Menéndez Pelayo tan fácilmente blandible, un Menéndez Pelayo tomado como martillo pilón, sería formidable—para algunos, claro—; pero presenta un inconveniente gravísimo, y es el de no ser real; y no sólo no ser real, sino exactamente todo lo contrario. Yo siempre he dudado de la eficiencia de los fantasmas, como no sea para meter miedo. Que piensen algunos si lo que consiguen con su Menéndez Pelayo no es que cause miedo, y que muchas sensibilidades españolas, sensibilidades jóvenes, no vayan a curarse del susto junto a figuras más humanas.

Todo lo que es Menéndez Pelayo, su íntima biografía espiritual, transcurre sobre un proceso de adquisición, de dominio mental sobre la realidad histórica; es una disciplinada peregrinación hacia un saber de integración. ¿Dónde comienza este viaje? ¿De qué supuestos parte la ruta mental de este hombre?

Pedro Laín Entralgo, en las no demasiadas páginas de su *Menéndez Pelayo,* el único libro exigente con que contamos sobre don Marcelino, se ha aplicado por primera vez a analizar algo de lo que pudiéramos llamar el *humus,* este complicadísimo e irreducible substrato de la inteligencia y de la sensibilidad de un hombre; el misterioso pero realísimo enraizamiento de un pensamiento con el ambiente innumerable, con los tópicos y los gérmenes que respira,

y de los que vive, aunque llegue en ocasiones a expelerlos violentamente, aunque le hagan estornudar.

La tarea de descifrar este caos es dificilísima, y lo es más con Menéndez Pelayo, carente de apariencias violentas y que muy pocas veces habla expresamente de su interioridad, extravertida siempre hacia el espectáculo de lo histórico.

Por mi parte, no pretendo sino dar unos cuantos tientos a los que juzgo aspectos característicos; a los que antes llamé "notas" de su comprensión.

Fijémonos para comenzar en cómo Menéndez Pelayo va dejando atrás, raquíticas, empequeñecidas por el generoso crecimiento de su comprensión humana, las condiciones y limitaciones de la circunstancia política en que había nacido a la vida intelectual. Llevaba en la sangre, como tantos españoles, el eterno e irremediable antagonismo de las dos Españas—por cierto, la expresión me parece absolutamente rechazable, porque entraña un condicionamiento en los mismos términos del problema de los posibles términos de su solución; la uso aquí como puro medio de inteligencia—; su ascendencia materna era tradicionalista, y la paterna, más o menos tocada de progresismo; la fricción, sin embargo, no parece que se presentara nunca con demasiada viveza en el ámbito familiar. Pues bien: don Marcelino prolongaría dentro de sí mismo la unanimidad religiosa de las dos partes: ambas lo eran, pero dejarían atrás el congénito antagonismo. No me toca a mí insistir sobre este punto; por otra parte, no es sino la última consecuencia de otros más hondos convencimientos, a los que voy en seguida a referirme. De todas formas, creo que está bastante clara la repugnancia que a Menéndez Pelayo le provocaron siempre, por sus torpes sectarismos, los unos y los otros. Los testimonios no escasean; por ejemplo, en las cartas con su hermano Enrique, con Pereda y con Valera. Recuérdense episodios como el de su fallida elección para la dirección de la Real Academia, o aquellos a que dió lugar su actitud, y la del grupo por él y por Pereda acaudillado, respecto de Pérez Galdós, y que concluyó en el "escándalo" del banquete que ofrecieron en Santander al novelista canario. Y si se me permite un paréntesis malicioso, ¿no nos hallamos ante el "esquema" de su "escándalo", bien reciente entre nosotros? Hay algo que don Marcelino no tuvo jamás, y es esa mentalidad de aduanero, que tantas veces hace su indebida aparición en nuestra vida intelectual.

La polémica de la *Ciencia española*—y eso que pertenece al Menéndez Pelayo más "intransigente", todavía más que el de los *Heterodoxos*—señala esta misma actitud, no de neutralidad, sino de supe-

ración. Menéndez Pelayo polemiza con ambos bandos, y, además —anota Laín—, polemiza con la misma polémica.

Pero, en la *Ciencia española*, el puro planteamiento político está siendo continuamente trascendido, y lo que sigue interesándonos es su nervio intelectual.

De su desamparo entre dos fuegos irreconciliables no era precisamente conciencia dura y punzante lo que le faltaba a Menéndez Pelayo; son frecuentes en sus cartas las quejas por el silencio que sobre sus libros guardaban unos y otros: los krausistas, los institucionistas... y los "íntegros", los católicos de la extrema derecha. Refiriéndose a estos últimos, escribe:

> Ahora sólo diré, por conclusión, que no guardo ninguna especie de rencor al padre Fonseca, porque bien sé que su alejamiento del mundo le ha hecho ser en esta ocasión inocentísimo instrumento de la pérfida y tortuosa guerra que me han declarado otros que ni son dominicos ni tomistas, y a quienes ni ahora ni nunca nombrará mi pluma, porque de algo les ha de servir el haberse llamado en algún tiempo amigos míos. Respetemos *illud amicitiae sanctus ac venerabile nomen,* aunque por ser ésta una virtud "pagana", tan fácilmente se juzguen dispensados de sus leyes los que a sí mismos se llaman católicos "íntegros" y "puros". *(Ciencia esp.,* II, 273.)

Por más que, ¿cómo pretender que sintieran unos católicos, por muy católicos que se les supusiese, remordimiento alguno por haber roto todo trato con un hombre de quien el mismo padre Fonseca había dicho que resultaba más peligroso que los filosofantes racionalistas, los krausistas, los positivistas y todos los demás géneros de sabios y modernos ateístas?

Sobre este melancólico apartamiento, en que su imperturbable sinceridad fué confinándole, hay un sucedido que a mí siempre me ha parecido muy significativo: cuando, en diciembre de 1911, Menéndez Pelayo abandonaba a Madrid—no habría de volver—, acudieron a despedirle a la estación cuatro personas contadas, hecho más doloroso para él cuanto que en otras parecidas ocasiones la despedida había sido multitudinaria. Para mí, esta anécdota vale por un símbolo; es evidente que los ausentes no eran solamente "los otros". ¿Cómo no extrañarnos luego, cuando vemos a los herederos directos de aquellos "íntegros" ausentes, que ciertamente no han renunciado a su herencia, monopolizar para su exclusivo uso a un hombre con el que NO PUEDEN ESTAR DE ACUERDO?

Yo he aludido anteriormente al hecho de que si Menéndez Pelayo se negaba a contemplar el panorama de la vida política,

fragmentado en compartimientos irreducibles, era porque partía del convencimiento previo de una realidad espiritual y humana sin fronteras, porque buscaba un saber de integración.

Su caudal de incomprensión iba engrosando incesantemente; categorías de toda especie, históricas, sociológicas, científicas, van quedando a la espalda, abandonadas, inservibles. Así, por ejemplo, parte en su interpretación de la Historia de España de un supuesto nacionalista romántico: su teoría del casticismo, del *Volkgeist*, cuyas limitaciones y contradicciones han sido agudamente señaladas por Laín. Es difícil precisar el momento en que Menéndez Pelayo se desprende de este lastre; pero es un hecho que el casticismo se le queda pequeño, y que don Marcelino concluye su itinerario mental en el seno de un total afán europeísta, lúcidamente arraigado en un concepto esencial de lo tradicional—más adelante volveremos sobre ello—, y exento, claro está, de la exageración europeísta del progresismo español.

Junto a estos elementos románticos nos encontramos en su pensamiento con supuestos hegelianos; en sus comienzos, tal vez sólo filtrados por inconsciente impregnación del medio ambiente; más tarde, victoriosamente madurados y asimilados. (Me remito de nuevo a Laín; él ha sido quien, por primera vez, ha puesto enérgicamente de relieve esta incorporación "católica" de Hegel.) Pero Menéndez Pelayo no es un romántico ni un hegeliano. Emplea técnicas y entusiasmos positivistas, pero no es un positivista. Sus intuiciones historicistas le emparejan con Dilthey; pero Menéndez Pelayo no es un historicista. El buscaba siempre dar alcance a un concepto de la realidad cada vez más amplio e ideal; tarea ésta, por cierto, en la que cifraba sus mejores esperanzas para las generaciones jóvenes:

> Felices vosotros, jóvenes alumnos que me escucháis—les decía al final de su discurso sobre el platonismo en España—; felices si llegáis a ver en pleno desarrollo esa planta del "idealismo realista", cuyo germen está escondido en nuestro suelo bajo la espesa capa que tantos años de decadencia han amontonado; felices si, al realizarse la evolución metafísica, que ya por todas partes, aunque de un modo vago, se presiente, alcanzáis de la realidad un concepto más amplio e ideal que el que nosotros hemos logrado. *(Ensayos,* 115.)

Por su parte, había postulado siempre, con actitud radical de todo auténtico filosofar, una absoluta exigencia de libertad:

> La autoridad se queda para otras esferas; en filosofía nadie posee sino aquella que personalmente ha investigado y, en propia conciencia,

ha reconocido. Si esto es ser escéptico conforme al sentido etimológico de la palabra, esto es, "examinador", "indagador", será porque la filosofía misma lleva implícito siempre cierto grado de escepticismo. *(Ensayos,* 138.)

Escribía esto don Marcelino en su discurso sobre el criticismo y escepticismo españoles, y creo que merece la pena reparar en la valorización ampliamente afirmativa que de ambos fenómenos mentales late en esas líneas, y que en el resto de su estudio aparece bien patente. Para él, no se trata, desde luego, de sistemas, sino de actitudes, de "constantes", diríamos hoy con Eugenio d'Ors. ("Constantes" que, entre paréntesis, sospechó también Menéndez Pelayo, y cuya investigación llegó a pedir en *Ensayos,* 332.) Más todavía, veía en ellos no

...filosofías puramente negativas y disolventes, sino ... momentos obligados de la evolución filosófica... *(Ensayos,* 134.)

En particular, su idea del escepticismo como actitud dolorosa, desgarrada, filosofía de apasionados y violentos, me parece un anticipo muy agudo de una fundamental, y alguna vez muy mal entendida, tesis de Ortega:

Los escépticos de verdad, los escépticos filosóficos lo han sido con dolor y angustia, con verdadero desgarramiento del alma, como Pascal, o con cierta tristeza serena y resignada, pero no por eso menos honda y aflictiva, como Kant, o lo han sido con ardor de invención, con arranque de demoledores como Francisco Sánchez. El escepticismo, lejos de ser la filosofía de los tibios y de los indiferentes, ha solido ser la palanca de los apasionados y de los violentos. *(Ibídem,* 136.)

¿Qué duda puede caber de que Menéndez Pelayo habría aceptado con arranque de la filosofía, o de una de sus formas cuando menos, "el movimiento natatorio por sobrenadar en el mar de dudas" de la teoría orteguiana? (Y hay todavía textos quizá más expresivos.)

Este imperativo intelectual, este hirsuto talante, es algo a lo que Menéndez Pelayo jamás renunció, que otorga carácter a todo su estilo de pensar, y que, por otra parte, quedó patente, de manera inequívoca, desde los días de su polémica con unos y con otros sobre la *Ciencia española.* Una misma era la acusación primordial que les dirigía: su sumisión a una escuela; y a una escuela extraña:

[Dios] sólo sabe si es útil o dañoso el sesgo que al presente llevan ciertos estudios en España, y si es el mejor antídoto contra la exageración "innovadora" la exageración "reaccionaria". Lo que sí puede afirmarse es que ambos fanatismos se inspiran en libros extranjeros... *(Ciencia esp.,* I, 57.)

Es inútil, y arguye insinceridad, el intento de paliar este fiero gusto de rebeldía intelectual. En particular, la discusión con los neotomistas giró sobre este eje: Menéndez Pelayo exigía para el filósofo una libertad total, sólo limitada por el dogma, de ninguna manera por cualquier especie de dogmatismo; la pretendida identificación entre filosofía cristiana y tomismo le resultaba intolerable. He aquí algunos textos:

"No se puede admitir esa compenetración tan absoluta que ustedes suponen entre la teología tomista y la filosofía (tomista, pues bien se puede estar de acuerdo con las conclusiones teológicas de Santo Tomás, sin que para eso sea preciso declararse partidario de la doctrina peripatética de la materia y la forma y no de la hipótesis atomística; sin que sea necesario tampoco admitir toda la fantasmagoría de las especies inteligibles, y del entendimiento agente y posible, sino antes propugnando la doctrina del realismo natural y del conocimiento directo...). Yo no tengo inconveniente en decirme "tomista", si el tomismo se entiende en el sentido amplio en que le toma nuestro actual Pontífice...; pero no si se me quiere imponer, como última razón de todo, la doctrina cerrada de la *Summa*..., y no sólo en lo esencial y en lo que se relaciona con la teología, sino en una multitud de problemas antropológicos y cosmológicos que entregó Dios a las disputas de los hombres; y no en la doctrina, sino en el método y la forma, y hasta en el estilo, de suerte que la filosofía católica venga a reducirse a un puro y escueto comentario de uno de los comentadores de Aristóteles... En suma, el espíritu general, el sentido, la "mente" del Angélico Doctor, no la letra, que mata." *(Ciencia esp.*, II, 115-117.)

"Lo que hay es que yo no he leído ni he podido leer con los mismos ojos que el padre Fonseca las obras de Santo Tomás. El viste el hábito de la Orden de Predicadores; yo, no. Para él, la gloria de Santo Tomás es gloria de su casa, y es natural que gloria como la de su casa no la encuentre en el mundo. Probablemente, el primer libro de filosofía que cayó en sus manos fué algún compendio tomista. Su educación ha sido y ha debido de ser claustral. Para él, toda la ciencia humana está en Santo Tomás, y yo no puedo resignarme a ese exclusivismo." *(Ibídem,* 147.) "... cumple declarar que, con esta independencia mía en lo opinable, soy en el fondo mucho más fiel al espíritu de la escolástica que el padre Fonseca y los que con él piensan, y asimismo mucho más español que ellos; porque precisamente debe la escolástica su grandeza no a la repetición mecánica y servil de una doctrina y de un texto, sino al espí-

ritu libre de indagación, bajo el magisterio de la fe, que la caracterizó siempre..." *(Ibídem,* 245.)

Y a continuación pasa don Marcelino a dejar en sus justos y verdaderos límites la doctrina pontificia sobre el tomismo y la libertad filosófica.

Claro que todavía hoy, a pesar de todos los pesares, esta postura de Menéndez Pelayo parece a bastantes excesiva. Vamos a suponer que tienen derecho a pensar así. De todas maneras, queden dos cosas bien claras: su total ortodoxia y su importancia en el pensamiento de Menéndez Pelayo. Esta exigencia de radical libertad es básica en el cosmos mental de Menéndez Pelayo; es, sencillamente, su principio de gravitación, y toda la estructura de su pensar sobre la filosofía y sobre la Historia, sobre el desarrollo del espíritu y sobre la expresión del alma española, habrá de ser comprendido DESDE AQUÍ, si es que quiere serlo de alguna manera.

Ni me parece buen procedimiento el de quitarle importancia a su postura respecto de la escolástica con alusiones a su desconocimiento de la integridad del neotomismo, entonces incipiente, o a la todavía no explícita dirección pontificia. Esto no es exacto: la actitud de la Iglesia se hallaba ya fundamentalmente definida por León XIII, y el neotomismao llevaba ya bastante tiempo en movimiento. Aparte de que los supuestos de Menéndez Pelayo resultaban y resultan válidos para cualquier circunstancia.

Cierto es, por lo demás, que Menéndez Pelayo no es, temporalmente, un filósofo, sino un historiador. El mismo se apresura a reconocerlo. *(Ensayos,* 119, 213.) Y que en más de una ocasión—en concreto, en todo lo referente a la filosofía española—su punto de partida nos resulta excesivamente histórico e insuficientemente vital. Pero parece muy dudosa la pretensión de invalidar por ello sus postulados filosóficos; el que Menéndez Pelayo no sea un filósofo de sistema no equivale precisamente a decir que sea un asistemático, cuando lo que hace Menéndez Pelayo es buscar un sistema, y un sistema de integración, no de eclecticismo. Son cosas muy distintas. Menéndez Pelayo pidió siempre una fundamentación metafísica de la realidad. *(Ensayos,* 120.)

De la profundidad a que daba en él sus latidos este íntimo afán de libertad espiritual puede darnos una idea, más todavía que la serie, que no sería muy extensa, de sus manifestaciones inmediatas, lo que a los ojos de los más distraídos ha pasaado siempre por la gran pasión intelectual de Menéndez Pelayo: el Renacimiento, y aquel esclarecido fervor que levantara siempre en el alma y la pluma de don Marcelino.

Esta misma independencia era el móvil de su entusiasmo por los humanistas y escolásticos españoles del Siglo de Oro, y, por supuesto, lo que le atraía poderosamente hacia la que él tenía por máxima figura filosófica española: Luis Vives.

Y es, por fin, esta misma independencia la que le hace dar una versión de signo positivo de todo pensamiento, sea antiguo o moderno, ortodoxo o heterodoxo, con tal que se presente dotado de ella. Nunca se preocupó de disimular su simpatía por los pensadores auténticamente libres, fueran éstos quienes fuesen. Era lo primero que inquiría: su autenticidad. Luego sobrevendría su valoración católica. Aquí radica su antipatía por tantas manifestaciones taradas del pensamiento, se llamaran krausismos o neotomismos, y, en cambio, su manifiesta simpatía por tantos herejes, como descubriera en ellos un ardimiento del pensar. Eugenio d'Ors creyó ver en él "algo así como el cariño del médico por sus hermosos casos clínicos". Don Marcelino, por su parte, descubría en su *Historia de los heterodoxos* "la Historia de España vuelta al revés"; un revés tan dotado de significación y consistencia históricas—no de verdad—como el haz ortodoxo.

Todo esto "hay" en el fondo de la actitud intelectual de Menéndez Pelayo; y no sólo lo "hay", y está ahí de cualquier manera, sino que ES toda una dimención de su pensar.

Me explico sin dificultad que en ambientes tan caracterizados por su fidelidad religiosa como por su carencia de autenticidad intelectual se tienda a silenciar estos aspectos del pensamiento de un hombre al que no se está dispuesto a renunciar. Pero con ello no sólo se empobrece y empequeñece su figura, sino que se la adultera y falsifica radicalmente.

Por supuesto, nada más alejado de las reflexiones anteriores que la absurda pretensión de un Menéndez Pelayo desarraigado, instalado en cualquier adanismo intelectual más o menos celtibérico. Pero, de parecida manera, nada más extraño a la verdadera imagen de nuestro hombre que un tradicionalismo a ultranza.

Tiene mucho que ver su verdadera condición de maestro con la finura y tranquila naturalidad, tan desprovistas de aspavientos, con que supo articular su rebeldía intelectual y el sentido más hondo y fragante de la mejor tradicionalidad. Si como católico supo reducir al unísono una íntima e insobornable rebeldía de pensar con la sumisión de la fe—"He conservado intacto—decía—el tesoro de la fe, en medio de las revueltas aventuras intelectuales que forzosamente corre en nuestros tiempos todo espíritu investigador y cu-

rioso" *(Laín,* 206)—, como español mantuvo siempre muy despierto, y cada día más, un sentido de la tradición dinámico y esperanzador:

> Busquemos, sí, la libertad de la ciencia; pero busquémosla por aquel camino que ya nos marcó, con ser gentil, el más antiguo de nuestros filósofos. Parece *Deo libertas.* El que obedece a Dios, ¿qué ha de temer? Y ¿qué importan los mayores arrojos de la especulación en labios de quien empieza por doblar la frente ante la verdad infalible y eterna? No apoquemos lo que de suyo es tan grande que no cabe en los cielos ni en la tierra. Trabajemos con limpia voluntad y entendimiento sereno, puestos los ojos en la realidad viva, sin temor pueril, sin cierto apresuramiento engañoso, abriendo cada día modestamente el surco y rogando a Dios que mande sobre él el rocío de los cielos. Y al respetar la tradición, al tomarla POR PUNTO DE PARTIDA Y ARRANQUE, no olvidemos que la ciencia es progresiva por su índole misma, y que de esta ley no se exime ninguna ciencia... *(Ensayos,* 297.)

Está claro: la tradición, como punto de partida y de arranque. En otro sitio *(Ibídem,* 130) pide para España

> ...algo que parezca pensamiento propio y castizo, no porque servilmente vaya a calcar formas que ya fenecieron, sino porque, adquiriendo plena conciencia de sí mismo, conciencia que sólo puede dar el estudio de la Historia, y entrando, por decirlo así, en total posesión de su herencia..., empiece a realizar de un modo consciente y racional las evoluciones que desde hace más de un siglo viene realizando con temeraria y ciega inconsciencia.

La tradición como conciencia de continuidad, como posesión de herencia: confieso que me entusiasman las coincidencias del mejor Menéndez Pelayo con el mejor Goethe.

¡Qué sospechoso, a la vista de estos testimonios, ha de parecernos un Menéndez Pelayo reducido a la torpe categoría de "restaurador"! ¿Restaurador de qué? ¿Cuándo se va a caer en la cuenta de que todo intento restaurador lleva consigo la comisión de dos delitos: el paradójico de dar por supuesta la muerte de lo mismo que se intenta restaurar, con lo que se comienza ya con la liquidación de toda posible eficacia, y el de ignorar un volumen temporal, que convierte fatalmente todo gesto restaurador en un funambulesco salto en el vacío? Menéndez Pelayo nunca fué restaurador de nada, y no lo fué porque era, ante todo, un historiador, y su comprensión, una comprensión histórica. Y si de algo tiene sensibilidad un historiador es del paso irreversible del tiempo.

Dos aspectos quiero subrayar a este respecto: su conciencia de lo histórico, como dimensión de la estructura de su pensamiento, y

su concepto de la contingencia del juicio histórico y de la obra del historiador.

Sobre su conciencia histórica debo remitirme de nuevo al libro de Pedro Laín, quien nos ha trazado un cuidadoso bosquejo de su significación y alcance, así como de su lento y seguro maduramiento. Tal vez sea ésta la perspectiva más genial de su obra: su historicismo. El haber postulado, con total advertencia que le empareja con su contemporáneo Dilthey, una comprensión histórica como constitutiva de una verdadera filosofía, de un pensar histórico:

> ...no hay cosa más rara en el mundo que este género de comprensión, el cual, en cierto altísimo grado, viene a constituir una verdadera filosofía, un cierto modo de pensar "histórico", que los metafísicos puros desdeñarán cuanto quieran, pero que, a despecho de su aparente fragilidad, no deja de ser la piedra en que suelen romperse y estrellarse los más presuntuosos dogmatismos. La Historia es la filosofía de lo relativo y de lo mudable, tan fecunda en enseñanzas y tan legítima dentro de su esfera como la misma filosofía de lo absoluto, y mucho menos expuesta que ella a temerosos "apriorismos" ... Al que con verdadera vocación y entendimiento sano emprenda este viril ejercicio de la historia por la historia misma, todo lo demás le será dado por añadidura, y cuando más envuelto parezca en el minucioso y deslucido estudio de los detalles, se abrirán de súbito sus ojos y verá surgir de las rotas entrañas de la historia el radiante sol de la metafísica, cuya visión es la recompensa de todos los grandes esfuerzos del espíritu. Por todas partes se camina a ella y en todas partes se la encuentra al fin de la jornada.
>
> Quizá sea una aspiración sublime más que una ciencia, pero sin esa aspiración tan indestructible como las leyes de nuestro entendimiento, no hay vida científica que valga la pena de ser vivida. *(Ensayos,* 111 y siguientes.)

Si ahora retrocediéramos unos instantes hasta aquella firme actitud de Menéndez Pelayo sobre el pensamiento escolástico que más arriba quedó expuesto, nos sería posible explicárnosla sobre un nivel más profundo: el de esta comprensión histórica. Menéndez Pelayo se percató en seguida de que si el dogmatismo de los neotomistas brotaba con tanta fiereza era porque crecían sus raíces en el suelo totalmente desprovisto de "sentido" histórico, de "espíritu" histórico, como él decía al padre Fonseca. *(Ciencia española,* II, 256.) Nunca pensó en discutir el magisterio de Santo Tomás; ya hemos visto que se reconocía más tomista que los mismos tomistas; pero creía que era esa misma fidelidad la que exigía perentoriamente una perspectiva temporal; que su radical imperativo era precisamente el reconocimiento del hecho de una distancia.

Repetidas veces insistió Menéndez Pelayo en que los teólogos trabajaran necesariamente con categorías históricas:

> Nadie se escandalice—entonces eran mucho más numerosos los escandalizados de lo que hoy puede parecernos—cuando oiga hablar de progreso y de desarrollo en Teología. Tal escándalo sólo probaría su ignorancia. La Teología tiene su historia como todas las ciencias, y quien dice historia dice algo de relativo, transitorio y mudable. Donde hay un organismo de verdades y un entendimiento que lo comprenda, queda siempre la posibilidad de una comprensión más alta. *(Ensayos,* 294.)

Recordemos, por último, con qué presteza cayó en la cuenta don Marcelino del significado y de las consecuencias que para la historia de la teología encerraban las investigaciones de Asín Palacios, cuyos resultados, todavía hoy, resultan "escandalosos" para más de un teólogo.

Réstanos examinar su concepto de la contingencia del juicio histórico y de la obra del historiador. Y lo hago con la exclusiva intención de salir al paso de quienes pretenden convertirnos la obra histórica de Menéndez Pelayo en un sistema de afirmaciones dogmáticas. Cosa de por sí ya bastante extraña, habida cuenta de nuestras anteriores comprobaciones. Pues ¿cómo atribuir un mínimo de inteligibilidad al propósito de darnos como imposiciones dogmáticas las afirmaciones históricas de un hombre constitutivamente antidogmático, y antidogmático por exigencia filosófica? ¿Dónde se han dejado estos señores las "advertencias" preliminares, antepuestas a la segunda edición de la *Historia de los heterodoxos?* Porque da la casualidad de que es precisamente esta obra la que suele tomarse por canon.

Pues bien: he aquí lo que Menéndez Pelayo pensaba sobre el particular:

> Nada envejece tan pronto como un libro de Historia. Es triste verdad, pero hay que confesarla. El que sueñe con dar ilimitada permanencia a sus obras y guste de las noticias y juicios estereotipados para siempre, hará bien en dedicarse a cualquier otro género de literatura y no a este tan penoso, en que cada día trae una nueva rectificación o un nuevo documento. La materia histórica es flotante y móvil de suyo, y el historiador debe resignarse a ser un estudiante perpetuo y a perseguir la verdad dondequiera que pueda encontrar resquicio de ella, sin que le detenga el temor de pasar por inconsecuente. No lo será en los principios, si en él están bien arraigados; no lo será en las leyes generales de la Historia, ni en el criterio filosófico con que juzgue los sistemas y las ideas, ni en el juicio moral que pronunció sobre los actos humanos. Pero en la depuración de los hechos está obligado a serlo, y en la historia eclesiástica con más rigor que en otra alguna, por lo mismo que su materia es altísima y nada hay en ella pequeño e indiferente. *(Heterodoxos,* I, 30.)

Y, efectivamente, Menéndez Pelayo no permitió la reedición de sus "herejes" hasta haberlos sometido a una revisión a fondo, a pesar de lo cual no disimuló nunca su insatisfacción, por lo que juzgaba su obra menos lograda.

Y ya que han salido a relucir los *Heterodoxos*, confieso que siempre me ha parecido un síntoma sospechoso la popularidad, con frecuencia demasiado exclusivista, de que esta obra ha gozado entre los católicos españoles, con mengua del resto de su producción, menos polémica, si descontamos la *Ciencia española*, pero más madura. El tema mismo ha tenido, sin duda, su parte en ello: venía a alimentar el talante contrarreformista de nuestro catolicismo oficial. Pero si de fidelidad a un pretendido magisterio se trataba, ¿como olvidar que no estaba allí *todo* Menéndez Pelayo? Por mucho que se acentúen las calidades de apasionamiento de los *Heterodoxos*, ¿cómo olvidar las calidades de ancha generosidad de la *Historia de las ideas estéticas?* Aparte de que sería totalmente inexacto una especie de solución de continuidad entre la juventud y la madurez de don Marcelino, ejemplificadas en ambos títulos. Sólo un dato: se acostumbra ver en el juicio sobre Sanz del Río y los krausistas las páginas más "inquisitoriales", y hasta injustas, de Menéndez Pelayo. No voy a discutir la razón que a los que esto dicen pueda asistir. Pero repárese con un mínimo de atención en lo que constituye el nervio dialéctico de ese capítulo; se verá que no es la ortodoxia el móvil último de la requisitoria, sino la exigencia de independencia intelectual y de una valoración positiva del pensamiento alemán que Sanz del Río no se había tomado demasiado trabajo por conocer. Que, aparte de eso, Menéndez Pelayo no se esfuerza poco ni mucho en disimular su antipatía por el maestro tanto como por los discípulos, es otra cuestión.

La verdad es que Menéndez Pelayo no soñó nunca con herejías; nunca le sobresaltaron esas curiosas pesadillas en que algunos creen alcanzar victoriosamente herejes muy vivos y reales, hasta llegar a convencerse, o parecerlo al menos, de su inexistencia; o esas otras, tan pesadillas como las anteriores, sólo que de signo contrario, en que otros, o los mismos, polemizan brillantemente con "maniqueos", inexistentes. Ni los inventó nunca, allí donde no los había, ni creyó que habían dejado de existir los reales, por mucho que los deseara. Esto, en otras latitudes, se denomina "objetividad":

> Yo de mí sé qué decir, siguiendo el consejo y ejemplo del gran Leibniz: en todo libro que cae en mis manos busco primeramente lo que puede serme útil y no lo que puedo reprender. *(Ciencia esp.*, II, 46.)

Y lo hubiera podido repetir a la letra, porque lo que dijo Leibniz era literalmente: "Es extraño, pero estoy conforme con la mayor parte de las cosas que leo." Y lo peor era, como en una ocasión había dicho *Clarín*, que Menéndez Pelayo caía en la vulgaridad de ser fiel a sus convicciones, y, efectivamente, leía con una inmensa voluntad de comprensión y asimilación.

Menéndez Pelayo fué, ante todo, un gran lector, un modelo de lectores, en esta tierra donde tanto escasean, precisamente porque tan poco suele interesarnos lo que de veras piensa nuestro vecino. ¿Qué es sino su obra más espléndida, más abierta, intelectualmente también más conseguida, también quizá la menos leída, la *Historia de las ideas estéticas*, sino un deslumbrador y deslumbrado índice de lecturas? Más que por su estructura interna, es admirable la *Historia de las ideas estéticas*, absolutamente admirable, como rareza española, como milagro; por una anchura intelectual, por una capacidad de entusiasmo, sin precedentes en la historia de nuestras inveteradas actitudes desde los días tan amorosamente y con tanta insistencia evocados por don Marcelino, en que fray Luis de León "trabajaba con manes católicos el mármol de la antigüedad". El volumen sobre Alemania es excepcional; excepcionales y fidelísimos sus análisis, excepcional su penetrante valoración. Hay que acudir a Ortega—y creo que el paralelo de entusiasmo por Europa es bien significativo, y, por qué no, un tanto molesto—para ver tratadas con parecida vibración de simpatía y de intimidad las luminosas figuras de la *Aufklaerung*, del *Sturm und Drang* y del romanticismo de aquella Alemania tardíamente conocida, pero fervientemente amada. La serena y segura, pero eficaz asimilación por Menéndez Pelayo del pensamiento y de la cultura no católicos es una lección todavía por aprender.

Es posible que alguien eche de menos aspectos de la figura de Menéndez Pelayo que aquí han sido pasados por alto, lo reconozco; no era mi intención tocarlos todos, y he procurado expresamente no insistir en los que me han parecido tratados ya con anterioridad y suficiencia. Pero, en cambio, creo que todos los aludidos, por más que alguna vez lo hayan sido de manera marginal y fronteriza, se hallan dotados de esencialidad, y que era tanto más perentorio ponerlos de relieve cuanto que con frecuencia han permanecido sumidos en el más injustificable silencio. No quiero con ello dar a entender que haya pretendido destruir la imagen habitual de don Marcelino; pero sí añadirle perfiles hasta ahora menos acusados, que a lo menos que aspiramos es a condicionar los ya consabidos y a que el conjunto comience a ser valorado dentro de una

nueva luz: son los capítulos que yo echo de menos en una biografía ideal de Menéndez Pelayo.

Y si ahora se me pidiera que redujera a una sola palabra la esencia humana, espiritual de este hombre, yo respondería, sin un solo instante de vacilación, VER; ver, afán de visión, de aceptación de la realidad en su integridad, de integración de esa integridad en un saber orgánico, y creciente, generoso y exigente, radicalmente abierto, sediento siempre de nuevas y posibles perfecciones.

Se ha hablado del talante visual, figurativo, de su obra histórica: la Historia considerada como espectáculo, como obra de arte, y de arte plástico (Menéndez Pelayo era helénico hasta los tuétanos); talante que se creó su propio estilo, un estilo amplio dentro de su creciente sobriedad, enumerativo; afirmativo, pero no dogmático, más amigo de los atributos que de los predicados. (El análisis estilístico de su manera literaria, de su estilo de pensar, de la estructuración íntima de su pensamiento está todavía por hacer, y creo que el día que se lleve a cabo nos traerá hallazgos sorprendentes.)

Esta incondicional confianza en la verdad de las cosas, esta tranquila y maravillosa objetividad, que es humildad, y que San Pablo ha relacionado con la virtud teologal de la caridad, ha dejado su huella en el poderoso gesto con que iniciaba sus obras sin preocuparse en exceso por acabarlas. Menéndez Pelayo nunca fué partidario de "endurecer" sus ideas o sus juicios. Como todos los genios, no daba excesivo valor a sus afirmaciones; veía siempre en ellas algo provisional. Nos ha confesado, en las páginas de crítica que dedicó a Heine—me parecen las más bellas que escribió—, que su impresión primera del poeta alemán, que nunca había llegado a ser escrita, le remordía como si lo hubiera sido.

Está por escribirse una fenomenología del maestro, de quien posee de verdad tamaño y calidad de tal. Y es muy probable que con esa fenomenología se nos descubriera en él una insospechada dialéctica, que tendería—yo estoy seguro de ello—a la sumisión, a la sumisión a las cosas, como punto de partida; un íntimo descontento y el consiguiente rigor consigo mismo, como conducta; la vehemente incitación a que el discípulo alcance un nuevo horizonte, la incitación a la insumisión, como término. Un auténtico maestro nunca comunica afirmaciones cuajadas, talladas ya en piedra dogmática; incita al discípulo a descubrirlas por sí mismo, y a descubrirlas dentro de sí mismo.

Y ahí radica la enormidad de la obra de Menéndez Pelayo, su valor para nosotros: en ser una insustituíble pedagogía de la

mirada, de la que tan necesitados seguimos estando los españoles, afanosos siempre de locos empeños con los ojos cerrados.

Y aquí concluyen estas reflexiones: la confesión de disconformidad de un sacerdote español sobre la manera consabida de proponer el magisterio intelectual de Menéndez Pelayo. Si se ha atrevido a manifestárosla es porque tiene la presunción, no del todo injustificada, de interpretar el íntimo sentir de no pocos españoles preocupados de la última generación, de la que él tiene conciencia de ser nada más que un miembro cualquiera, todavía animoso, pero ya entristecido.

Me parece que hoy mismo, si este esforzado y riguroso español que fué don Marcelino Menéndez Pelayo pudiera volver a hablar; a la vista de las manipulaciones que con su figura y su pensamiento se llevan a cabo; a la vista del inminente riesgo de frustración en que tantas cosas del espíritu se van sumergiendo, volvería a repetir aquel su deseo, tal vez ahora convertido en urgente anhelo, de que pudiéramos, y no se nos estorbara, alcanzar de la realidad un concepto más amplio e ideal:

> ¡Y, entre tanto—había concluído él en su discurso del Primer Congreso Católico Nacional, en 1889—, los católicos españoles, doloroso es decirlo, pero éstos son días de grandes verdades, distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sabias y corromper cada día un alma joven, y no acudimos ni a la brecha cada día más abierta de la Metafísica, ni a la de la exégesis bíblica, ni a la de las ciencias naturales, ni a la de las ciencias históricas, ni a ninguno de los campos donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas! (*Ensayos*, 298.)

Menéndez Pelayo es un hombre de talla de gigante, pero un hombre, que nos propone una conducta y un ejemplo apremiante de sinceridad, de rigor, de nobleza, de generosidad, de inteligencia. Menéndez Pelayo—lo podemos decir de él con mucha mayor justicia de la que él tuvo para decirlo de uno de sus contemporáneos—, poseyó la ambición de todos los saberes sin tener la avaricia de ninguno.

Francisco Pérez Gutiérrez.
Seminario de Monte Corbán.
SANTANDER.



LUIS ROSALES: *NUEVO RETABLO DE NAVIDAD*

I

DE CÓMO Y POR QUÉ SE REUNIERON PARA LLORAR LOS ÁNGELES Y LOS PASTORES

Los ángeles ven al niño
y están llorando en silencio;
Señor, Tú sabes que lloran
para merecer su cuerpo.

Los pastores no son hombres,
que son árboles del cielo:
lloran viéndose en los ángeles
como si fueran espejos.

Los pastores son de nieve
recién pisada, de beso
que tarda un poco, de llanto
que siempre llega a su tiempo.

Los ángeles son de lluvia
con sol, de cristal con sueño,
de nieve recién caída,
tal vez de nieve cayendo.

Unos porque tienen alas
y otros porque tienen cuerpo,
todos están junto al niño
llorando y amaneciendo.

II

DE CÓMO EL HOMBRE QUE SE PIERDE LLEGA SIEMPRE A BELÉN

De noche, cuando la sombra
de todo el mundo se junta,
saldremos llevando el alma
en carne viva y desnuda;

de noche, cuando el camino
huele a romero y a juncia,
saldremos con los pastores
para ir de nuevo en Tu busca;

de noche iremos, de noche,
sin luna iremos, sin luna,
que para encontrar la fuente
sólo la sed nos alumbra;

de noche, cuando hace frío
y es tan humana la angustia
que siempre hay un cuarto donde
el llanto mueve la cuna.

III

CANCIÓN DEL HOMBRE QUE LLORABA PARA APRENDER A REZAR

Señor, esto son palabras:
no sé si llorar con ellas,
no sé si el llanto es un río
que llama de puerta en puerta.

No sé si suenan campanas,
no sé si brillan estrellas,
no sé si lloran o alumbran
arcángeles en la niebla.

No sé rezar, pero sé
que Tú me escuchas y rezas
las palabras que yo vivo
para hacerlas verdaderas.

No sé nada, Señor, nada
más que tu nombre y quisiera
decir que sí, que has venido
al mundo, y es Nochebuena

y es noche nuestra, y es noche
de sol, y es noche en espera
del llanto de Dios, que hoy llora
su infancia sobre la tierra.

IV

DEL PASTOR CIEGO QUE ABRIÓ SUS OJOS A NUEVA VIDA

Sentí decir ¡Belén! y un inseguro
empuje me arrastró; quedé un momento
sin poder respirar; pálido y lento
volví a palpar el muro y tras el muro

el roce de un testuz súbito y duro
me hizo pasmar; después sentí un violento
temblor de carne y labio, el movimiento
gozoso de la gente y un oscuro

miedo dulce a volver; seguí avanzando
y resbalé en la paja; ya caído
toqué el cuerpo de un niño; yo quería

pedirle ver y me encontré mirando,
sintiéndome nacer, recién nacido,
junto al rostro de Dios que sonreía.

V

DIÁLOGO ENTRE DIOS NUESTRO SEÑOR Y EL ÁNGEL ACERCA DE CÓMO SE FUÉ HACIENDO LA VERDAD

—¿La mula?
—Señor, la mula
está cansada y se duerme;
tal vez no sepa mañana
que ha nacido para siempre.

—¿La paja?
—Señor, la paja
no parece paja, y duele
como una pequeña cruz
dorada pero crujiente.

—¿La Virgen?
—Señor, la Virgen
sigue llorando.
—¿La nieve?
—Sigue cayendo. Hace frío
entre la mula y el buey.

—¿Y el niño?
—Señor, el niño
ya empieza a mortalecerse
y está temblando en la cuna
como el junco en la corriente.

—Todo está bien.
—Señor, pero...
—Todo está bien.
Lentamente
el ángel plegó sus alas
y volvió junto al pesebre.

Luis Rosales.
Altamirano, 34.
MADRID.



POEMA CAMPAL DEL PROJIMO

POR

EDUARDO ZEPEDA-HENRIQUEZ

A Jaime Ferrán.

... qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.

(JOAN., I, 13.)

I

Hombre que vas y vienes—centinela
de ti propio—en deseos naufragando,
con tu isleño callar y con tus ojos
arrodillados, pese a tu habitable
corazón; que de antaño peregrinas
sobre la sed, en medio de la niebla
de tu silábica tristeza; que abres,
como puerta hasta el llanto, tu secreta
ternura vegetal; y no te inclinas
para escuchar si ya galopa el alba,
igual que cuando, solos en el campo,
el oído ponemos en la tierra;
hombre que olvidas que, por alumbrarte,
ardieron otros de tu sangre—¿acaso
no rebalsa de coros invisibles,
como mares internos, tu memoria?—.

II

Conduce tus rebaños de esperanzas,
sé para ellos como una providencia
en pequeño, y, lo mismo que el olor
del caoba, penetra en vibrante
vecino bosque humano.
Entonces, hombre,

verás cómo fulgura la ignorancia
que Dios te puso en el dolor que pones;
cómo en ningún lugar del cuerpo mío
faltan tus cicatrices; cómo pierde
gravedad la materia echada al vuelo;
y cómo quiero que mi canto sea
un río alucinado, desgajándose,
que a morir en tus brazos vaya, y quede
tu espíritu cual tierra removida...;
¡porque Dios está vivo y es bastante!

III

La ceniza es del hombre, como el frío,
del invierno; nacemos con el alma
descalza sobre cardos; y es el tiempo
nuestra derrota original. Por eso,
hombre, dobla tu frente, cual las ramas
en aire de cosecha, y el sudor
ciñe tú en ella igual que una corona.
Espera, espera más, abunda, porque
después que la esperanza se remonta,
la ilusión es un ave con las alas
cortadas.
Harapiento de fe pasas
—¡cual si crucificado no estuvieras!—,
la saliva jaspeada de preguntas,
vivas células, siempre renovándose...
¿Cómo sin morir antes de ser, hombre,
quieres secar la sombra inabordable?

IV

Rozando la aridez, conyugalmente,
y aclimatado en un creer aldeano,
precipita certezas en tu albergue
más hondo, como abejas congregadas
junto al panal; y ciégate de Dios,
que hay un Indeclinable Dios que llaga
todos nuestros sentidos, que son pan

terrestre (la plural tierra se nutre
de lo denso de quienes nos dejaron,
con ojos vespertinos, su mirada
inconclusa hasta nunca).
Sólo así
temblarás en la yema de tus años,
como luz sorprendida, nuevamente;
y volverás a sonreír al mundo
tu císnea niñez, con la belleza
de su sola ignorancia, allá, opacándose...

V

De la inocencia, sólo la pupila
huraña te ha quedado, viendo casi
sin mirar; mientras todas las traiciones
del mundo se te suben, como un golpe
de vergüenza en el rostro. Sin embargo,
tu soledad montés—tu hastío de hombre—
aún alarga los brazos del anhelo
hasta descoyuntarlos en vano. Ardes
en el soñar de la vigilia, cada
vez más cerca, humeando, de la móvil
ceniza de partida (te denuncian:
rasgan tu vestidura, el testimonio
diario del polvo encima de los muebles
y el olor misterioso de la sangre
a terreno mojado).

VI

¡Ah, cuando faltes
aquí con tu recóndita tablilla
de cera, estará todo a la intemperie
del olvido; que el tiempo, en claros de hombre,
torna difuso lo vivido! Lenta,
lentísima, declina tu memoria
en la vegetación, fría y creciente,
del odio... Mas, si a todos nos deshiela
un mismo Amor, vayamos, al silencio

del recuerdo apiñados, a la tenue
linde del meridiano despertar
juntos y colmenares, compartiendo
nuestras sacerdotales exigencias
a las contiguas cosas, que azuzamos
como para que rompan a llorar
y nos den su hermosura poderosa.

VII

El hombre necesita de la tierra,
de un surco, al menos, donde acurrucar
su incontenible ocaso. Tú ya irrumpes
a la luz, hombre, condenado a muerte.
Bajo tu fugitiva piel, la vida
te da voces, con esa sideral
fuerza de inatrapables, pajariles,
deseos de la infancia. Y estás pobre
de querer y querer, porque ninguna
dulcísima memoria amiga tienes
en lejanía, para deleitoso
allí reposar, hombre, mientras cruzas
a pie de amor, estelarmente, el llanto.
¡Si a través del gemido madrugamos
al universo!

VIII

Que por ello opongo,
a tus pasos murientes, *mis murales*
palabras: la frutal maternidad
del poema entreabierto junto al pecho.
No me lo debes, hombre; pero gana
con sudor el regazo de la tierra
—como su paz, el casto buey que rumia
su recuerdo nupcial de la faena—;
aguarda ansioso, en vela, el nacimiento
de tu muerte, lo mismo que si fuese
el de un alba azorada—nos morimos
más de prisa despiertos, vigilando—;

y sea tu dolor frágil, de pura
desnudez mendicante, porque siempre
lo temporal se quiebra contra el alma.

IX

El viento pastoril del corazón,
sonando dura lo que un nombre escrito
en la sacramental y errante nieve;
porque somos apenas, hombre, incómodos
transeúntes, salobres oleadas
de voces que atardecen. Avanzamos
con la sombra inicial a la rodilla
y el costado sediento (hacia el crepúsculo
es más humano el cielo); pero tú ama.
En la fronda de manos que te cerca
reparte una palabra de amor, aunque
ya no poseas otra y enmudezcas.
También soy hombre—¡mírame!—, y yo espero
mi íntima muerte amando, lo bastante
para sobrevivir al desconsuelo.

X

Sobre la timidez fuiste construído:
vas casi abandonado, como brizna,
al soplo náutico del miedo; cierras
a la luz bendiciente cuanto has sido,
para quedar a tientas, tropezando;
y tratas, hombre, de ocultar el ángel
indeleble y punzante. ¡Qué darías
por ser vuelo tan sólo: desterrada
raíz, inútilmente bella! Deja
que en la lisa orfandad de tu materia
se transparente la virtud, rutile
y flote solitaria, como al pobre
le brilla nada más que su pobreza;
y que, con la violencia de una espiga,
se abra Dios al final de tu abandono.

DIEZ CAPITULOS SOBRE ORTEGA MUÑOZ

POR

JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

I

El primer capítulo trata de varios aparentes contrasentidos. Todos nosotros funcionamos mediante contrasentidos, que suelen ser los más eficientes motores de nuestro ser; pero que, al discrepar de módulos comunes, repetidos en cadena masiva, se empeñan en fingirse ilógicos. Y no lo son. No son contrasentidos, ni contrapuntos, ni contratiempos más que aparencialmente. Un largo conocimiento de la obra plástica y de su autor nos pretende enseñar un apurado paralelismo entre sus fisonomías, sus gestos, hasta sus superficies. Así es como antes de pensar en el hecho sobreviene una comezón de presunto desequilibrio entre la persona de Ortega Muñoz y la personalidad de su pintura. El, a los cincuenta años, es un hombre delicado, señorial, cano, quizá un poco frágil de porte, con algo del extranjerismo o europeísmo nato que el ibero cuelga como un sambenito sobre los que no lucen bien visible la vaga morería de que en vario grado somos partícipes. Nada de moro. Godofredo se llama, y, en efecto, parece mucho más godo, visigodo u ostrogodo de raza; vamos, más germánico. Aunque ninguno podamos blasonar de ninguna sangre secular en este extraordinario solar de bodas raciales que es nuestra España.

En fin, su estampa tiene poco de castiza. Ya se sabe la desgraciada afición que arrastra a este noble adjetivo por todos los basureros más viejos. Ni él es castizo de ninguno de los perezosos casticismos tradicionales, ni lo es su pintura. Esta es algo más que castiza; es rudamente campesina, respetuosamente paleta, de una compendiosa sustancialidad un tanto sobrecogedora. Ya se hablará de Zurbarán a su debido tiempo para pretender alguna explicación a este concentrado hermetismo y este desprecio de lo accesorio. Entre tanto—y continuando con los aparentes contrasentidos—destaca por sí sola la ilógica cuestión de que el pintor español de nuestro tiempo de figura personal menos castiza sea el realizador de la pintura de temática más rigurosamente casticista. A lo que

podría añadirse otro contrasentido, éste bastante menos aparencial, de certeza más cruel: el de que esta pintura de Godofredo Ortega Muñoz signifique un espectáculo de primer orden para las minorías iniciadas (ya he dicho y seguiré diciendo la vergüenza que me produce integrar la minoría), mientras que el espectador medio, para el que se viene elaborando desde hace un siglo una especial clase de mal arte, adulador y chocarrero, no admite tal espectáculo de dignidad. Y, muy en cambio, las campesinas extremeñas, los membrillos, los ajos, las sillas de anea y los niños pobres, ésos sí se reconocen en el espejo, ésos sí gustan de esta pintura. Ya veis cómo los aparentes contrasentidos se van aclarando. Y aún se aclararán más.

II

La exposición presentada por Ortega Muñoz en el Ateneo de Madrid, el 19 de noviembre de 1956, acabó de aclarar muchas cosas. La exposición antologizaba su labor desde los años veintitantos hasta la fecha mediante fases sucesivamente caducadas en el ánimo creador del artista. Pero caducadas, no superadas. Porque aunque esta fase actual y definitiva resulte ser la que consagra la personalidad y la maestría de Ortega Muñoz, en aquellas otras etapas quedaba constancia de todo un altísimo pintor, el que, de persistir en una u otra, ya nos hubiera impuesto el respeto incontrastable del Ortega Muñoz de hoy. Se vió, por ejemplo, el retrato de un amigo fumando en pipa, que era algo más que un incunable y un recuerdo curioso, porque casi recordaba a Manet. Y se vieron unos paisajes de tendencia sorda y agrisada, de comedida construcción *fauve,* soberbios en todas sus partes. Continuando esta línea, quedándose con este hallazgo tan bien cuidado, Ortega Muñoz ya era un pintor de fabulosa estatura. Y ellos le daban plenos poderes para intentar y lograr cualquier otro género. Por aquellos entonces, Ortega Muñoz era muy viajero y muy correcalles de muchos países. Era natural—lo mismo, y con más aguda fiebre, ocurre a los muchachos pintores que hoy se desengañan de París—que se le sensibilizasen la vena hispana y la saudade de la tierra extremeña, y que al fauvismo aprendido—repito que soberbio—sucediese un fauvismo inventado, creado y recreado con horizontes, gentes, cosas y bestias del propio solar. En fin, esta exposición de 1956 en el Ateneo contiene todos los eslabones previos, que el más exigente criticismo pudiera ambicionar para establecer la explicación de por qué el artista es tan viejo en maestrías y por

qué los caminos de Escandinavia, Egipto y Palestina se le han convertido en senderos que no llevaban más que a un solo punto y meta: la inicial y patria Extremadura.

III

Si todas las pinturas afrentadas por el estigma regional fueran tan espantablemente ciertas, el estigma se cambiaría en honor. Porque lo regional, y local, y microurbano es universal en la medida que el creador desee, mientras que también continúa siendo chillonamente aldeano si se desea persistir en colorín de malísima zarzuela. A la mano está el ejemplo, porque este regionalismo extremeño de Ortega Muñoz no sirve para decoración zarzuelera ni para ballet españoleador. Lo sentimos por toda la embustera pintura regional, que lleva décadas ensuciando los ojos y el honor de los españoles con supuestas bellezas, supuestísimos trajes vernáculos, imposibles églogas, amañados idilios, todo ello inexistente, soñado por urbícolas pedantes, que jamás se molestaron en salir al campo. Desde la muerte del Romanticismo—muy, por lo menos, desde entonces—, toda la literatura y todo el arte españoles de alguna tendencia campesina han participado de esa misma afrenta, la que les restaba su dignidad programática y secular y las barnizaba de bochornosa zarzuelería. Lo regional ha sido infamado en todas las regiones de España. Y también a Extremadura le han llegado sus infamadores, porque no podía escapar de esta penalidad de general mal sentido ninguna región. Una de las glorias más legítimas de Ortega Muñoz estriba en haber logrado una pintura campesina, paleta de tan campesina exactamente regional, pues toda ella retrata a una sola y exclusiva región española, pero traduciéndola a la trascendente dignidad de que gozan todos los idiomas universales. Algo así como si Ortega Muñoz hubiera descrito a su Extremadura en el latín de Virgilio. La Andalucía de los Alvarez Quintero se queda para funciones teatrales de aficionados.

IV

No seré yo, castellano, quien intente una teoría de la pintura extremeña. Es verdad que he viajado bastante por esa región fronteriza, enorme y agraria. Fronteriza sólo por azar, puesto que no separa de la otra Extremadura lusitana sino una raya arbitraria

y legal, más allá de la cual se prolongan los mismos campos verdes, iguales setos, parejos encinares, idéntica soledad y ausencia de gentes. Es posible—en Extremadura—atravesar leguas y leguas sin encontrar alma viviente. El viajero pasa por contados pueblos. Entre Cáceres y Badajoz sólo se topa con uno, que llaman La Puebla de la Roca. Y, congruentemente, la primera noción de Extremadura exacta que advertí en Ortega Muñoz, en su pintura, digo, fué la soledad de sus campos. Son esos campos labrados, esos encinares, setos y pedregales, donde sólo habita un asno asombrado, donde ni siquiera una chaqueta o un azadón hablan de gentes. Otro tanto acaece en muchos más campos españoles; pero en Extremadura todo resulta más punzante, no sé si porque la tierra emana un natural hermetismo. Y ¿de dónde vienen ese hermetismo y este silencio? ¿De una morería que quedó situada demasiado al norte del Andalus o de una cristiandad que se asentó más al Sur de lo que debiera? No sé; pero Extremadura me parece triste y silenciosa. Eso sí, inmensamente digna y señora. Todas las gentes que Ortega Muñoz no sitúa en sus sustanciales, eternos, trascendentes paisajes de labor humana, pero sin hombres visibles, han de ser buscados dentro de las casas. Allí, en una modestia de *habitat* que no es estrictamente campesina, sino española, de español hecho a todos los estoicismos senequianos y postsenequianos, los hombres, las mujeres y los niños esenciales, sin gestos, sin risas y sin llantos, con algo y mucho de romanos eternos, y hasta de etruscos. Sin gestos, sin apetencias, casi sin voz. Son tan sobrecogedores, son tan austeros y estatuarios como su hermético paisaje. El ajuar no existe como no proclame su absoluta necesidad. Y, por ello, las pocas cosas inertes que viven en la pintura de Ortega Muñoz tienen un quieto resplandor de vigencia, de necesidad, de certeza, de presencia, que ya había demostrado—casi geométricamente—Francisco de Zurbarán. Porque también Zurbarán era extremeño.

V

Antes que Zurbarán fué Luis de Morales. De no haber vivido y actuado en una época de exagerados convencionalismos manieristas, este enigmático hombre de Badajoz hubiera realizado *su* pintura verdadera, la que cabía esperar del autor de unas vírgenes bellas, pero campesinas; de unos raros fondos, en que la fuerza de la gravedad campesina de Extremadura ya se imponía por derecho propio. El no pudo hacerlo; pero sí lo hizo Francisco de Zur-

barán, un hombre al que los colores y glorias del Barroco, los éxitos cumplidísimos en Sevilla y las cortesanías del Buen Retiro madrileño no concluyeron de despojar de cierta nativa inclinación regional y extremeña, tan campesina y zaina como sustancial y sintetizadora. También en Zurbarán se vislumbran unos fondos de encinares solitarios. En él se daban esas criaturas femeninas de rostro ovalado y silencioso, dulcificado en cuanto debían figurar a Santa Catalina o a Santa Agueda; pero, por cierto, irremediablemente extremeñas, abuelas y tatarabuelas de las campesinas de Godofredo Ortega Muñoz. Y, todavía, un eslabón de bastante mayor importancia: el de la soledad, la parvedad y la importancia desacostumbrada del objeto dentro del temario. Ni a propósito de Zurbarán ni de Ortega Muñoz es prudente o viable emplear el término bodegón. Las naturalezas vivas—no muertas—de uno y otro son otra cosa. El bodegón tiene que ver con el apetito. El objeto tiene que ver con el vivir y con el ayudar a la vida; hasta tal punto, hasta tan alto punto, que esos objetos zurbaranescos y orteguianos disfrutan de quieto vivir. Un cacharro, un cesto, una silla, una taza, una cabeza de ajos, y nada más. Sí; pero ¡tan virtuales, tan quietos, tan esenciales en su divina y eterna pobreza, ayudanta del vivir! El objeto llevado al arte es muchas veces indicio de confusión; pero en manos de estos tremendos, austeros y sobrecogedores extremeños no significa sino indicio del más compuesto orden posible. Poco ajuar debe de ser el del campesino extremeño cuando, de tal suerte seleccionado, comunica semejante consideración de lucidez, de plenitud, de certeza.

VI

Por supuesto, si tan fácil es acercar a dichos dos extremeños, Zurbarán y Ortega Muñoz, no se debe poco a la intemporalidad de la pintura de éste. Nada hay en ella que persuada de una cronología determinada como no sea la libertad de la factura. Lo agrario y lo grave de Zurbarán subsisten, sin ningún atadero con un tiempo dado. Ninguna marca, gloria o injuria de carácter novecentista. Ningún humo de motor, ningún ingenio mecánico turba el acompasado silencio. Recordemos que algún retrato de cosas por Zurbarán ha sido aproximado a Cézanne. Con parecida justicia pudiéramos llevar trozos del silencio agrícola de Ortega Muñoz a tiempos muy lejanos. En fin, el centro de esta pintura carece de tiempo. Somos nosotros los que se lo otorgamos.

VII

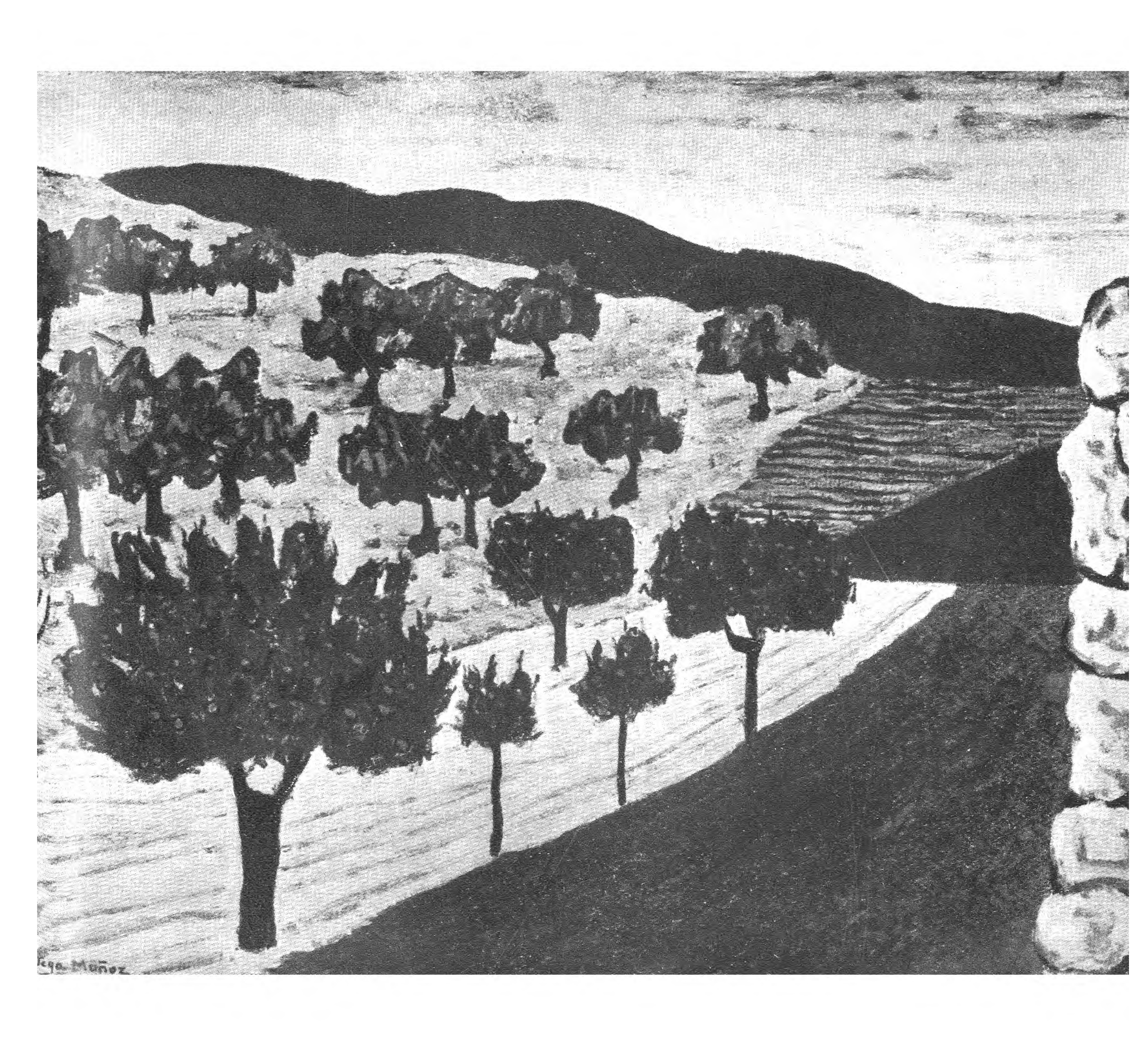
Naturalmente, ello obliga a decir que cuando insertamos a Ortega Muñoz en un estilo o en un *ismo* cerrado, no son sino ganas de hablar por no callar. Y no estoy yo libre de pecado, luego de haber encerrado al extremeño en un apartado que se llama fauvismo ibérico. Es irremediable. A la gente le gusta que los hechos y las nociones más claras le sean expuestos bajo la red de una porción de cuadros sinópticos, llaves, capítulos, apartados y subpárrafos, porque de esta manera creen que todo queda mucho más claro. Son complicaciones, las más de las veces superfluas, porque impiden otras divisiones mucho más radicales, categóricas y veraces, cual ésta: pintura buena y pintura mala. Pero como ello disgustaría a miles de lectores encariñados con las divisiones y subdivisiones, hay que inventarlas y presentarlas bajo etiqueta de algún buen sentido. Así nos lo exigen.

Hoy, sin embargo, me niego terminantemente a ello. Y puesto a definir la pintura de Godofredo Ortega Muñoz, no declaro sino unas palabras muy concisas y tajantes: que es buena pintura.

VIII

Pero no pregunten ahora en qué consiste la buena pintura, porque la contestación acarrearía demasiadas páginas, llevando muy fuera del tema puesto sobre el tapete. La buena pintura puede no quedar configurada sino por unas muy diestras manchas de rojo, azul y amarillo. También puede ser una conflagración de muchos más colores de progenie menos aristócrata. Y, por supuesto, hay manera de crear buena pintura con los colores más modestos, humildes, artesanos y monacales, cuales son el ocre y el negro. Este es el caso de Ortega Muñoz.

Ocre, negro y blanco, colores dilectos a Ortega, fuéronlo también de Zurbarán y de Juan Gris. Ello dista mucho de componer una fortuita casualidad. Significa que en todas las etapas bivalentes, como epílogo de una tendencia o prólogo a otra nueva, en la esencialización del Barroco o en la legislación del Cubismo, los artistas han macerado su paleta, la han castigado a pan y agua y han deducido el asombroso valor colorista del blanco y el negro. Ya se entenderá que, para poder aspirar a semejante paleta penitencial, racionada y voluntariamente modesta, el artista ha debido reordenar toda su gramática de colores primarios y complementa-



Naranjos y olivos (1955).



Vestido rosa (1938).

rios, obtener buena cuenta de sus valores y ajustarlos de modo que, con el buen uso de la gama superviviente, prosiga imperando la dicción total. La parquedad del léxico no es contraria al buen estilo; antes bien, lo fortifica y serena. Luego fuerte y sereno es el estilo colorista—o el color estilístico—de Ortega Muñoz. Por sugerencia del color, y no por otra cosa, hemos dado en llamar monástico a lo que se viste de blanco, pardo, negro, oscuro. Bien; pues no hay inconveniente en considerar esta pintura tan monacal como la de Francisco de Zurbarán o de Juan Gris. Ya que no se habla sino de una gama determinante, la que de ningún modo excluye el amarillo de un limón, la levísima rojez de una flor con sus correspondientes verdes, o un rosa, que en Zurbarán servía para las vestiduras y en Ortega Muñoz para algún cielo en amanecida. Muchos más colores encontraremos en esta paleta, castigada por la voluntad de un colorista extraordinario; pero, precisamente para respetar esa voluntad, no los busquemos con demasiado ahinco. Ni tratemos de ver más de lo que Ortega Muñoz nos quiera mostrar. Es mucho.

IX

Se ha señalado, con justeza y exactitud, que Picasso no gusta de pintar árboles. Que no hay árboles en su dilatadísima obra, del mismo modo que hay apenas árboles en Venecia. Por el contrario, uno de los personajes a los que Ortega Muñoz confiere mayor entidad de protagonista es al árbol.

Los atormentados paisajes de Ortega Muñoz apenas pueden ser concebidos sin árboles o arbustos. Encinas, alcornoques, castaños, naranjos, olivos son esos protagonistas casi humanos. Casi humanos o del todo humanos, porque se trata de árboles inmediatamente útiles, tributarios de aceite, bellotas, castañas, corcho, fruta. Arboles trabajadores, no decorativos; servidores, no señores. El árbol hermoso, de fronda bella y holgazana, nada tiene que hacer en este paisaje de sudor y jornales. Los árboles de Ortega Muñoz, por supuesto, se ganan su mal jornal después de haber entregado cuanto tienen. Y cuando los castaños se quedan mochos y bracean tristemente hacia el cielo, prolongando la negrura ingraciosa de su tronco, entonces ya sirven para modelos de Ortega Muñoz. Es que ya parecen hombres secos y agotados por la labor. En la temática paisajística de Godofredo Ortega Muñoz se da con insistencia este ordenado tropel de tristes castaños obreros, casi suplicando identificación con la especie humana. No puedo recordar otra pintura

de árboles de mayor signo patético, de semejante penetración e incrustación espiritual. Un mito helénico de desmesurado optimismo se complacía en confundir árboles con guapas mujeres. Mucho han debido de variar las mitologías para que ahora, sin prefiguración literaria ni religiosa de ninguna especie, los árboles se nos trastruequen con jornaleros de cortijos extremeños. El optimismo —¿cómo pudieron gozarlo los griegos en tan elevada dosis?—ha cedido sus caminos a la verdad, y la verdad, ahora, sabe pintar.

Pero esta verdad, forzosamente pesimista, suele clamar desde las ciudades, porque casi todos los pintores, no excluído Picasso, habitan en ellas. Y, naturalmente, los árboles de ciudad son tan grises e inexpresivos como cualquier ciudadano. Los que trabajan, sufren y ganan su jornal son los árboles y arbustos campesinos. Paremos lo que nos llevaría a una divagación muy larga y muy ajena a la crítica de arte. Lo importante es que Ortega Muñoz sea autor de una pintura tan veraz y tan punzante, tan quietamente dramática que pueda ser hincada en el suelo mediante unos pobres troncos de madera trabajada. Y que esta circunstancia pueda dar lugar a mucha meditación y divagación, la que de tan larga es menester parar aquí.

X

Debiera resultar sencillo, ahora, comprender todo el esencial dramatismo de la pintura de este hombre. El silencio, la soledad, el hermetismo extremeño, la herencia de Zurbarán, la paleta castigada y penitencial, los árboles trabajadores... En época más cursi y redicha ya se hubiera hablado del secreto de Ortega Muñoz; pero ni están los tiempos para secretos, ni Ortega los esconde, ni yo los sorprendo. Nos limitamos todos a disfrutar de una pintura magistral y honrada: primero, con su contemplación; más tarde, con la mucha conversación que ante ella cabe. Nada de secretos, porque todo está abierto y patente.

Lo que quizá no se haya dicho, pero sin que merezca categoría de secreto desvelado, es que la pintura española está encontrando su generación del 98. Ya la ha encontrado, y de su brazo marcha. Nos explicaremos. Cuando la gran generación literaria descubrió España en todos sus enredijos de hermosuras y tristezas, de frescas sierras y suburbios agrios, la pintura no pudo acompañarla porque no estaba a punto. Era demasiado joven. Estaba comenzando a nacer después de las puerilidades y mentiras plásticas del último tercio del siglo XIX. Ha sido necesaria otra grave

prueba para que los pintores se decidieran a salir al campo español, enfrentándose con su carne escalofriante. No; no era espectáculo para todos, y por eso es por lo que la historia de nuestro paisaje es tan breve, tan inocua, tan desprovista de bravura. Los pintores que se buscaron en España un rinconcito, para convertirlo en su compuesto Barbizon, eran unos premeditados falsificadores, y así resultó de pequeña su obra. En nuestra tierra no hay esos bosques arrogantes y cuidados, ni esos ríos femeninos y lujosos de Francia. Hay campos.

Y hasta que se ha comprendido esta elemental verdad, no ha habido dignidad en el paisaje español. Ni, de rechazo, en los componentes humanos del paisaje, en los hombres, mujeres, ancianos y niños campesinos. Su conquista es recentísima, dolorosamente falta de paralelo con la generación literaria que le hubiera cuadrado: la del 98. No sé de qué modo habrá que designar a esta generación a que pertenece Ortega Muñoz, y que es la creadora, inventora y descubridora del dramatismo del campo español. Con el achaque inverso: el de ir desparejada de una gran generación literaria que ahora no existe. Los renacimientos españoles son tan independientes en sus vidas y milagros que no aceptan maridaje de lo literario y lo plástico, y las primaveras de lo uno coexisten con los inviernos de lo otro. Siempre, nuestras broncas intemperancias.

Y es gran lástima, porque de no haber sido así, de haber nacido Godofredo Ortega Muñoz en 1870 ó 1880, el comentario literario de su obra pudieran haberlo hecho don Miguel de Unamuno o don José Ortega y Gasset, con lo que todos hubiéramos salido ganando.

Juan A. Gaya Nuño.
Ibiza, 23.
MADRID.

CASCARILLA

(CUENTO ECUATORIANO)

POR

HUGO MUÑOZ GARCIA

El sol decrecía y se hundía tras las montañas. Soplaba el viento, acariciando las ramas y jugando con las hojas caídas. El canto interminable de los animales de monte rasgaba la monotonía del espacio.

Por una pequeña trocha bajaban hacia el camino cinco hombres cargados hasta más no poder. Con los machetes en la diestra hicieron su aparición en Cashaurco, campamento cascarillero al sur de Baños.

Habían salido a la madrugada, y dando las cinco de la tarde iniciaban el regreso.

En llegando, una voz ronca ordenó a los peones que descargaran y se dispusieran a pesar.

—Vos, Lorenzo—dijo al más joven—, trae la romana, y vos, Manuel, ayuda a descargar.

—En seguida, patrón—dijeron a una sola voz los aludidos.

Mientras se realizaba esta operación, que tenía por objeto ver la cantidad de cascarilla que traía cada uno de los peones para ponerlo en sus cuentas, Luis Alzamora, un joven robusto, tomó una guitarra en sus manos y se dispuso a cantar. No bien principió a rasgarla cuando oyó el mandato de su patrón:

—Ve vos, pedazo de escarabajo, ¿qué has creído, que se te paga para que no hagas nada?

—Estaba descansando no más, patrón.

—Levántate inmediatamente, y cuidado con responderme.

—Está bien, patrón.

Como un solo hombre, los peones se pusieron al trabajo de la pesada. El sol había bajado completamente y las sombras acababan de cubrir con su manto el firmamento.

Serían las siete de la noche cuando se retiraron de su trabajo. Se disponían a marcharse hacia la casa del campamento cuando de nuevo les habló el patrón:

—Ya saben que mañana salen a la misma hora.

—Está bien, patrón—contestaron a coro.

* * *

La casa que les servía de habitación era una choza desmantelada, construída de chonta y cubierta con hojas de bijao.

Los peones fueron acomodándose en los lugares de costumbre, dispuestos a conciliar el sueño, pues se encontraban sumamente cansados de la faena que acababa de terminar.

Un pequeño candil dibujaba las siluetas de los hombres en las paredes de la habitación, mientras que los rayos de la luna, contrastando con esa luz tenue, penetraban por las rendijas de las chontas hacia el interior de la pieza, rompiendo la semioscuridad. Un silencio profundo reinó por un instante. Ni la montaña, que jamás está callada, dejó oír sus intimidades. Parecía que ni el viento corría.

Transcurrió algún tiempo, y apenas si se pudo percibir el cuchichear de unas voces. Eran Alzamora y Lorenzo Pita los que dialogaban:

—Maldita sea—decía Alzamora—; uno de estos días me caliento y no sé lo que pasa aquí. Ya me tiene el patrón harto de sus majaderías.

—Así es la vida—contestó Lorenzo—. Mientras uno se friega como macho en esa maldita montaña buscando cascarilla, otros son los que ganan. Por cada quintal de cascarilla le pagan al patrón algunos cientos de sucres, mientras que a nosotros nos dan la miseria de unos pocos reales, y todavía nos tratan mal.

—Y ni nos dan comida de gente—repuso el viejo Panta, que había estado atento a la conversación—: camotes y chapo, chapo y camotes, he ahí la comida de todos los días.

—Y sobre eso no nos tienen un poco de consideración. Nos ven como animales.

—Estos señoritos pintiparaos—replicó el viejo Panta—han creído que somos bestias de carga.

Continuaron la conversación por unos minutos más, hasta que Alzamora, tomando a su compañera la guitarra, entonó una canción.

El candil se había apagado, y sólo se alumbraban con los rayos de la luna. Ya no se escuchaba ni la voz ronca del cantor. La habitación era una morgue. Cinco cuerpos estaban tendidos sobre el

piso. Algunos se cubrían con los ponchos de agua que les habían dado y otros lo hacían con la esperanza.

El viento crujía fuertemente, trayendo en sus entrañas el canto de la montaña.

* * *

Siguiendo las órdenes del patrón, los peones se levantaron a las cinco de la mañana. Aún no despuntaba el alba cuando se pusieron en marcha. Tomaron unos costales de yute, el poncho de agua que les sirvió de cobija y el inseparable machete.

Manuel Remberto, un moreno de recia contextura, que conocía la montaña como la palma de la mano, hacía de jefe. Había nacido allí, en el corazón mismo de ella, y por eso sabía sus secretos. Para él, la montaña era su segunda madre. Sus penalidades y sus triunfos eran de ella, como las intimidades y el contenido de ella eran de él. Cuando niño le gustaba explorar la selva, como un científico lo hace con la ciencia. El y la montaña eran una sola cosa. ¡Qué satisfacción sentía al fusionarse con la Naturaleza! ¡Acostarse entre la maleza y dormirse profundamente! Tan profundamente que no sentía ni la espina de la gualanga, *ni el susurrar del viento enfurecido, ni el arrastrarse de las víboras traicioneras.*

* * *

Serían las seis de la mañana cuando dominaron la cuchilla de la montaña.

El sol comenzaba a salir, como una mujer coqueteando tras la ventana. Apenas si sus rayos alcanzaban a iluminar las copas de los matapalos y pambiles.

Los monos, meciéndose con sus colas en las ramas de los árboles, formaban algazara, como un conjunto de niños llorones. Los loros y papagayos comenzaron a revolotear, mientras que las culebras se arrastraban sigilosas por el suelo.

Hicieron una pausa en el camino. Con un pedazo de trapo, que les servía de pañuelo, secaron el sudor que, como hilachas, les caía por el rostro. En un intervalo de descanso habló Remberto:

—Tomemos todo a la derecha y sigamos el cauce del río.

—Quizá a la vuelta de la cuchilla encontremos la veta.

—¡Esta maldita cascarilla, que no asoma ni con varas de San Cipriano!

—Tal vez estamos muy arriba—repuso Lorenzo.

—A lo mejor—asintió el viejo Panta.

El sol acariciaba con más fuerza los cuerpos de estos hombres. Siguieron caminando, guiados por Remberto. La codiciada cascarilla no asomaba.

—Todo a la derecha.

—Quizá a la vuelta de la cuchilla encontremos la veta.

Ilusión de caminantes. Mientras más adelantaban, menos probabilidades tenían de encontrar.

Esta maldita cascarilla, que cura el paludismo, es como niña bonita jugando a escondidas con el que la busca. Cuando por casualidad se encuentra de la buena, está desperdigada. Un árbol por aquí, otro por allá, otro por acullá. ¡Quién no quisiera encontrar una foresta de cascarilla! ¡Ah, qué bueno sería! Desgraciadamente, no es así. Rara es la ocasión en que se encuentran dos árboles juntos. El cascarillo es un árbol huraño, metamorfoseado con los otros árboles. Quien no sea conocedor, muy bien puede confundir un cascarillo con cualquier otra especie de árboles. Es caprichoso. No crece dondequiera. La altura es lo esencial para él. Sus hojas ovaladas y de coloración un tanto rojizas se levantan opulentas desafiando al espacio, mientras que su tronco, como cualquier otro tronco, permanece incógnito en la grandeza de la montaña.

¡Quién podía imaginarse que en tiempo de la guerra hubiera sido más necesario que las municiones mismas!

Decían los gringos *que en el frente del Pacífico se necesitaba más quinina que balas. Por cada cinco soldados muertos, dos, por lo menos, eran de paludismo, y los otros por efectos de la guerra.*

Y ¡cómo había subido el precio! Los norteamericanos perdieron sus existencias en Java, y les urgía ser poseedores de fuertes cantidades de quinina. Era necesario buscarlo en otros lugares, y la Naturaleza nos hizo depositarios de esta gran riqueza. Entonces comenzamos a darnos cuenta de nuestras reservas en cascarilla. Recientemente sabíamos su valor económico. Desgraciadamente, como todo aquello que no se siembra, algún día se acaba; así desaparecerá de nuestras montañas tan útil árbol.

Nunca nos preocupamos de sembrar cascarilla. Nunca tuvimos la idea de trabajar en ella, y sólo nos contentamos con extraerla, silvestre, de nuestras montañas. La cuestión era sacar dinero, y nada más.

* * *

Cantaba el río en medio de la montaña. Traía en su voz notas de oro, de barro, de vidrio. Sus olas, al chocar con las piedras, se levantaban, formando rascacielos.

El manzanillo y el cuchirravo, centinelas de la montaña, estaban siempre alertas. No permitirían que se turbara la tranquilidad de esos parajes con la presencia de aventureros, que venían a usurpar a su damisela.

Las ranas, humedecidas, lanzaban gritos al paso de los viajeros. La lagartija y el lao se arrastraban, asustados.

Los peones continuaban caminando.

—Para mí que nos fué mal—dijo el viejo Panta.

—Recórcholis, que ya tengo hambre—contestó Remberto.

—Avancemos hasta el Llushin, y allí almorzaremos—habló Alzamora.

Anda que anda, anda que anda, llegaron al río. Descargaron su pequeño fiambre y se pusieron a almorzar. Con las aguas del Llushin hicieron aguado, y se sirvieron luego sendos pedazos de raspadura.

—¿Qué tal si cruzamos el río? Quizá allí esté la veta.

—A lo mejor es cierto.

—¡Quién sabe! Para mí que estamos muy alto.

Conversaron un momento, y luego de ponerse de acuerdo decidieron cruzar el río. Este era de unos cuatro a cinco metros de ancho, caudaloso y lleno de piedras.

—Hay que cruzar con cuidado, que si nos lleva la corriente no quedamos ni para el cuento.

—De verdad, con la cantidad de piedras que tiene.

—Y ahora que está más jorobao que nunca.

Tomaron de entre la montaña el árbol más alto que encontraron. Lo extendieron sobre el río en forma de puente. De uno a uno fueron pasando a la otra ribera. Una vez juntos continuaron el camino.

El día moría con agonía lenta. Las grandes copas de los árboles, abiertas como sombrillas, impedían el paso de los últimos rayos del sol.

—Mejor nos quedamos aquí la noche.

—Lo mismito creo yo.

—A armar el rancho, muchachos.

Trajeron chontas, mantaqueros y taguana. Cuatro palos sirvieron de puntales, y otros tantos, cruzados y amarrados, formaron el caparazón del rancho. Cubrieron el techo con hojas de palmito y extendieron otras tantas por el suelo.

La noche llegaba como ansiosa viajera. Los cocuyos *revoloteaban con sus encendidas linternas. La montaña lanzaba gritos histéricos. Los hombres prendieron una fogata para defenderse del ti*grillo pianguero *o de cualquier otro animal que podía ocasionarles daño en esas regiones.*

—Verá no más que regresamos sin nada.

—No dirá así. El patrón ha de creer que ni hemos venido y que nos hemos estado rascando la barriga.

—Y ahora sí que no aguanto—replicó Alzamora—. Donde comience a molestar la paciencia, estallo.

La conversación siguió por unos minutos más. Planearon la trayectoria que seguirían en el día, y se quedaron dormidos.

* * *

Los árboles se inclinaron reverentes saludando al nuevo día. Era un amanecer color de virgen y sabor de dicha cuando emprendieron la marcha.

Caminaron un gran trecho y no asomaba el menor indicio de cascarilla. ¿Acaso la cinchona se mostraba huraña con ellos? No, así mismo era ella siempre. Había que tener paciencia.

Un grito de júbilo se arrancó de la garganta de un peón cuando divisó en la maleza un cascarillo escondido.

Corrieron hacia él. Presurosos, como animales que encuentran su presa, se lanzaron hacia el árbol.

—Continúen buscando por aquí mientras yo me encargo de éste—dijo el descubridor.

La operación de la extracción de la corteza no es cosa difícil. Con un machete afilado se principia a desnudar el árbol. Hay que tener un poco de pericia en el corte, porque, de lo contrario, se dejaría al árbol inepto para retoñar.

Cada uno de los hombres había encontrado un árbol y hecho la misma cosa: sacar la corteza, meterla en un costal e iniciar el regreso. Un día y medio se demoraron en retornar al campamento después de un penoso caminar. Una fuerte tempestad los sorprendió en el camino. El cuchirravo *había hecho presa de ellos, pues por no resbalar por los barrancos que presentan las cuchillas se agarraban a él, perforando las espinas sus manos.*

Las dantas *y otros animales se les habían cruzado en el camino. Desgraciadamente no podían cazarlos, pues la carga que llevaban era demasiada para ejercitar otra actividad que no fuera el caminar autómata.*

Una vez en el campamento iniciaron la pesada.

La romana iba marcando la carga. Un quintal, noventa, ochenta libras.

¡Qué felicidad hubiera sido que se les pagara de acuerdo con este peso! Mas había que descontar lo que mermaba con la secada, de suerte que ellos no recibían casi nada.

Uno, dos, tres días de camino para ganar una miseria. Uno, dos, tres días de sufrimiento y nada de retribución. ¿Qué hacer? ¿Protestar acaso? Pero ¿cómo? El blanco era fuerte, pues tenía a todas las autoridades de su lado. No les quedaba sino un camino: callar y seguir trabajando. Para eso eran cutumbos, *como dirían los negros, y a los* gallos runas *no se los toma en cuenta.*

Silenciosos, como una caravana de creyentes que se dirigen al templo de su Redentor, fueron hacia la casa del campamento.

Esperarían, como siempre, la llegada del nuevo día para continuar trabajando.

La montaña parecía que lloraba la injusticia.

El viento soplaba enfurecido.

Hugo Muñoz García.
Sainz de Baranda, 73.
MADRID.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL BURRIQUILLO *PLATERO*, PERSONAJE UNIVERSAL

¿Qué tiene de misterio un burro? Nada. Un burro es la cosa más natural del mundo. El burro, sin embargo, diciéndolo con pedantería de profesor, representa una civilización. Una civilización, pero sin conflictos ni crisis: la civilización en su estado prístino de dicha y alegría. ¿Que no? Preguntádselo a los pueblos sabios, a los pueblos religiosos, a los pueblos poetas. ¿Concebirían la existencia sin el burro? El burrillo pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera que se diría todo de algodón; el burrillo de ojos como espejos de azabache, ese burrillo sentimental que acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes, gualdas; ese burrillo cascabelero y trotón, que bien puede llamarse *Platero*, no es un animal sin más, un animal de los que entraron y salieron del arca simplemente para quedar empadronados en la Historia Natural de las escuelas. El burrillo que parece que hace garabatos cuando pasa frente a los jardines donde están los niños pobres; el burrillo mimoso, que mira a los novios que pasean por la carretera con piedad y ternura; el burrillo filosófico, Marco Aurelio de los prados, que a veces aventaja en sabiduría al médico, al maestro y hasta al cura del lugar, porque ve las cosas con el insólito asombro de la humildad y porque trata a los hombres con la resignada paciencia de los héroes estoicos y valeroso, es personaje mítico y universal.

Y es que tú, menuda bestezuela, que a veces das la impresión de torpón y retraído, has venido derecho desde la mitología a la compañía de los hombres, poseído de una soberana y lúcida majestad. La entrada del dulce rabí Jesús en Jerusalén no se concibe ni a caballo ni en camello, porque esta entrada era la entronización de una ciencia nueva para la nueva Humanidad. Y es que en esta entrada iba a quedar simbolizado para siempre el tremendo mensaje que entraña el hacer las grandes cosas valiéndose de las cosas pequeñas. Cuando el pobre de Asís quiere hacer también su revolución, se acerca al hermano burro, acaricia sus orejas, le habla, llora junto a él y en él aprende la serena y sublime lección del olvido y del desprecio de todo. Ya es extraordinario que el condescendiente, mortificado y piadoso burrillo nunca haya querido ser considerado animal sagrado, a pesar de que en su presencia y sobre su peludo lomo se han verificado los pocos divinos misterios que a la Humanidad le ha sido dado contemplar en la tierra. Porque en Belén estoy seguro de que la tan traída y

llevada mula era más bien un burrito, el que, en compañía del buey, otro dulce y piadoso animal, calentó con su aliento aquel pesebre divino. Y si era una mula, da igual. Porque la mula es de la estirpe del burro.

El burro no es un animal infeliz. Lo que pasa es que el burro es el único animal que ha conservado el candor, la inocencia y la gracia del paraíso. Ya es también hermoso y significativo que el fiel compañero del caballero Quijote, el leal escudero del loco y justiciero Alonso Quijano, sea caballero de un asnillo sufrido y sentencioso, burro proverbial, como Séneca, y más ascético que el autor del *Kempis*. San Ignacio hizo jornadas en burro, y Santa Teresa iba de convento en convento a la grupa de un burro, que se sacudía, como podía, las moscas de Castilla. Y un burro, celeste y lírico burrillo, que pisaba fuerte como si fuera de acero y devoraba golosamente montones de rosas, fué el compañero y confidente de la soledad de un gran poeta español que se llamó tres letras en capicúa: *J. R. J.* A *Platero* le cantó sus versos aquel poeta que creía más en los rebuznos que en los aplausos.

A mí no me extraña nada que haya sido en tierras de Moguer donde haya nacido para el arte la estampa excelsificada del burrillo *Platero*. A fin de cuentas, Moguer es algo así como la frontera entre el desierto y el oasis, entre la chumbera, el palmeral y el cardo, y la teoría contraria, que es el naranjo, el pinar y los trigos. Moguer es el límite justo entre el arenal y el huerto, entre la salina y el jardín. Ministro plenipotenciario entre los dos mundos está el asnudo, el afable, el manso, el pacífico burrillo, que en las noches claras se bebe las estrellas en los charcos y que cabalga lo mismo al arcipreste que al jefe de la Guardia Municipal, a la muchacha tuberculosa que al tonto del pueblo.

Y así es como el reflexivo, el intelectual, el pío y consciente *Platero* se convierte en personaje fabuloso y educador. Porque *Platero* lo mismo mete su cabezota en un libro de Ronsard que escucha el eco de su divinal rebuzno revolcándose por el suelo. No sólo es infantil, sino pío; no sólo guapo, sino galante; no es sólo angelical, sino travieso, como cuando asoma su blanca cabezota al dulce comedor encendido o cuando acentúa el ritmo de su menudo paso, fino y juguetón, como el de la señorita del circo en el alambre. También *Platero* es tímido, y tiene miedo a los gitanos, y se esconde cuando pasa resoplando el toro colorado...

¿Qué hubiera sido de ti, *Platero*, a quien tu poeta llamaba "camellito mío", si en vez de caer en sus manos hubieras caído en las de uno de esos carboneros que van, todavía de noche, por la

dura escarcha de los caminos solitarios, a robar los pinos de los montes; o en la de uno de esos gitanos astrosos, que pintan los burros, y les dan arsénico, y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan? ¡Tan bueno, tan noble, tan agudo como eres! ¡Si al hombre que es bueno debieran decirle asno! ¡Si al asno que es malo debieran decirle hombre! *Platero,* amigo del viejo y del niño, del arroyo y de la mariposa, del sol y del perro, de la flor y de la luna... ¡Ay si tu peluda cabezota idílica supiera que ha habido un hombre que te ha hecho justicia...!

Dondequiera que haya niños, no sólo bajo el cielo azul, rosa, grana, oro, malva de Moguer, sino en cualquier rincón del mundo, estará *Platero.* Y cuando falte el de carne y hueso, será un *Platero* de cartón o de trapo, un burrillo encantador, al que cualquier niña podrá llamar *Platerón, Platerillo, Platerete, Platerucho...* Y siempre habrá también un enamorado poeta que te colocará una corona de perejil como a un lacedemonio.

JOSÉ LUIS CASTILLO PUCHE

CINCUENTA ANIVERSARIO DE LA ACTIVIDAD LITERARIA DE ALFONSO REYES

Con motivo del L aniversario de la actividad literaria de Alfonso Reyes, es oportuno dedicar un recuerdo—cordial y respetuoso—a la figura de este intelectual mexicano, que durante cincuenta años ha venido cumpliendo con ejemplar actividad y valiosos frutos la noble tarea de un magisterio cultural que abarca por igual a varios sectores del quehacer de la inteligencia humana, desde la pura creación literaria y filosófica hasta los trabajos de crítica, de erudición, de periodismo, sin olvidar las tareas pedagógicas y diplomáticas.

Alfonso Reyes, en efecto, bien merece el apelativo de polígrafo. El es, en el más amplio y genuino sentido de la palabra, un humanista, y podría comparársele, sin riesgo de caer en hipérbole, con uno de aquellos hombres de la Grecia clásica o del Renacimiento, que dejaron para siempre en la Historia la huella de su sabiduría. Porque Alfonso Reyes ha puesto de relieve, a lo largo de su vasta obra—cuya simple enumeración de títulos no cabe en

los límites de esta breve nota—, la magnitud y pluralidad de sus conocimientos y la altura y la nobleza artísticas de su inspiración creadora. En la literatura como en la filosofía, en el periodismo como en la cátedra, en la diplomacia como en la investigación histórica y en la poesía, ha demostrado unas singulares dotes, que le emparentan simultáneamente con los grandes maestros de cada una de esas especialidades.

Es imposible, pues, hacer aquí un recuento, por resumido que fuere, de la actividad intelectual de Alfonso Reyes. Pero sí cabe señalar algunas de las notas más características de esa inmensa obra de cultura. Y para ello podrían seleccionarse estas tres: la universalidad, el espíritu de perfección y la sobriedad. En cuanto a la primera—la universalidad—no sólo destaca a simple vista en la amplitud y riqueza de la temática de Reyes, sino también en la calidad misma de los temas que alimentan su preocupación intelectual y en el propio proceso biográfico del hombre. Alfonso Reyes, en efecto, ha vertido su atención sobre los problemas y los principios más generales de la cultura, y ha demostrado, al tratarlos, una profunda y completa preparación científica. En la literatura, por ejemplo, desde Homero a nuestros días no hay un solo nombre egregio que falte en su bibliografía, y son de destacar, entre muchos otros, sus estudios y traducción de la *Ilíada*, los reunidos bajo el título de *Homero en Cuernavaca* y los que versan sobre las literaturas española, mexicana e hispanoamericana. Al mismo tiempo, su apetencia intelectual le ha llevado a recorrer una buena parte del mundo en viajes diplomáticos y de estudio, entre los que debe subrayarse una estancia de diez años en España. Por todo ello, en fin, Alfonso Reyes ha ganado justamente el título de maestro de América.

Una segunda nota consiste, según se dijo, en el espíritu de perfección que trasluce toda la obra de Reyes, en su conjunto y en cada uno de los libros que la componen. Espíritu de perfección sumamente exigente, que resplandece en la calidad de los materiales empleados, en la elaboración de éstos y en la agudeza y valor con que elige y recorre los trayectos culturales que constituyen sus estudios.

Sobriedad, por fin, que es sencillez, amor a lo limitado, limpieza de todo fárrago o ganga exuberante. Ya el maestro Eugenio d'Ors—con su habitual perspicacia—lo dijo hace treinta y dos años, cuando, en 1924, Alfonso Reyes abandonó a España: la imagen de un monstruo presidía y casi llenaba el mapa de Hispanoamérica. Ese monstruo se llamaba Exuberancia. Pues bien: Alfonso

Reyes suyo cumplir esta gran tarea: él fué—escribe D'Ors—"el que le ha torcido el cuello a la Exuberancia y ha dejado limpio de su imagen mítica el mapa ideal de nuestra América".

He aquí, en síntesis, la labor cumplida por Alfonso Reyes, que hoy gozosamente repasamos con ocasión del merecido homenaje a su figura. Pero, junto con el homenaje, no puede faltar, dolorosamente, un pequeño reproche. Hablo desde España y en el año de 1956, y en este lugar y en este tiempo no puede dejar de notarse un cierto alejamiento del maestro con respecto a los que aquí vivimos y trabajamos, desde hace algunos años, en la común tarea cultural hispánica. Por eso, en estas bodas de oro que Alfonso Reyes celebra con la actividad literaria pedimos a Dios que conserve la vida del hombre para bien de la Inteligencia, y que abandone para siempre—si los tiene—cualesquiera prejuicios—desde luego infundados—para bien de la Comunidad hispánica.

JAIME DELGADO

UNA SEMANA DE CINE ESPAÑOL

Durante siete noches consecutivas hemos visto al hilo siete películas españolas en la notable Semana del Cine Español, en Buenos Aires. Interesante y fecunda experiencia. Ella ha sugerido las reflexiones que apuntamos a continuación:

1. CINEGRAMAS

Hace ya muchos años, más de veinte, en un cursillo sobre Lope de Vega, dado en ocasión del III Centenario de su muerte en el Ateneo Iberoamericano de Buenos Aires, sugerí tímidamente la idea de que el teatro del *Fénix*, como el de todos sus continuadores, era, en realidad, una primera tentativa cinematográfica *avant la lettre*. Tenía esa dramaturgia, dije entonces, la celeridad, la variedad, el azogue, el interés radicalmente dinámico, de *linterna mágica*, que, fabulosamente desarrollado, iba a utilizar mucho después el cinematógrafo, una de las más revolucionarias y trascendentales entre las invenciones de la mecánica contemporánea.

Yo era entonces, y lo sigo siendo, un pobre diablo. Hubo sonrisillas, murmullos, y no faltó quien dijese era aquello poco menos que una monstruosa irreverencia. Ha pasado el tiempo. En una entrevista concedida por el ilustre don Ramón Menéndez Pidal a Helena Sassone, cronista del periódico *Radiocinema*, de Barcelona (29 de mayo de 1954), dijo textualmente el insigne maestro: "En el cine no caben los grandes diálogos, sino el dinamismo de la acción; es, por esto último, que llamo *cinegramas* a algunas obras de Lope de Vega." Supongo que ahora se apagarán sonrisillas y murmullos.

Pero no traigo la anécdota sólo a cuento personal. La traigo porque ella indica que España tiene una secular tradición cinematográfica; que su estilo de teatro, su modo de encarar el fenómeno de la proyección escénica trae desde fuente muy lejana y auténtica ese poder asombroso de captación vital, que hoy parece ser patrimonio exclusivo del cine. Y a cuento de que quien tiene tales ascendientes es forzoso, pese a distracciones o errores parciales, sea un noble y cumplido descendiente.

2. LA REALIDAD

El cinematógrafo ha sido, sin disputa, el medio más esencial y directo de captar la realidad. En sus primeros tiempos bastaba sólo con fotografiarla para causar el estupor del público: el movimiento del mar, la marcha de una locomotora, eran suficientes para provocar el deleite, el asombro, la fruición que causa lo nuevo e inesperado. Pero es también, por sus incalculables medios físicos, el vehículo más admirable para crear el mundo de la fantasía. Desde sus albores, las primeras tomas de los Lumière y los ensayos fantasmagóricos de Méliès fueron como las dos pautas estéticas —realidad concreta y fantasía sin límites—que abarcaron toda la gama de su producción.

En su crecimiento vertiginoso, el cine—en un sentido muy general—ha llegado a fraguar dos tipos de *realidades:* o la realidad tersa, anodina y convencional de la cinematografía americana —*suspenso,* cromo y beso final esfumatorio—, o la *realidad* franco-italiana, llevada a los límites extremos del naturalismo. Pienso que el arte cinematográfico español está en camino de encontrar una tercera fórmula conciliatoria. Ello no sería otra cosa que responder a lo más trasañejo y fundamental de su más honda conformación estética.

El arte español, todas las artes españolas, son *realistas* por naturaleza—*El Cid*, el Arcipreste, Cervantes, Velázquez, los imagineros, Goya, los románticos, etc.—; pero es un realismo trascendido y sin lastre; un realismo circuído de emoción poética; un realismo que no ha perdido, para quedar desapacible y repulsivo, ese adarme de chispa divina que separa la vida tal como es de la vida, tal como debe entenderse artísticamente realizada.

Al ver *Marcelino pan y vino, Historias de la radio, Fedra*—ésta tan cercana a un exasperado erotismo morboso—, *La gata*, hemos pensado que sus respectivos directores—Vajda, Sáenz de Heredia, Mur Oti, Margarita Alexandre y Rafael Torrecilla—van en busca derecha de esa vieja y secular tradición. Si así fuera—y es lo que se desprende de esta fecunda Semana—, el cine español, al españolizarse, daría una solución fuerte y promisoria para este arte joven, que, por apresuramiento y precocidad, ya comienza en el mundo entero a dar síntomas de fatiga.

3. SIEMPRE, UN CURA

En *Marcelino pan y vino*—maravilloso *film*, hecho a todo riesgo anticinematográfico, se entiende en lo que el cine tiene de convencional y hechizo, sin amores, sin estrellato, con un niño de cinco años como protagonista y un pobre convento de frailes por todo encuadre, y, con tan frágiles materiales, tan lleno de emoción, de vida, de arte hondo y conmovedor—, en dos cuentos de *Historias de la radio*, en *Un caballero andaluz*, son siempre sacerdotes los que resuelven la acción o, por lo menos, los que actúan con eficacia monitora.

Ello—visto así, en bloque, y tal es la eficacia de la experiencia—no ha dejado de causar cierta sorpresa y, ¿por qué no decirlo?, hasta cierto airecillo zumbón, en el que no ha estado ausente, por supuesto, la vieja y raída monserga de *la España oscurantista*.

Parece mentira que aún no haya sido posible superar un estribillo tan gastado y absurdo.

La literatura, el arte, los valores sustanciales de esa entidad humana e histórica llamada España se fundamentan y emplazan en su profundo sentido cristiano, católico para ser más exactos. Desprovisto de esta gravitación, todo lo español pierde, sin duda, peso específico, y queda al aire de las más imprevistas e imprevisibles consecuencias. Bastaría con repasar su historia.

Si el cinematógrafo español se españoliza—y era lo que le re-

clamaba la crítica universal desde que empezó a tomar altura—, no puede, sino a riesgo de desnaturalizarse, dejar a un lado este ingrediente esencial de su constitución.

En las películas pasadas durante la Semana del Cine Español, en Buenos Aires, yo no he visto el menor asomo de clericalismo; he visto, sí, y con no poco regocijo, que el cine español llama al profundo sentir religioso de la estirpe como un poderoso estimulante estético. Es, ni más ni menos, lo que hicieron todos sus grandes creadores, desde el anónimo narrador de las hazañas de *El Cid*, hasta ese áspero y eterno disconforme que fué don Miguel de Unamuno.

La prueba está en que, como en los grandes clásicos, a veces el cura es motivo no de burla, pero sí de chanza—esa chanza que sólo puede permitirse cuando la fe en algo es muy seria, decisiva e inconmovible—, tal como lo muestran la pintura de algunos de los frailes de *Marcelino*, el inocentón sacerdote aldeano del último episodio de *Historias de la radio* o el cura flamenco y torero de *Un caballero andaluz.*

¿Por ventura es que hicieron cosa distinta el Arcipreste, Tirso de Molina, Cervantes, Quevedo y, más cerca, Valera o los Alvarez Quintero? Chanza, sí, porque—en el fondo—queda indemne la fe, la fe sin límites—hasta el morir—; la integridad radical del dogma, que es lo que importa.

4. PELIGROS DE LO TÓPICO

De las siete películas proyectadas, dos fueron de ambiente andaluz: *Un caballero andaluz* y *La gata.*

La originalidad de todo lo español llega en Andalucía al paroxismo. Es tierra tan peculiar, tan secreta, íntima, metida en su modalidad inefable, que cientos de ensayos para sorprender su famoso *duende* han sido incapaces de revelárnoslo en profundidad. Pero ese mismo insistente misterio, que tiene su mejor defensa en la bullanga, brillo y fácil colorido exterior, ha engañado a muchos. El *tópico* de lo andaluz es el más consabido de todas las *españoladas;* han caído en él, incluso, hasta algunos de la misma tierra.

Por eso, *Un caballero andaluz,* con su cortijo, su señorito rejoneador metido a torero profesional, su gitana ciega, su corte de *churumbeles* bailarines, tumbones y sucios; su curita dicharachero y jacarandoso, era un terrible caldo para cultivar los virus más

dañinos del andalucismo hechizo y exportable. Parece como si el director, Luis Lucía, se hubiese ordenado todas estas terribles dificultades con el único propósito de marchar haciendo pinitos por el desfiladero sin derrumbarse. Y en verdad que no se derrumba. Todo amenaza peligro de acaramelarse en cualquier momento; pero —salvo algún que otro toque de sentimentalismo concesivo— aquella Andalucía de lo calé y lo torero tiene tal frescura, una calidad tan humana, que, como dije en otra parte, descubre, bajo la piel brillante y tostada del flamenquismo y la gitanería, unas duras aristas de viejo perfil romano, de esa fuerza señorial y clásica que patentiza la aristocracia caballeresca andaluza, una de las más recias y templadas de España.

La gata es otra cosa. Sobre un fondo musical de guitarras, encuadrada en la Andalucía baja de la marisma y el campo ganadero —arreos, encerronas, reses bravas—, con un tema de acusada sencillez: el duelo milenario entre el macho y la hembra, su importancia radica en darnos una Andalucía virgen y, hasta cierto punto, inverosímil: la Andalucía del trabajo, de la dura faena a campo abierto, tan parecida a nuestra secular economía argentina. Por lo mismo queda felizmente eludido el tópico: el flamenco marchoso, la mocita de rompe y rasga, la tragedia de los pitones; todo eso, que el *film* no olvida, naturalmente, queda constreñido y dignificado por una dura ley inapelable: la del trabajo y la anécdota —en este caso, lo de menos—, absorbida por la violenta belleza de un paisaje verídico, sin concesiones *fotogénicas;* bello por su misma dureza hirsuta y bravía.

5. HACER Y NO DIALOGAR

La crítica cinematográfica, como todas las críticas, desde que se organizaron, más o menos científicamente, después del siglo XIX, tiene ciertos dogmas, que se aplican a veces como artículos de fe sin razonarlos poco ni mucho. Uno de esos dogmas es que la narración fílmica debe hacerse y no decirse. Aquí con toda eficacia: *res non verba.*

Al cine, que nació sordomudo, pues ni recibía sonidos ni sabía cómo articularlos, le ocurrió como a todos los reeducados de aquella deficiencia: que empezó a hablar con una voz blanca, apenas sonorización oscura de palabras, y que sólo al cabo de treinta años de sus primeros balbuceos ha conseguido cierta dignidad impecable de afinación y decoro oral.

Los grandes directores—Chaplin, el primero—abominaron del "parlante", y, a la postre, como ocurre siempre con todo hallazgo importante, hasta los más reacios se convirtieron; pero la idea de que la economía verbal es ley canónica en la estética cinematográfica ha quedado invulnerable.

Lo que no alcanzo a entender es por qué ambas cosas no puedan marchar de consuno. Si los *cinegramas* de Lope y de Tirso, a los que podrían agregarse cómodamente los de Shakespeare y Marlowe, contenían como principio de su mecanismo escénico un dinamismo tenso y continuo, no menos respondían a una ley verbal de gran riqueza lírica, de diálogos, ¡y monólogos!, trabajados, extensos y culteranos.

El cine puede arriesgarse a lo mismo sin ninguna dificultad. Yo he visto *La voix humaine*, de Cocteau, con la Magnani, y resultaba un *film* impresionante. Claro que eran palabras de Cocteau y no de un libretista *ad usum puellae*, y estaban dichas por una actriz, no por una *estrella*. ¿Qué perdía el tremendo *Hamlet*, de Lawrence Oliver, en el que apenas había cortes en los profusos diálogos shakespearianos?

Todo esto viene al caso de que he leído, ya con insistencia más parecida a la manía que al recto juicio, que el cine español padece de verborragia; que no hace, dice, y que tal conducta está contra las leyes fundamentales del arte.

Es posible. Yo creo en los críticos a pies juntillas; pero si es así, y repito que lo creo sin juramento, esta Semana del Cine Español, en Buenos Aires—¡siete *films* de no escasa duración!—, han dado un mentís a la afirmación. Yo no he visto nunca, y soy viejo aficionado desde mi ya harta lejana infancia, películas más sobrias de dicción, más avaras de palabras, más limitadas en diálogos inútiles, más llevadas al campo escueto de la acción, de la plástica, del movimiento. ¿Es que alguien va a enseñarles a los españoles dinamismo escénico, celeridad y garbo en la construcción dramática, después de Lope, del duque de Rivas, de Zorrilla?

Si algo he lamentado en esta Semana del Cine Español en mi amada Buenos Aires es no oír con más frecuencia la recia habla de ese castellano bien dicho, tan grato a mis oídos ibéricos.

6. LA TÉCNICA

El cinematógrafo es arte por un lado; pero, por los otros dos, es técnica pura e industria cara y de gran escala. Se puede montar una pieza de teatro con nada, sin telones, sin *atrezzo*, sin muebles;

el palpitar directo de la vida sobre el público todo lo invade y todo lo perdona. La vida es la gran dignificadora. Pero en el cine..., no. Toda película, la más modesta, requiere un enorme caudal de recursos, y el *truco*, el truco mismo, que es su misma composición en el laboratorio, siempre le dará al cine un misterioso aspecto de menjunje, de alquimia. El cine tiene un pecado original: es trampa pura y, aunque nos duela, vive del fraude. Se ha regenerado prodigiosamente, hasta entrar en los círculos más exigentes; pero siempre le ocurrirá lo que le sucede a todos los que alguna vez fueron delincuentes: hay frente a ellos un movimiento irreprimible de desconfianza.

Cierta calidad de cine no ha olvidado, desgraciadamente en proporción alarmante, su vieja vida fraudulenta. Todo es en él truco, mecanismo, ficción agria y desvergonzada, color chillón, baratija y abalorio de belleza externa; vida, en suma, falsificada. El público-masa gusta de este cine; le da la ilusión que apetece, y se la da cómoda, hecha, sin esfuerzo. Para *ver* uno de estos *films* se requiere mucho menos desgaste de energías que para leer una novela melodramática o escuchar un folletín radical por episodios, que son como sus equivalentes. La técnica pura y la industria celosa facilitan de común acuerdo esta universal defraudación.

Las siete películas proyectadas en el Ocean, de Buenos Aires, en la semana del 23 al 29 de agosto de este año, han confirmado la impresión de que, en materia técnica, el cine español ha llegado a un excelente grado de madurez: lo sabe todo y lo realiza todo. Pero bueno sería que esta técnica no llegara a convertirse en truco, en fraude. Hasta ahí, y nada más.

Con la recia encarnadura humana, con el vuelo poético de esa misma humanidad que han revelado cinco, por lo menos, de los siete *films* vistos y oídos, nada más necesita el cine español para imponerse como entre los mejores de la cinematografía europea (1).

Que el fácil goce de la técnica por la técnica misma no ahogue esa preciosa calidad de la vida, de la vida clara, vibrante y españolísima, que es su cualidad más hermosa y significativa.

7. DE LA PROPAGANDA, PARA CONCLUIR

Los hispanoamericanos, a pesar de nuestro remoto vestigio cartaginés, carecemos de un profundo sentido mercantil, y, en consecuencia, despreciamos olímpicamente la propaganda.

(1) Y se ha impuesto ya. Tengo entendido que la película que dió más dinero en Italia en 1955 fué *Marcelino pan y vino.*

Y otro de los grandes trucos de "otros cines" es su meditada, insistente y bien pagada propaganda. Certámenes, Semanas, premios y, ¡claro está!, sus dosis bien administradas de escándalos, ya públicos, ya domésticos.

Modesto, recoleto, indiferente al timbal y el platillo, el cine español trabaja en silencio. Así cuesta imponerse. De pronto cunde una revelación como la de esta Semana, o como lo fué, hace unos meses, *La muerte de un ciclista*, y sobreviene el desconcierto. La crítica no quiere darse a partido: duda, habla cautelosa, elogia calculando; por su parte, los grandes tiburones se inquietan: cábalas, postergaciones, silencios cómplices. En el mundo del cine, los benaventinos *intereses creados* se hipertrofian en proporciones delirantes, y la intriga—yo, afortunadamente, no la conozco en sus miseriucas—debe de andar diligente y avizora, como Argos.

Pero hay algo imbatible: la calidad; y de las siete películas de esta gloriosa e inolvidable Semana, cinco: *Marcelino pan y vino*, *Historias de la radio*, *Un caballero andaluz*, *Fedra* y *La gata*, son de primera agua. Con o sin propaganda, es un cine que responde a lo mejor que puede responder un arte y a lo que más garantiza su fuerza: una tradición que renace bajo las especies de este milagro nuevo, rebosante de vibración humana, de vida cálida y de un soplo poético, que levanta lo menguado de la tierra a la luz clarificante de las estrellas.

ARTURO BERENGUER CARISOMO

CUARENTA AÑOS DE TEATRO EN MEJICO

"Rechoncho cual Falstaff", Roberto Núñez y Domínguez ha rescatado en las páginas de este libro (1) las alegrías, las emociones, las ausencias y las apariciones de cuarenta años de Talía en la nación hermana. Para quienes amamos a Méjico y amamos al teatro, el libro de *Roberto el Diablo*—éste es su nombre de batalla periodística—es un doble motivo de satisfacción.

Mucho podría hablarse de este libro, pero vamos a limitarnos a unas cuantas anotaciones. Versarán éstas sobre estrenos de autores conocidos, teatro autóctono de Méjico, éxitos de intérpretes ya

(1) Roberto Núñez y Domínguez: *Cuarenta años de teatro en Méjico.* Madrid, 1956.

desaparecidos, recuerdos entrañables sobre figuras de la vida teatral del mundo hispánico..., pues de todo ello hay en 616 páginas apretadas, con un sugestivo prólogo de Tomás Borrás.

Asistimos, con Roberto Núñez y Domínguez, a un estreno de Villaespesa, *Aben Humeya,* acogido por el público mejicano de 1917 con aplausos y "¡bravos!" En el mismo año se estrena allí también—cuando hablemos de estreno lo haremos referido siempre, naturalmente, a Méjico—el *Juan José,* de Dicenta, con una interpretación magistral por la compañía del Fábregas. Y, sin salir de 1917, "unos pies rítmicamente sabios, unos brazos aladamente ingrávidos, un talle obediente a las más nimias exigencias de la euritmia y unos ojos y una sonrisa que compendian toda la gracia de la tierra... Antonia Mercé es su nombre, y su mote, *La Argentina*". Así saluda el cronista la aparición de aquella mujer extraordinaria.

Nos interesa mucho la información de *Roberto el Diablo* sobre piezas específicamente mejicanas. En 1918 nos habla de tres zarzuelas de aquella nación: *Para hacerse amar,* de Humberto Galindo; *Aventura heroica,* de José Díaz Conti, y *Los talismanes de oro,* de Navarro y Muguerza. Pero aún es más importante la referencia de dos óperas de autores autóctonos: *Anáhuac,* del maestro Arnulfo Miramontes, y *El indiano,* de Alberto Flacheba, dos temas típicamente americanos.

El teatro hispano está presente continuamente en la pluma de Roberto Núñez, como lo ha estado y está en los escenarios de las ciudades mejicanas. Para las personas que han vivido, aquí o allá, estos estrenos, las páginas de *Roberto el Diablo* tendrán una referencia entrañable, ya que la tienen también para quienes no hemos vivido aquellas épocas y ni siquiera hemos tenido el privilegio de poder ver representadas algunas de las obras que cita en su incansable tarea de buen ojeador teatral.

Así, "recordamos" los estrenos de *La dama de armiño* y *Rosa de Madrid,* de Fernández Ardavín; *Ni al amor ni al mar,* de Benavente; *Cinco lobitos,* de los Quinteros; *La sirena varada* y *Prohibido suicidarse en primavera,* de Casona, etc. Por cierto que esta última obra fué acogida con un enorme éxito entre los aficionados de la capital mejicana. Y si pasamos al género chico, la pluma del colega se esponja al describir las representaciones de *La verbena de la Paloma, El gato montés, Don Gil de Alcalá...,* toda una teoría de nombres ilustres en el teatro lírico español.

Los párrafos de mayor ternura de este libro se dedican a los artistas que, cada año, van desapareciendo del gran teatro del

mundo y dejan de representar su papel en la vida. En Méjico murió, en 1918, el célebre compositor español Quinito Valverde, hijo de otro músico famoso que se llamó Joaquín Valverde, y que había estrenado en Eslava su primera obra a los quince años de edad. La muerte de doña María Guerrero es registrada por el sismógrafo amigo y cordial de Roberto Núñez, quien también dedica una crónica llena de cariño al maestro Penella, muerto, como Valverde, en Méjico, muy lejos y muy cerca de España.

Nombres ilustres del teatro mundial desfilan por estas páginas. Titta Ruffo, Caruso, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, Eugenia Zúfoli, Marcel Pagnol, Dostoyevski, Lenormand, la Pavlowa..., cada uno en su ambiente, en sus características o en su anécdota, y siempre certeramente dibujados por la mano maestra del cronista que durante más de cuarenta años ha servido con ejemplar dedicación la crítica y la crónica teatral de Méjico. Pero tal vez los adjetivos más contundentes y los entusiasmos más apasionados de Roberto Núñez van hacia las grandes figuras del canto y la danza, hacia Tórtola Valencia ("El mito de Galatea se hizo realidad ante la admiración unánime de los espectadores absortos"), hacia *La Goya* ("talento poliédrico"), etc. Y todo con un espíritu abierto y generoso, armonizador de esta fusión permanente entre lo mejicano y lo español que se observa en estos cuarenta años de teatro condensados por el talento crítico de *Roberto el Diablo*, y que, como afirma el prologuista, es prometedor de un futuro en que Méjico y España sigan caminando unidos y fundidos en un mismo espíritu de exaltación de la verdad y de la belleza.

MANUEL CALVO HERNANDO

¿EN POS DE UN ESPIRITU EUROPEO?

El Consejo de Europa no es solamente una asociación política y administrativa de algunos países; es, ante todo, un agrupamiento ideológico. Así se consigna en la introducción de esta publicación del Consejo de Europa (1).

Con una particularidad: "los ideales y los principios, que son

(1) Vid. "Conseil de l'Europe". *La culture européenne et le Conseil de l'Europe.* Estrasburgo, 1955, 79 páginas.

su patrimonio común", constituyen la herencia que el Consejo de Europa debe defender y desenvolver. En este extremo se nos asegura que la cultura europea no es un mito. Como se indicaba en el preámbulo de la primera Recomendación cultural, adoptada por la Asamblea Consultiva el 7 de septiembre de 1949: "La cultura europea ha nacido del pensamiento y de la acción seculares de los pueblos libres. Es una y diversa... Las diferencias de estructura y de condiciones de vida de los pueblos se han fijado en ella, como las múltiples formas del libre esfuerzo colectivo de donde ella ha salido. Generaciones de hombres y de mujeres de todas las clases sociales la han marcado con su huella. Es una por el respeto que concede a la persona humana, a la primacía del espíritu, a la libertad de opinión y a la libre expresión de las ideas; por la intransigencia de su resistencia a toda opresión..."

Pues bien: esta publicación tiene como objetivo presentarnos las realizaciones llevadas a cabo por las naciones integrantes del Consejo de Europa en la esfera de la cultura y de la educación. En un primer apartado se consigna *la cooperación* entre los dos organismos del Consejo—la Asamblea y el Consejo de Ministros—; se hace referencia al programa de acción, y se mencionan las relaciones con otras instituciones—del Centro Europeo de la Cultura a los Institutos europeos, pasando por la Unesco.

Mayor importancia se confiere al aspecto de *las realizaciones* culturales del Consejo, dividiendo la cuestión en cuatro secciones: las bases culturales, la enseñanza, el cambio de personas y los cambios de objetos de valor cultural y de objetos de arte.

En el primer punto se recogen las siguientes facetas: la reunión de la *Table Ronde,* de 1953, organizada, conjuntamente, por el Consejo de Europa y el Gobierno italiano con la finalidad de "estudiar el problema espiritual y cultural de Europa considerado en su unidad histórica y de examinar los métodos propios para difundir en Europa y en el mundo la idea de la unidad europea". Y, ciertamente, el resumen de los trabajos merece ser leído por todo el que se halle atento a los latidos del mundo europeo. Otros dos perfiles anotados en esta parte son la Convención Cultural, firmada en París, el 19 de diciembre de 1954, por los representantes de los quince Estados miembros, con el designio de promover entre los ciudadanos del Consejo de Europa el conocimiento y la comprensión de las lenguas, la historia y la civilización de los otros países miembros, así como favorecer el estudio de su civilización común, y la labor de información desplegada por el Consejo a través de la radio, de las publicaciones, etc.

El segundo punto corresponde, como hemos señalado, a la enseñanza. Y aquí se registran tres matices: el *derecho a la instrucción*—plasmado en el Protocolo de marzo de 1952—, la presentación de la idea europea en la enseñanza (revisión de manuales de Historia, etc.) y los estudios europeos universitarios.

En lo referente al cambio de personas, se aportan indicaciones acerca de la Convención sobre la equivalencia de los diplomas para el acceso a las Universidades, de 11 de diciembre de 1953; los esfuerzos del Consejo de Europa en el terreno de *los períodos de estudios* en el extranjero; el significado de las *bolsas* de investigaciones del Consejo; la tarjeta de identidad cultural, instituída el 1 de junio de 1954, "verdadero salvoconducto para intelectuales"; y el valor de los cambios de trabajadores, de tradición europea.

Con relación al cuarto punto se resaltan la valía de la supresión de los obstáculos administrativos y aduaneros, que se oponen a la circulación de los libros y a la de las obras de arte y de las piezas de exposición, aludiendo también a las exposiciones europeas.

Advirtamos que un buen número de páginas se consagra a presentar distintos documentos vinculados a la cultura y educación de Europa. Son en total once anexos; dos de ellos relativos a la Convención Cultural europea y a la Convención europea sobre la equivalencia de los diplomas.

* * *

Tal vez la medula de las conclusiones de esta publicación radique en los siguientes pensamientos: "Con frecuencia, las preocupaciones políticas han sido tan imperiosas que han impedido a los miembros de la Asamblea Consultiva dar a los debates culturales toda la amplitud que habrían deseado." Pero se habla ya de una *doctrina* de la cultura europea. Aún más. Cabe asegurar que se han conseguido los primeros resultados. Terminando por añadir que "la cultura debe ser la primera beneficiaria de la unificación gradual del continente"... Lo real es que—como hemos indicado en el número 71 de *Alcalá*—Europa no sólo es política. "De todos modos—ha dicho Pío XII—, lo que debe quedar, y sin duda quedará, es la Europa genuina, o sea el conjunto de todos los valores espirituales y civiles que el Occidente ha acumulado, aprovechando las riquezas de cada una de las naciones para repartirlas al mundo entero. Europa, conforme a las disposiciones de la Divina Providencia, podrá ser aún vivero y dispensadora de aquellos valores,

si sabe volver a darse cuenta de su propio carácter espiritual y repudiar la divinización de la potencia..." Nadie puede poner en duda que el pensamiento pontificio sobre Europa genera las máximas sugerencias. (Y en las páginas de *Signo*—en el número 794—nos hemos referido a la posición del Romano Pontífice.)

Todo esto tiene una importancia indiscutible. Cunden las incertidumbres. Flotan las interrogaciones. Y lo peor es que hasta ciertos núcleos intelectuales se muestran derrotados. Las discusiones de Ginebra sobre el espíritu europeo, celebradas en 1946, dieron ocasion a Jean Guehemo para definir el espíritu europeo como "una cierta esperanza de libertad, de justicia", heredado del siglo XIX, irreducible tanto al sovietismo, "que asegura la justicia a costa de la libertad", como al americanismo, "que pretende salvar la libertad a expensas de la justicia". Pero el filósofo Jean Wahl aparecía mucho menos afirmativo: "Creo... que el mundo es mucho más fácil de encontrar que Europa; es por esto por lo que resulta interesante buscarla. Si, quizá, no hay Europa, creo, sin embargo, que hay un espíritu europeo." A la forja de tal espíritu van encaminados los intentos anotados en la publicación reseñada. Mas no se olvide que L'Huillier se ha preguntado: "*L'Europe existe-t-elle ?* (Véase *De la Sainte-Alliance au Pacte Atlantique,* 1955, págs. 342-345.)

LEANDRO RUBIO GARCÍA

UN NUEVO LIBRO SOBRE GARCIA LORCA

García Lorca es, posiblemente, de sus compañeros de generación, el que cuenta con bibliografía más numerosa. Puede comprobarse el crecido número de artículos, libros y homenajes dedicados a su obra en la lista publicada por Arturo del Hoyo en el tomo de Aguilar. No han sido sólo motivos de carácter literario los que determinaron—y determinan—el éxito; pero, hecha una primera criba, el total es aún abrumador. Tal vez extrañe, así, un nuevo libro sobre Lorca. Jaroslaw M. Flys, autor del último (Madrid, Editorial Gredos, 1955), lo justifica en una breve nota: trata un aspecto—las imágenes de significado—casi insólito en los estudios lorquianos. El orden seguido en la tesis de Flys rompe tam-

bién con la tradición: la teoría, principios y conclusiones preceden a los ejemplos ilustrativos. Las ventajas de este método no convencerán a muchos: se presta—como sucede aquí—a repetir lo ya dicho.

El libro de Flys se limita a las obras en verso, y, en éstas, a dos procedimientos fundamentales: el símbolo y la metáfora, claves para caracterizar el lenguaje poético y suficientes para descubrir la íntima unidad en la evolución de Lorca. Flys confiesa su deuda con Carlos Bousoño, al que debe términos y doctrina y un injustificado olvido—injustificado, a nuestro parecer—de referencias bibliográficas. La estilística parte de la intuición en los primeros pasos del estudio de la obra literaria: nada—ni nadie—puede suplir ese impulso; pero hay que saber sortear los peligros de la visión excesivamente personal y subjetiva. ¿Cómo ignorar los intentos de otros críticos en la valoración última del poeta o de la novela? Lorca trató, en una maravillosa conferencia, de la imagen poética en don Luis de Góngora; en ella, por ejemplo, habría encontrado Flys doctrina del propio Lorca sobre algunos temas expuestos en la tesis reseñada. Y confirmación de opiniones en los estudios de María Teresa Babín, Barea, Díaz-Plaja, Flecniakoska, etcétera.

Los epígrafes de los capítulos indican claramente su contenido: "El hombre y la época", "El poeta y su tierra", "Formación del poeta", "Hacia la cumbre artística", "El apogeo poético y vuelta a España" (primera parte). En *El hombre y su época*, Flys repite ideas del dominio común: la íntima trabazón entre las varias manifestaciones de la vida humana. Evidente, aunque parece exagerada, la virtud atribuída a la literatura como hacedora de historia. Evidente el influjo de la circunstancia política en el escritor. Esos datos moldean la existencia de cualquier hombre, y le obligan a vivir de una u otra forma. El poeta no crea *ex nihilo;* la realidad le proporciona la materia de su obra, pero sólo la materia. Nadie ha puesto en duda estas ideas. Flys pretende definir nuestra época como un momento poco apto para la poesía. La máquina y la ciudad con rascacielos y esquinas cuadriculan el cielo, y ventanas sin flores y hombres con prisa asfixian al poeta, y éste, en un mundo de estadísticas y de humo, escribe concisamente y busca imágenes y metáforas de gran fuerza emotiva, con el propósito de captar la atención de una minoría de lectores. Flys extrema la nota. La poesía no sería lenguaje si sólo considerásemos la función asignada al poeta; el círculo se cierra en el anónimo tú, que leerá, una tarde lejana, a orillas del mar o en la espera de un trolebús, los

versos. ¿Se salva la poesía con las imágenes audaces, sorprendentes? Renard opinaba: "Quizá sea Mérimée el escritor que quede más tiempo. En efecto, se sirve menos que ningún otro de la imagen, causa de la caducidad del estilo." También es discutible la caracterización total de nuestra época: muchos han perdido, tal vez ahora, fuerza imaginativa y sensibilidad; pero ¿no empujará el medio hostil a otros a tentar, por sí mismos o gracias al poeta, los temas de siempre: el amor, la muerte, Dios? (Otra cosa: ¿por qué el verso ha de resonar en el lector como eco fiel de lo que sintió o pensó el poeta?)

El poeta y su tierra. Flys sitúa a Lorca en su tierra, en Andalucía. La circunstancia local facilita el conocimiento de muchos versos—de carácter contemplativo, visual, metafórico—de Lorca. "El andaluz—afirma Flys—es un hombre esencialmente contemplativo; su emoción se basa sobre la experiencia sensitiva; ante todo, visual" (pág. 21). Podría haber citado unas palabras de Lorca que insisten en esas características: "Una filosofía necesita una constancia y un equilibrio matemático, bastante difícil en Granada. Granada es apta para el sueño y el ensueño. Por todas partes limita con lo inefable. Y hay mucha diferencia entre soñar y pensar, aunque las actitudes sean gemelas. Granada será siempre más plástica que filosófica. Más lírica que dramática" *(O. c.* Madrid, Aguilar, 1954, pág. 6.) Y el propio Lorca valoró el lado visual de la metáfora: "La metáfora está siempre regida por la vista (a veces por la vista sublimada), pero es la vista la que la hace limitada y le da su realidad. Aun los más evanescentes poetas ingleses, como Keats, tienen necesidad de dibujar y limitar sus metáforas y figuraciones, y Keats se *salva* por su plasticidad admirable del peligroso mundo poético de las visiones." Después ha de exclamar, naturalmente: "Sólo la poesía puede narrar sus sueños." "La vista no deja que la sombra enturbie el contorno de la imagen que se ha dibujado delante de ella" *(O. c.*, pág. 73.) Los ojos de Lorca contemplarían el paisaje familiar de Granada, y se cargarían sus pupilas de imágenes, luminosas o tristes. ("Mucho más de lo que pensamos comprende el niño. Está dentro de un mundo poético inaccesible, donde ni la retórica, ni la alcahueta imaginación, ni la fantasía tienen entrada. Muy lejos de nosotros, el niño posee íntegra la fe creadora, y no tiene aún la semilla de la razón destructora. Es inocente y, por tanto, sabio. Comprende, mejor que nosotros, la clave inefable de la sustancia poética." *O. c.*, pág. 59.) En este segundo capítulo distingue Flys, basándose en la imagen lorquiana, tres etapas fundamentales en la obra de nuestro poeta:

1.ª De concretización emblemática del pensamiento abstracto. 2.ª De la contemplación visual con predominio de la metáfora; y 3.ª De la simbolización como grado supremo de la intuición poética.

Formación del poeta. Primer libro: *Libro de poemas* (1921). "Todo ardor juvenil, y tortura y ambición sin medida." Unas palabras, en prosa, al frente de los versos, advierten; reconoce Lorca en ellos faltas y limitaciones, pero también una imagen exacta de los días de niñez, adolescencia y juventud. Andalucía y voces de otros poetas explican más de un aspecto del libro. Llama Flys a este primer período "de concretización emblemática". ("El lenguaje está hecho a base de imágenes, y nuestro pueblo tiene una riqueza magnífica de ellas... En Andalucía, la imagen popular llega a extremos de finura y sensibilidad maravillosas, y las transformaciones son completamente gongorinas." *O. c.*, pág. 68.) La mayoría de los emblemas proceden del pueblo; Lorca los relaciona con la contemplación de la Naturaleza, y, por vía asociativa, desarrolla juegos de imágenes. El recurso, característico de la primera obra, decrece en *Canciones* y *Poema del cante jondo;* volverá a ser empleado asiduamente en *Poemas póstumos.* La veta filosófica disminuye también al mismo ritmo que se asegura la corriente popular. Notas del segundo período: integran el poema una serie de estampas, la metáfora desplaza al emblema, la imagen es plástica, visual. *Romancero gitano* (1928). Su éxito asfixia a Lorca; resultaba difícil, sin caer en la repetición, insistir en el tema. Lorca escribe a Guillén: "Me va molestando un poco mi mito de gitanería. Confunden mi vida y mi carácter... Los gitanos son un tema. Y nada más. Yo podría ser lo mismo poeta de agujas de coser o de paisajes hidráulicos... No quiero que me encasillen. Siento que me van echando cadenas." *(O. c.*, pág. LIII.) *Poeta en Nueva York* salva la inspiración de Lorca al enfrentarlo con el mundo moderno, tan lejano ya del pago del Tamarit. Recurre al símbolo para expresar su actitud ante la nueva realidad. De vuelta a España, en el *Diván del Tamarit* y *Llanto por I. Sánchez Mejías,* el símbolo predomina; una amargura desconocida traspasa los versos. Flys señala como notas del último período los emblemas de nuevo, la reflexión, el decaimiento del valor poético en las metáforas y símbolos. El ciclo se cierra: Lorca retorna a la primera época.

La segunda parte del libro está dedicada al análisis de la metáfora y del símbolo, principalmente. Clasifica la metáfora según un criterio muy parcial: simple, con sustantivo, con adjetivo, por analogía, continuada y metáfora-frase. Esta segunda parte amplía las ideas fundamentales expuestas en la anterior. Cierran el libro

unas páginas sobre la alegoría, la imagen visionaria y visión, desplazamientos calificativos, personificación, superposición y ruptura de sistema.

A. CARBALLO PICAZO

UN MANUAL DE LITERATURA COLOMBIANA

A los jesuítas atribuía María Rosa Lida la persistencia de ciertas modalidades de la enseñanza en Hispanoamérica; por ejemplo, el carácter conservador de los estudios literarios. De cualquier forma, no puede desconocerse la labor extraordinaria realizada allí por esta y otras órdenes en el aspecto educativo. Una de las virtudes de su sistema, la claridad didáctica, resplandece en *Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos*, del José A. Núñez Segura, S. J. (Medellín, Bedout, 1954). Abarca desde los primeros escritos, en 1519, hasta nuestros días. Preceden a los capítulos—veintinueve—unas sinopsis utilísimas para que el alumno recuerde los datos imprescindibles, y acompaña a las explicaciones una antología de textos no menos útiles, ya que contribuirá a la difusión de algunos de difícil consulta en muchas bibliotecas (habría sido interesante consignar de qué ediciones proceden).

Como fecha inicial de la literatura colombiana considera el autor el año 1519; pero hasta 1783 no empieza, en sentido estricto, su historia. Descripciones de las tierras descubiertas, informes sin propósito artístico, aunque revelen aisladamente rasgos de aguda sensibilidad: *Suma de Geografía,* de Martín Fernández de Enciso; *Cartas y relaciones escritas por el fundador y primer gobernante de Cartagena,* de Pedro de Heredia; la carta de Antonio de Nebrija y Juan de San Martín; el documento más antiguo de la expedición de Quesada; el *Anti-Jovio,* de Quesada; la *Recopilación histórica resolutoria,* de Pedro de Aguado, y las crónicas en verso de Juan de Castellanos. Difícilmente puede aceptarse que esas muestras permitan hablar de literatura colombiana; el tema no justifica la segregación del caudal español. Así lo reconoce el padre Núñez: "Colombia posee cultura propia, conciencia de su propio valer como raza, como nación idónea, para gobernarse y subsistir por sí misma desde 1783, fecha en que la expedición bo-

tánica sienta las bases de dicha conciencia." En el capítulo segundo comienzan los estudios sobre cada autor—o autores—en particular: sinopsis; obra u obras características—contenido, fragmentos—; análisis crítico de las observaciones. Desfilan Jiménez de Quesada, historiador afiliado al humanismo; Juan de Castellanos, cuyos versos tienen poco de arte y mucho de prosa verídica; fray Pedro de Aguado, fray Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahita y Juan Rodríguez Freyre y fray Alonso de Zamora, historiadores de carácter muy distinto; en general, describen fielmente escenas vividas por ellos mismos, y refieren, sin crítica, los datos de procedencia ajena. El acierto de los comentarios es indudable; en todos ellos hay mesura y buena intención. Extrañan, por ello, algunos párrafos. Con motivo de *El carnero,* de Rodríguez Freyle, escribe el padre Núñez: "La literatura picaresca manifiesta la belleza de los hechos, que tienen carácter humorístico y escandaloso, verificados en general por anormales desde el punto de vista físico, moral, psicológico, pasional. El contenido de estos hechos es el chisme, el escándalo, el vicio, las aventuras amorosas y las intrigas audaces. Estos hechos, en la literatura española, están expresados en orden novelesco y alrededor de individuos que encarnaban algún matiz de las deficiencias sociales, morales, psicológicas, pasionales de los españoles de esa época. Así, el empleado sinvergüenza, en el *Lazarillo de Tormes;* el estudiante pernicioso, en *El diablo cojuelo;* el hombre aventurero y cínico, en *El pícaro Guzmán de Alfarache;* el loco enamorado, en *La Celestina*" (págs. 41 y 22). ¿Cómo es posible reunir rasgos tan mal escogidos para definir la novela picaresca? En primer lugar, no pueden colocarse en el mismo capítulo las aventuras de Lázaro y de Guzmán, verdaderos pícaros, y los amores desgraciados de Calixto, y las notas costumbristas de *El diablo cojuelo.* No sé en qué acepción tomará el padre Núñez la palabra *belleza* al hablar de los hechos de los pícaros; pero, si lo es en el moral, sorprende tanto el vocablo como *escándalo* aplicado a los mismos. ¿Anormales Lazarillo o Guzmán? Al menos, desde el punto de vista físico, parece imposible dar crédito al padre Núñez. Asombra el *oficio* del pobre Lázaro. Creo innecesario insistir en tan lamentables líneas, perdidas, afortunadamente, entre otras llenas de aciertos.

En el primer período de la colonia figuran también Hernando Domínguez Camargo y la madre Castillo, escritores religiosos. El padre Núñez compara la vida y obra de la madre Castillo con la vida y obra de Santa Teresa. En los dos aspectos resaltan las diferencias. El estilo de la madre Castillo carece de la sencillez y es-

pontaneidad de nuestra santa. El *Poema heroico de San Ignacio de Loyola*, de Domínguez Camargo, testifica el éxito de Góngora en América.

En el segundo período de la colonia se desarrollan otros géneros literarios: periodístico, científico, político, épicoartificial; empieza con él, al despertarse el sentimiento nacionalista, la verdadera literatura colombiana. La expedición científica dirigida por Mutis avivó dicho sentimiento. Tienen gran interés las noticias del padre Núñez sobre la prehistoria del periodismo en Colombia. Destacan, en este período, Caldas, Nariño y Valenzuela. De 1810 a 1830, la literatura estuvo al servicio de la política y, por tanto, de la independencia. De ahí el éxito de la oratoria, del periodismo tendencioso. (En su deseo de reducir a líneas fundamentales los movimientos y los principios literarios, el padre Núñez cae en distinciones excesivamente sutiles o reúne notas contrarias en una misma caracterización.) Ejemplo de esa protesta, abierta o velada, contra España: el *Memorial de agravios,* de Torres, y la tragedia *Guatimoc,* de Fernández Madrid; los discursos de Zea, Santander, etcétera. Como figuras representativas de la escuela romántica cita el padre Núñez a Caro, Arboleda, Gutiérrez González, Fallón, Pombo, Isaacs, Núñez, Mejía, Rivas Groot y González Camargo. Algunas de las características, señaladas como propias, del romanticismo en general, no son exclusivas del romanticismo o lo son de otras tendencias; por ejemplo, la preocupación por el más allá. (Afean el estilo del padre Núñez abundantes gerundios y repeticiones molestas.)

Como reacción contra el romanticismo mal entendido, los grupos "El Mosaico" (costumbrista) y "La Gruta Simbólica" sirven de puente entre el movimiento por ellos atacado y el modernismo. A este último dedica el padre Núñez un capítulo: sobresalen José Asunción Silva y Guillermo Valencia. Cierra el estudio de la poesía en Colombia el capítulo X; características de las tendencias novísimas son la búsqueda de lo subconsciente y la anarquía en la idea, el sentimiento y la forma.

El movimiento humanista está representado gloriosamente en Colombia: los nombres de Cuervo, Caro, Marco Fidel Suárez, Gómez Restrepo y Félix Restrepo son familiares a cualquier hispanohablante. El padre Núñez estudia luego otras figuras: sociólogos, economistas, políticos, ensayistas, críticos de arte y científicos; algunas, de escasa relación con la literatura. La novela (Isaacs, Rivera, Carrasquilla) la historiografía de la literatura, la historia, la oratoria, el teatro y el periodismo son los temas tratados en los

capítulos finales. Como apéndice incluye el padre Núñez un cuadro sinóptico de autores hispanoamericanos.

Literatura colombiana es un libro útil, adaptado a las necesidades pedagógicas; pero encontrará lectores fuera de la escuela y del Instituto. Suponemos que el padre Núñez continuará su empresa de historiador, con la misma suerte que en ésta, en obras anunciadas. Como españoles hemos de agradecerle palabras muy generosas.

A. C. P.

HACIA UNA NUEVA ESTILISTICA

Hace seis años apareció en la Colección "Insula", de Madrid, la primera edición, pronto agotada, del gran libro de Carlos Bousoño *La poesía de Vicente Aleixandre: Imagen. Estilo. Mundo poético.* Su autor, uno de los jóvenes maestros de la escuela estilística de Dámaso Alonso, publica ahora, en la Biblioteca Románica Hispánica, de la Editorial Gredos, una segunda edición muy aumentada y revisada, con novedades de profundo interés. Por lo pronto, la estructura del libro, tal como ahora se nos ofrece, es distinta de la que mostraba en su forma primitiva. En nota inicial nos explica Bousoño los motivos que le han obligado a ese cambio, y que se apoyan, esencialmente, en el nuevo enfoque que debe darse, según Bousoño, a los estudios estilísticos. No cree nuestro joven crítico que pueda entenderse una *forma* poética si no se la contempla como emanada desde un *fondo,* ya que fondo y forma son, en una obra literaria, algo interdependiente y fundido en ella. Pero ese *fondo* de que habla Bousoño no es sino la concepción que tiene el poeta del mundo y de las cosas, es decir, su cosmovisión, la cual estará siempre presente, quiéralo o no el poeta, en su propia obra.

La nueva e interesante tesis de Bousoño es que aquella cosmovisión del poeta fatalmente determinará no sólo el contenido de su poesía, es decir, su metafísica, sino también la peculiar expresión de su obra, es decir, su estilo. Y, a su vez, esa cosmovisión, que el crítico tendrá que captar y mostrar, no podrá explicarse del todo si el crítico no posee un conocimiento suficiente de la vida y la psicología del poeta cuya obra intenta estudiar y presentar al lector.

Como se ve por lo ya apuntado, Bousoño realiza ahora una rectificación de fondo de sus ideas anteriores sobre estilística, y mantiene una posición que no dejará de suscitar polémicas. Mientras en sus anteriores trabajos de crítica lo que le había especialmente interesado era la obra literaria en sí, el poema como un orbe cerrado y completo, que podía estudiarse científicamente, tal un cuerpo químico aislado bajo la mirada de un analista, Bousoño sostiene ahora que la estilística se equivocaba al ignorar la personalidad del poeta y al limitarse al estudio científico de la obra. Por el contrario, afirma Bousoño en su nuevo libro, la personalidad del poeta, su cosmovisión, han de ser tenidas en cuenta por la nueva estilística si quiere llegar hasta el fondo radical, hasta el sentido pleno y totalizador de la obra de arte. Con lo cual Bousoño parece volver a la vieja frase: "El estilo es el hombre"—aunque rectificada así: "El hombre está en el estilo"—, y dar la razón al grupo de filólogos actuales—un Spitzer, un Nöhl, un Körner—, que defienden la doctrina de que la forma, el estilo de una obra, es un resultado del fondo, es decir, de la personalidad del poeta: de su cosmovisión. Actitud que es, en suma, la misma de Herder, con su concepción romántica de que la literatura de un pueblo es la expresión de su personalidad.

Ahora bien: la tesis de que la obra literaria hay que verla en función de la personalidad de su autor, encuentra una objeción seria en el hecho de que no todo lo que hay en un poema es original de la personalidad de quien lo crea. Así, el lenguaje de un poeta puede no ser enteramente original. Y también puede ocurrir que el poeta refleje en sus poemas un contenido asimismo ajeno. Pero Bousoño sale al paso de esta objeción, advirtiendo que por personalidad de un autor no debe entenderse sólo su *yo* íntimo, sino también su *yo* social, y a esa región del *yo* social hay que hacer responsable de lo que en un poema existe de no característicamente original. Resumiendo: Bousoño propugna ahora una estilística que arranque de la relación estrecha entre fondo—personalidad, cosmovisión—y forma—estilo—, pero partiendo de una concepción amplia, no rígida, de la personalidad del poeta. Y como las peculiaridades expresivas de una obra literaria, de un poema, vienen determinadas por la peculiar cosmovisión de su autor, es claro que el crítico se verá obligado a explicar si es posible el proceso de esa cosmovisión. De lo cual se deduce que un conocimiento a fondo de la vida y la psicología del autor ayudarán al crítico que desee ofrecer una explicación completa y radical de la obra.

Lo que defiende, pues, Bousoño al sostener estas ideas es el

paso de una estilística descriptiva y puramente analítica y científica a una estilística explicativa y menos aséptica, que no desdeñe; antes al contrario, penetrar en la personalidad del poeta y aun en su intimidad. Tal reacción contra cierto exceso de cientifismo deshumanizado, de que venía pecando la estilística—o al menos parte de ella—, no puede menos de agradarnos. La estilística matemática —como la poesía químicamente pura, de hace treinta años—había llegado a extremos peligrosos, que rozaban ya lo delirante, y que a veces nos hacían buscar, como un fresco rocío, como un descanso reparador, la crítica trémula y humanista, prodigio de sencillez y de comprensión, del viejo maestro *Azorín*, que tanto nos enseñó en nuestra juventud. Aunque sepamos que esa crítica no nos baste hoy y queramos ir más allá en el estudio del estilo.

Como hemos indicado al comienzo de este artículo, la nueva posición de Bousoño—quien en estos momentos prepara una revisión total de su otro gran libro: *Teoría de la expresión poética*—le ha obligado a aumentar considerablemente, en su estudio sobre la poesía de Aleixandre, la parte dedicada a exponer—lo que hace con mirada profunda de crítico—la cosmovisión del poeta, que ahora ocupa los cuatro primeros capítulos del libro, y en los que vamos siguiendo cuál es la concepción del mundo y de las cosas que revelan los libros de Aleixandre, desde *Ambito* y *Pasión de la tierra* hasta su más reciente obra: *Historia del corazón*, publicada en 1955. De este modo se nos revela cómo lo que caracteriza esencialmente la visión del mundo que entraña la poesía de Aleixandre es su unidad integradora, lo que Bousoño llama "la pupila totalizadora" del poeta. Si nos admira el profundo análisis que hace Bousoño del mundo poético aleixandrino en estos capítulos, estamos también de acuerdo con él cuando afirma que Aleixandre es uno de los poetas que ha lanzado sobre el universo una mirada más vasta y coherente.

No tengo ya espacio sino para apuntar el interés apasionante de las otras partes del libro de Bousoño, en las que son analizados con penetración clarificadora temas como la imagen y la visión en la poesía de Aleixandre; el versículo aleixandrino—tan característico del gran poeta, y que Bousoño somete por primera vez a normas—; la sintaxis, con sus módulos peculiarísimos; la génesis y la estructura general del poema en Aleixandre; y, en fin, el tema de las fuentes de la poesía aleixandrina, así como el influjo que, a su vez, ésta ha ejercido en la poesía posterior. Vemos por vez primera estudiada con rigor la impronta que ha ejercido Aleixandre en la poesía de Miguel Hernández.

En suma, el libro de Bousoño, por las novedades apuntadas y por el análisis creador y penetrante de la poesía aleixandrina que contienen sus páginas, debe ser considerado como una obra capital de nuestros estudios científicos, y, por supuesto, punto de arranque imprescindible para toda mirada crítica posterior sobre la poesía de Aleixandre.

JOSÉ LUIS CANO

ALFREDO MARQUERIE Y LA LITERATURA CIRCENSE

El escritor Alfredo Marquerie ha aprovechado sus últimas vacaciones veraniegas para *irse con el circo.* Su idea era escribir algo así como un diario, un reportaje vívido y caliente de las cosas que le suceden a esa inefable y deliciosa grey de la pista bajo el cielo circular de la carpa. Alfredo Marquerie, ya se sabe, es un escritor inquieto, que ha pulsado todos los naipes de la gran baraja literaria, asomándose un día a la ventana de la novela, encaramándose de pronto por la difícil cucaña de la poesía, tomando, con rigor y tino, la gran batuta de la dirección escénica o llevando el gato al agua en su cotidiano cometido de la crítica teatral. Pero, además, y esto es lo que interesa aquí, Alfredo Marquerie ha sido siempre, de una manera constante y uniforme, un enamorado del circo, un fiel amante del "¡Hop!" final de todos los ejercicios, en donde se conjugan, de una manera gradual, belleza, pintoresquismo y arrogancia. Era previsible, por tanto, el que un día u otro Alfredo Marquerie nos obsequiara con un libro de este jaez, en donde, a más de relatarnos la siempre sugerente atmósfera circense, nos llevase de la mano por los recovecos de sus poéticos puntos de vista personales sobre la materia con el garbo y la maestría propios de la firma.

Un mes con el circo es el título del libro escrito como consecuencia de esas vacaciones veraniegas, que ahora acaba de editar Taurus Ediciones. En él, Alfredo Marquerie traza el apunte gracioso y espontáneo que tal vez pudiera servirle de cañamazo o guión para escribir un libro de más acusada extensión. Porque es verdad que nos sabe a poco su lectura, que nos parece exiguo para lo que en él podría decirnos su autor.

Leyendo *Un mes con el circo* nos asalta la impresión de ir cono-

ciendo algo sustancialmente diferente en la bibliografía circense. Porque no es la erudición la que nos prende aquí, como en el caso de Sebastián Gasch, ni tampoco la pirueta mágica de Ramón Gómez de la Serna en *El circo.* En el libro de Marquerie se pulsa el latido humano, profesional, pintoresco y variopinto de un modesto circo de pueblo, con sus dificultades, con sus ilusiones, con su abigarrado mundo de artistas multicolores y dispares. El puro reportaje, la simple anécdota, el abierto perfil periodístico se crece con la dimensión literaria del autor, con la honda humanidad que logra impregnar en cada capítulo. En *Un mes con el circo,* los personajes son absolutamente reales, están arrancados de la crisálida de un pequeño circo ecuestre, que mueve sus engranajes por los polvorientos caminos de los pueblos de España. Marquerie, al darle viveza y colorido a su interesante reportaje, al insuflarle frescura, lozanía y, sobre todo, la emotiva humanidad de lo vivo, consigue un libro interesante, cordial, necesario. Este, ni más ni menos, es el resultado obtenido de su experiencia.

Con el libro de Sebastián Gasch—la pequeña historia, la proyección del tiempo en el espectáculo—y con el de Ramón Gómez de la Serna—gracia insospechada, nuevas aristas a lo que ya parecía agotado, reflejos sugeridores, pirueta intelectual—hace trío *Un mes con el circo,* de Alfredo Marquerie, el pequeño libro que recoge los anhelos y las desventuras de la modesta vida circense. Por eso y por esos versos que nos ofrece al final, escritos en el mismo ambiente, bajo la carpa, junto a la pista, y que son como el homenaje del escritor con dedicación profunda al colorista fenómeno del circo.

MARIANO TUDELA

FERNANDO NAMORA, NOVELISTA PORTUGUES

La fiebre del volframio, padecida en la Península Ibérica durante la última guerra mundial, no ha tenido repercusiones literarias ni en Portugal ni en España. El motivo novelesco era atrayente; se formó un oscuro mundo de aventuras en torno a los lugares en donde se hallaban minas de este mineral; se cimentó una leyenda de personajes aventureros, de pescadores de río revuelto sin escrúpulos, de matones sin otra condición, dispuestos a enriquecerse. Y

el filón de temas novelescos estaba inexplotado cuando en España el escritor Carlos Caba publicó *¡Volfram!*, novela interesante, escrita con garra, pero que auscultaba el problema en una sola de sus facetas.

Todo esto se nos ocurre al terminar la lectura de *Minas de San Francisco*, novela de Fernando Namora, escritor y médico portugués, de quien ya conocíamos *Escenas de la vida de un médico*, publicada, como la que vamos a comentar, por la Editorial Noguer, de Barcelona.

Si Carlos Caba, en su novela, se decide por el momento culminante del volframio, en días en que el conflicto bélico estaba en su apogeo, mostrándonos, por tanto, toda la gama de aventuras, engaños, traiciones y asesinatos para llegar a la posesión de unos cuantos kilogramos del preciado mineral, Fernando Namora, en cambio, nos remite a los instantes del declive en determinada mina portuguesa, cuando sus entrañas, ya exhaustas, no pueden dar más de sí; cuando los mineros, decididos a enriquecerse, azuzados por sus ilusiones, no resignados a la adversidad y al volver a empezar, se desesperan contra lo que no pueden luchar. En *Minas de San Francisco*, el clima que se respira es acuciante. Llega un momento en que la obsesión de la propia mina (mina sin frutos y, por tanto, sin posibilidades) envuelve al lector de tal manera que llega a convertirse en el personaje central. Es una obsesión real, para la que viven y luchan los personajes de carne y hueso, admirablemente dibujados.

Fernando Namora, para la consecución de este ambiente rudo y difícil, para el dibujo descarnado de ambiciones y deseos, echa mano de su gran talento de escritor. Difícilmente podría superarse la narración, sobre todo en momentos de gran altura, cuando las circunstancias lo requieren y el clímax se dispara en su hondura y en su flexibilidad. Si en *Escenas de la vida de un médico* Fernando Namora se nos reveló como un auténtico novelista, aquí, en *Minas de San Francisco*, nos ofrece la precisa dimensión de la maestría, del buen oficio, de la sazón.

De la novelística contemporánea portuguesa, Fernando Namora, acaso al lado de Castro Soromenho, es lo que nos parece lo mejor. Al menos, por esta última novela suya, su altura literaria se nos muestra evidente, ya que *Minas de San Francisco*, por su hondura psicológica—el retrato de las pasiones y el dibujo de los caracteres son admirables—, por su fuste novelesco y por su trazo extraordinario se convierte en una narración excelente.

M. T.

VOL. XXIX, NUM. 84 (DICIEMBRE)

En páginas de color, "El caudillo de la conquista: Domingo de Irala", en el cuarto centenario de su muerte. Portada y dibujos del pintor español CARLOS PASCUAL DE LARA.

EL CAUDILLO DE LA CONQUISTA: DOMINGO DE IRALA *

POR

JUSTO PASTOR BENITEZ

Cuando dirigía el corte de vigorosos troncos de *urundey* destinados a la construcción de los altares de la catedral, Domingo de Irala contrajo la fiebre maligna que le causó la muerte el 3 de octubre de 1556. Fué transportado en una humaca hasta la ciudad. La selva se vengaba de este nuevo viandante europeo, el fuego del trópico consumió al hombre blanco, no aclimatado aún. Había nacido en Vergara (Guipúzcoa), en 1506. Formó parte de la expedición del Primer Adelantado del Río de la Plata. Era hijo de Martín Pérez de Irala, de donde provino el patronímico de Martínez que a veces usó, y de doña Marina de Toledo, quienes instituyeron a su favor el mayorazgo, mejorándole en el tercio y el quinto de los bienes. Gente de arraigo y de escudo familiar. Abandonó sus haberes para lanzarse a la aventura, llevado del expansionismo del hombre español, impulso renacentista en que sería unilateral mirar únicamente el móvil de la codicia. Es algo más amplio. ¿Qué riqueza buscaría en el Nuevo Mundo, si no es la pasión del dominio, el gentilhombre enriquecido en las campañas de Italia, que arriesgó su fortuna en la empresa? La voluminosa expedición de Mendoza se componía de once naves, tripuladas por más de mil hombres, entre ellos ochenta alemanes, uno de los cuales era el cronista Sdmidel. Traía mantenimiento para varios meses y una partida de ganado vacuno caballar, y armas, que le ayudaron a vencer la distancia y a intimidar al indígena.

Fuertes temperamentos, grávidos de ambiciones, tocados por el espíritu de aventura y el ansia de espacio, integraron la expedición: Juan de Ayolas, Juan de Osorio, que morirían apuñalados en la bahía de Guanabara; Carlos Dubrim, hermano de leche de Carlos V, Juan de Salazar de Espinosa de los Monteros, caballero de la Orden de Santiago; Gonzalo de Mendoza, Francisco Ruiz Galán, Juan de Ortega, Diego de Abréu, Francisco de Mendoza, Rodrigo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús; Felipe de Cáceres, Hernaldo de Rivera. Equipo de almas vigorosas y selectas que Ruiz Díaz de Guzmán enumera en *La Argentina* con orgullo de progenie, y en cuya lista cita al hermano de Santa Teresa de Jesús. "Mayorazgos e hijos de señores", como dijo Barco de Centenera.

A ese núcleo se agregaron más tarde, como caballeros de la conquista y formaron la almáciga de la progenie de la nacionalidad, Nuflo de Chaves, veloz como una flecha; Pedro de Estopiñán, Cabeza de Vaca; Alonso Riquelme de Guzmán; Francisco Ortiz de Vergara, Ruiz Díaz de Melgarejo y Martín Suárez de Toledo, padre de Hernandarias, llegados con el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca y los Trejo, Saavedra, Becerra, etc., venidos en la expedición del tercer Adelantado Juan de Sanabria, conducida, por fallecimiento de éste, por el hijo Diego y por su viuda, doña Mencía Calderón de Sanabria, abuela ancestral de los paraguayos.

Domingo de Irala resultó ser la culminación de ese impulso expansionista. Acompañó a Juan de Ayolas en su viaje en busca del camino a la Sierra de la Plata, dispuesto por Mendoza en Santa María del Buen Aire. Actuó a su lado en la batalla de Guarnipitán contra las tribus indígenas, en la cercanía de Asunción actual y con él remontó el río Paraguay hasta un puerto que denominaron Candelaria. Por ahí penetró Ayolas en el Chaco misterioso que terminó por devorarlo. El fundador de Corpus

Cristi fué sacrificado por el indio aleve. Irala le aguardó más del tiempo señalado, y en vista del mal estado de sus embarcaciones, descendió hasta la bahía de los carios, donde Juan de Salazar había edificado una Casa-fuerte (1) en los dominios del cacique Caracará, Moquiracé, etc.

Al ignorarse la suerte corrida por Ayolas, estalla entre sus compañeros las bravías competiciones por la jefatura. Ruiz Galán llega de Buenos Aires a la Asunción y se apoya en la designación de Mendoza, antes de su trágico regreso, pero Irala tenía la calidad otorgada por Ayolas, lugarteniente y heredero del mando del Adelantado. Esta calidad de Ayolas se verifica al otorgarse la capitulación del Adelantado Alvar Núñez, condicionada a la certeza de la desaparición del intrépido explorador. Durante tres años la naciente población sufrió los rigores de la anarquía. Irala comienza por someterse a Galán, que le hace detener. Oculta su designación como lugarteniente de Ayolas, pero termina por hacerse reconocer, por intermedio del Veedor Alonso de Cabrera y le hace entrega de la Casa-fuerte en 1539. En esa selva de arcabuces, de ballestas, lanzas y espadas y de ambiciones ardorosas surge el vizcaíno por su genio político. Le faltó el marco de una gran civilización para equipararse a Cortés y a Pizarro, pero en hazañas no les desmerece, y en audacia encuentra paralelos en Vasco Núñez de Balboa, Jiménez de Quesada y Diego Ponce de León, flor y nata del quijotismo hispánico. Mas no se redujo a ser conquistador de fulgurante espada y pies ligeros; será el consolidador de la civilización cristiana en la cuenca del Río de la Plata, que abarca más de 2.000.000 de kilómetros cuadrados de territorio. La capitulación firmada por Pedro de Mendoza en 1534 abarcaba desde el Amazonas hasta los Mares del Sur, el "Gigante de las Provincias de Indias".

Apenas posesionado del gobierno, organiza una expedición en noviembre de 1539 para ir en socorro de Ayolas. Es la segunda vez que remonta el Alto Paraguay. Llega hasta Candelaria, pero le sorprende la estación de lluvias, el Chaco se llena de pantanos y el atrevido explorador tiene que desistir, después de una infructuosa penetración. En esa oportunidad recibió la noticia del sacrificado de Ayolas y regresó a la Asunción.

Salazar plantó los mojones de la casafuerte con carácter militar, para "amparo y reparo de la conquista". Irala da carácter civil al núcleo urbano constituído en torno de la Casa-fuerte. Lo organiza. Es esencialmente un político, no sólo por su habilidad y espíritu de acomodación, la eficacia de su comportamiento y creaciones, sino hasta por esa especie de inescrupulosidad que caracteriza a los hombres de acción que se proponen realizar cosas fundamentales saltando sobre convencionalismos y vínculos. Y como tal, su esencia es el amor al mando, la voluntad de poder, la ambición. Así logró primar sobre sus rivales; consigue imponerse y alcanza la jefatura sobresaliendo, empujando, conciliando y manejando los hilos invisibles de la simpatía, del temor y del interés. Es un conductor de hombres. Su autoridad reposa en el respeto de los iguales y la adhesión de los soldados, que se mueven en un inmenso arco de indígenas bravíos y numerosos. Asunción es una arena de circo. Para domeñar a las tribus hay que usar la política, los regalos y, a veces, el guantelete. Y esto no le falta al hijo de Vergara, que sabe afrontar aludes de guaraníes, agaces, mbayás; reprimirlos y también castigar a sus compañeros insumisos. Entre los actos de violencia se le señala la ejecución de Sebastián Valdivieso, antiguo criado de Alvar Núñez, de Bernabé Muñoz, de Juan Bravo y del inquieto Rutia. Con la astucia logró dominar la poderosa insurrección del *buruvichá* guaraní, Aracaré, Tabaré y Guazani de las cercanías del río Jejui, durante el gobierno de Alvar Núñez, repartiendo abalorios y anzuelos, y prometiendo la alianza. Su armadura, que luce de gloria, también estaba salpicada de sangre y de cieno que le alcanzaron en el trajinar. Sus adversarios pretendieron macularle, como se ve en los *Comentarios,* de Alvar Núñez, y en la *Relación,* de Pero Hernández, la crónica

---

(1) Manuel Domínguez: Fundación de la Asunción. *El Alma de la Raza.*

escandalosa de la conquista. Se defendió con el argumento de la vida; su mejor alegato fué su erecta existencia, que genera también su primer apologista, Ruiz Díaz de Guzmán, nieto suyo. Cuando los propios guaraníes se levantan en un gesto de independencia, en vista de maltratos y de la servidumbre a que los sometían, Irala, en su segundo gobierno, se enfrenta con la rebelión, organiza los carios que permanecieron fieles, se alía con *tobas* y *guaicurúes* del Chaco y libra una sangrienta batalla, seguramente en las cercanías de Aregua. Los siguió hacia Tobatí y luego hasta el Jejuí y logró someter la más vigorosa de las insurrecciones de los propios "carios, amigos y vasallos del Rey", como se calificaba en los documentos de la época. Los guaraníes, según Schmidel, estaban comandados por el principal Mongorá.

La alianza con los carios, iniciada por Ayolas, se consolida por la política de Irala, que se une a los caciques principales por los vínculos familiares y amistosos; él mismo es yerno de un pujante *mburuvichá* que ha adoptado el nombre de Pedro de Mendoza. Surge entonces el resorte político del *cuñadazgo*, característico en los días iniciales, como una categoría social que impone obligaciones. Y apela a otro recurso, como fué la guerra guaranítica perenne contra agaces, guaicurúes, payaguaes, del Chaco, del Norte, del Sur, presentándose como aliado de los carios. A lo lejos flotaba el mito de la Sierra del Plata, obsesión de conquistadores y espejismo de aborígenes. Así se explican aquellas jornadas riesgosas por el corazón del Chaco, que Irala repitió tres veces. Ambos impulsos expansivos se suman rumbo al noroeste, partiendo de la capitalidad de Tapuá y luego de la naciente Asunción, amparo y reparo de la conquista. Esa marcha la repetirán los paraguayos cuatro siglos después, conducidos por otro descendiente vasco. Para apreciar la magnitud de la empresa hay que considerar varios factores: el reducido contingente de españoles, cuyo mayor número llegó a 350 en la "mala entrada", la extensión recorrida, las tribus adversas que pueblan la ruta abierta a golpe de machete; el viaje por el río a remo y con sirga; la exigüidad del mantenimiento, pues había que transportarlos, no encontrando abastecimiento sino entre los *itatines* (guaraníes) y los *chanás* (aruacas), ya que las demás tribus eran escasamente agricultoras. La base de sustentación eran el maíz, la yuca y los fréjoles de procedencia guaranítica; y luego la caza y la pesca. Armas y armaduras pesadas, escasez de caballos, aguadas inciertas a lo largo del desierto desde el momento en que se aleja de Candelaria o del Puerto de los Reyes en el Alto Paraguay. Pero falta el mayor obstáculo: el Chaco inhóspito, de vegetación rala, poca agua potable, arenales calcinados, clima inconstante. Es un enorme espacio que sólo será vencido por la acción del hombre, en años, con la labor constructiva, con plantaciones y ganado, aguadas y cercos, y no por las aceleradas marchas de expediciones que iban en busca del "Rey-Blanco". Las rutas abiertas por Ayolas, Irala, Alvar Núñez y Nuflo de Chaves quedaron jalonadas por los huesos de conquistadores y guaraníes, comenzando con los intrépidos Ayolas y Chaves. Era una lucha contra la Naturaleza.

Irala ha tenido que realizar lo que en lenguaje bélico se llama reagrupamiento de fuerzas. Despobló Buenos Aires y concentró las posibilidades en la Asunción, en cumplimiento del mandato del Adelantado, que imponía la búsqueda del camino a la Sierra de la Plata y la fundación de una Casa en regiones propicias. Esa concentración no fué propiamente el abandono de los dominios hispánicos. Constantemente cuida el Plata y la isla de San Gabriel; dispone la fundación de San Juan en la margen derecha del estuario y, sobre todo, busca crear una frontera viva, en el Oriente, desde las regiones guaireñas hasta la costa atlántica. La bahía de los carios le ofrecía la doble ventaja de la producción agrícola y del indio amigo. Pero su ardor no se limita a crear esa base de operaciones.

En 1542 recibe y reconoce como gobernador a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, titular de una capitulación. A sus

órdenes realiza una expedición al Chaco y otra punitiva contra los indios. Irala llega al puerto que llamó de los Reyes. En base a sus informaciones se preparó la "gran entrada", con 200 españoles e indios auxiliares. Esta expedición llegó seguramente al río Aguas Calientes, en la cordillera de Chochis y tuvo que desistir por obstáculos naturales y la negativa de los oficiales para continuar la jornada.

La última y más vigorosa jornada la realiza en 1552, a la cabeza de 350 españoles y miles de indios auxiliares. Llega a los valles del Parapetí, donde Nuflo de Chaves dialoga con Andrés Manso, en un marco histórico. El licenciado La Gasca, vencedor de Gonzalo Pizarro, desahucia a Irala, le niega la confirmación en el Gobierno asunceño y ordena su regreso. Ruiz Díaz de Melgarejo ha fundado Ciudad Real por su orden; luego dispone la fundación de la Villa de Ontiveros, en la región del Guairá, a la margen izquierda del Paraná, cerca del Pequiri, como antemural frente al expansionismo de los *bandeirantes*, y como camino natural al puerto de San Francisco. Irala tiene ancha visión previsora. Y ha hecho a pie y a caballo enormes excursiones por la selva, realizando viajes fecundos y aventuras peligrosas. Vive en medio del riesgo. Su vida se ha consumido por exceso de combustión antes de promediar un siglo. Cuando le cohiben por Cédula Real las penetraciones, sigue bregando por su frontera atlántica; ama el mar como respiradero y con tensión de usurpaciones lusas. Cuida San Francisco, donde desembarcaron Alvar Núñez y Diego de Sanabria para realizar por tierra la marcha a la Asunción, capital radiante de la conquista del Sur.

Irala no se limita a sustentar la Casa-fuerte de Salazar; amplía el ejido, extiende el cerco defensivo, delinea las calles, erige una catedral, da a la población categoría de ciudad. Reparte solares. Funda el Cabildo, integrándolo con Juan de Ortega, su amigo y, más que amigo, hermano, que fué su ejecutor testamentario, como aguacil mayor, Pedro Díaz del Valle, como alcalde; Juan de Salazar, como alcalde 1.° de voto, y cinco regidores. Era 1541 (2). Para respaldo económico y aldeamiento de indios funda Itá, el clásico granero, Altos con los carios de Tupuá, Acahay, etcétera; forma aldeas indígenas en lugar de las *tabas* precarias y de las casas sin puertas ni ventanas. A la rudimentaria cultura ágrafa, lítica y cultivo de huerta, a base de *coa*, primitivo arado de madera, aporta los factores dinamizadores europeos, la letra, la religión, el orden, el ganado, instrumentos de trabajo, y aprovecha los cultivos indígenas. Condiciona una verdadera transculturación; incorpora al indio al trabajo de edificar una ciudad. Como fruto de la política iralista se podría mencionar el hecho de que, treinta años después de su gobierno, las expediciones fundadoras de Santa Fe y la segunda Buenos Aires iban integradas por vigorosos mestizos, que habían heredado la pujanza de los conquistadores.

Domingo de Irala ha visto florecer sus veinte años en las márgenes del Río de la Plata, que será su escenario. No es un soldado inculto; su inteligencia natural, su intuición, su espíritu de observador se enriquecen al contacto del mundo bárbaro, de rudas competiciones personales; culmina su obra con la creación de escuelas de primeras letras. Y con una especie de educación viva, en que aconseja que cada familia acoja en su casa a cuatro o cinco indiecitos, que, crecidos, vuelvan a sus tribus a propagar los conocimientos prácticos adquiridos en esos hogares; un contagio de transculturación. Trabaja una materia prima que requiere múltiples afanes; la funde y la mezcla; en lugar de una factoría crea las bases del mestizaje; funda pueblos. Es un intérprete del sentido profundo de la venida de España a América, y el ejecutor testamentario del primer Adelantado. Solís y Caboto dejaron una estela de hazañas a su paso, pero fueron precarios. La expedición de Mendoza ya tuvo más sentido de fundación. Su más alta expresión humana fué el soldado, a quien se le conocía como el capitán Vergara por el

---

(2) Efraim Cardozo: *La fundación de la ciudad de Asunción en 1541.* Buenos Aires, 1947.

lugar de su nacimiento, aunque él firmó siempre Domingo de Irala.

Había servido como secretario a Mendoza y de lugarteniente a Ayolas, el intrépido. Su letra es clara; su dicción correcta. Cartas quedan de él, como las relaciones reveladoras de la mente cultivada por la observación perspicaz; conoce el medio en que actúa; sugiere medidas de gobierno; toma resoluciones; es un gobernante. La relación de 1556 contiene ideas gubernativas de alto valor, directivas de un político constructivo. Intenta la exploración del Ypety (Bermejo) y del Acaray (Pilcomayo) como vías fluviales al Perú. Aconseja que se pueble la isla de San Gabriel, en el estuario, enviando allá cincuenta familias, con servidores guaraníes, pues los indígenas de esas regiones son "gandules" y no practican la labranza. Reitera el clamor de consolidar el Puerto de San Francisco. En el curso de tres siglos, Irala y Cevallos serán los máximos defensores del marco hispánico en las zonas del Sur. La apología de personajes históricos está en sus obras; su trascendencia garantiza la supervivencia de su nombre; son jalones humanos. En la vida del vizcaíno se adunan fallas y virtudes; al oro hay que echarle cobre. Despertó rivalidades, envidias y calumnias; venció a émulos poderosos, a quienes más tarde tendió la mano, como Salazar, y a dos de los cuales dió sus hijas en matrimonio en prenda de amistad: Alonso Riquelme y Pedro Segura. Supera las contingencias con su férreo temple y la ductilidad de su espíritu.

Según Lafuente Machaín, a la muerte de Irala: "La edificación asuncena comprendía ya más de una legua a lo largo, sobre la barranca de la bahía, por una milla de ancho. Tenía catedral, los templos parroquiales de la Encarnación y San Blas, los conventos de San Francisco, La Merced y Guadalupe, varias ermitas, y dos escuelas de primeras letras. Irala hizo intensificar el cultivo del algodonero, organizó los primeros telares" (3).

No pudo avenirse con Alvar Núñez, el luminoso y caballeresco ex prisionero de la Florida. Pero en la deposición del Adelantado, en la noche de San Marcos, el 25 de abril de 1542, Irala no tuvo participación directa. La rebelión fué encabezada por los oficiales reales; pero recogió el fruto, porque las miradas se fijaban en él por su pujanza y su jefatura natural. Tres veces llegó al gobierno, en un escenario tempestuoso, de competiciones de temperamentos violentos; fué reconocido en la magistratura por la corona; y al término de su gobierno la ciudad se hallaba consolidada. Que Irala no fué el promotor de la anarquía, ni su alimentador por ambiciones, lo prueba el hecho de haber proliferado las rebeliones después de su desaparición.

La verdad parece ser que el cautivo de la Florida fué más bien víctima de su propia incomprensión del medio y de la antipatía de los oficiales reales cercenados por él en sus ambiciones y regalías. En la noche de San Marcos fué depuesto por ellos y enviado preso a España, donde no obtuvo justicia por los servicios prestados. Alvar Núñez fué un sufrido capitán, dorado por las aventuras, culto, señor, rico de iniciativas. La suerte no le acompañó. Pasó ocho años rodando por el actual territorio estadounidense, en medio de tribus bravías. Una vez libre marchó a España, pero estaba tocado por el sortilegio del Nuevo Mundo, espacio necesario para la expansión de la personalidad del español. En el siglo XVI España y Portugal son la Europa expansiva, que se proyecta como tentáculo sobre los demás continentes, expansión que termina en nuestro siglo. Son los mensajeros de la cultura europea blanca cristiana, dominadora, imperialista. Alvar Núñez, en lugar del retiro sosegado en Jerez de la Frontera, se presenta al rey con la pretensión de suceder a don Pedro de Mendoza. América lo llama. Obtiene la capitulación condicionada a la supervivencia de Juan de Ayolas y el gobierno de una insula Barataria, y se echa a la vela. ¿Dónde encontró los 14.000 ducados, suma muy grande para aquella época? América es vertiente ibérica. Y España aquí derrama su sangre, su pujanza, su cultura. Ha buscado Oriente por Occidente, pero se podría decir que se detuvo en el hallazgo americano, para recrearse, para

---

(3) R. Lafuente Machaín: *El gobernador de Irala*, pág. 289. Buenos Aires, 1942.

fundar. Se dice que buscaba especias en Oriente. El Nuevo Mundo le ofrece riquezas, pero también le exige sacrificios que le costaron, dos siglos después, la decadencia, de tanto irse en sangre. América absorbe; desvía del Africa y hasta del Asia a la aventura hispánica.

Alvar Núñez llega a San Francisco. Desde Santa Catalina cruza selvas y llanos, surca ríos y salva los pasos con las canoas al hombro; sufre penurias y privaciones; se pasma ante los saltos gigantescos y llega hasta la Asunción a continuar la empresa civilizadora. Pero los hados no le fueron propicios. No pudo imponerse. Regresó amargado. No obtuvo justicia en España, ni la ha obtenido en el Paraguay, donde se le deben señalados servicios. Su venganza está en sus *Comentarios*. Asunción no tiene una calle ni una plaza con el nombre de este hidalgo aventurero, figura espléndida de la conquista, único español que se proyectó al través del Ecuador y tuvo como ámbito los trópicos del Norte y del Sur, casi de polo a polo, escenario digno de su alma renacentista. Su período es radiante; su aventura, una novela, más real que la de Robinsón; prisionero y Adelantado, andariego y relator, guerrero en Italia y en Africa, la injusticia le negó la gloria que buscó en veinte años de constante trajinar.

De la misma dolencia padecía Juan de Salazar, expulso varias veces, pero que retornaba, como si su destino fuera dejar sus huesos en la ciudad que inició, en la geografía de América y las hazañas que inscribió en la historia y honró con su alma de poeta (4).

Caballero de adarga antigua, tremendo como Ruiz Díaz de Melgarejo; de pujante brazo como Alonso Riquelme; correcto como Francisco de Mendoza, inmolado por Abréu; el sucesor de Irala, Gonzalvo de Mendoza; veloz como Nuflo de Chaves; desgraciado como Diego de Abréu y conspicuo como Tirante el Blanco, el magnífico Domingo de Irala, gobernador y capitán del Río de la Plata, fundador del Paraguay, su padre en la historia y en la sangre; progenitor fecundo, lleno de ambiciones y de hazañas, hijo de la violencia y del sufragio, dominador de tribus, conductor histórico. Rómulo de las selvas paraguayas.

Irala ya no piensa en España; en la casa solariega de Vergara, en parientes ni amigos. América le ha ganado. Abandona y renuncia a bienes peninsulares y se adentra, como mandato de su raza, en la historia del Nuevo Mundo. Ya es hispanoamericano.

Para intentar una biografía de Domingo de Irala habría que reunir y examinar los datos referentes a su personalidad, origen y educación, temperamento y desarrollo; el escenario histórico del Río de la Plata, con su capítulo referente a la expedición del primer Adelantado; la procedencia de la jefatura que recae más tarde en el lugarteniente de Juan de Ayolas; el escenario asunceño; el estado de la cultura guaranítica en aquel momento de contacto de dos civilizaciones; las guerras guaraníticas contra las tribus circunvecinas y su sentido expansionista; el mito de la Sierra de la Plata; la calidad de los compañeros de Irala; las dificultades para la fundación europea en tierra desconocida; el conocimiento de la inhóspita área chaqueña; las fundaciones y, por fin, las realizaciones de su gobierno. Esa sería una labor de índole histórica, pero con los datos conocidos se puede también intentar la interpretación de su figura, el diseño de su personalidad. Esta personalidad presenta relieves tan enérgicos, que permiten trazar su perfil a grandes rasgos, suficiente para hacerla descollar en el escenario histórico y proyectarla en el presente. Porque Irala es, sobre todo, un fundador de hierro y cobre, de bronce, como el que servía para las estatuas antiguas desafiadoras del tiempo. Es una cariátide de una construcción que tiene timbre de perdurabilidad. Pertenece a la historia y se proyecta por sus hazañas a lo legendario. Es la primera estatua humana erigida en la bahía de los carios. Y entrañada en la nacionalidad paraguaya. Tiene raíces, tronco, copa, semilla y proyección. Es un caudal humano. Su mano erguida apunta el horizonte; su frente ilumina el devenir, con los reflejos de un pensamiento cons-

---

(4) Carlos R. Centurión: *Historia de las letras paraguayas*, tomo I.

tructivo. Irala es la negación del espíritu imperialista de factoría; es un creador de nuevo estilo, de propagación de la cultura europea, porque no se reduce a explotar la tierra, el subsuelo y el indígena, sino que funda, se funde y se reproduce en nuevos brotes. Encarna el sentido misional hispánico en su vasta complejidad y en sus elementos más conspicuos.

Entre los documentos iralistas son dignos de mención, aparte de sus reglamentaciones de la encomienda y repartimientos, de tratamiento del indígena, la carta dirigida al marqués de Mondéjar en 1556 y el testamento dictado el 13 de marzo de 1856, año de su fallecimiento (5). Es su confesión familiar y un espejo de su vida. Sus bienes son magros: la casa habitación sobre el río; una chácara en Tapuá; instrumentos de labranza, doce animales vacunos, trece yeguarizos, veintiséis puercos y sesenta cabras. Según Azara, que recogió más tarde los datos, el inventario importaba 1.432 varas de lienzo, aunque no se conoce el total (6).

Declara como legítimos herederos a los hijos que enumera: Diego Martínez de Irala, Antonio de Irala y Ginebra de Irala, habidos con María, hija de Pedro de Mendoza, indio principal; Marina de Irala, hija de Juana; Isabel de Irala, hija de Agueda; Ursula de Irala, hija de Leonor; Martín Pérez de Irala, hijo de Escolástica; Ana de Irala, hija de Marina, y María, hija de Beatriz. Son siete madres indias de aquel prolífico caudillo.

Las hijas de Irala contrajeron matrimonio: Isabel con Gonzalo de Mendoza, su sucesor en el gobierno; Ursula con Alonso Riquelme de Guzmán, de cuya unión nació el historiador Ruiz Díaz de Guzmán; los otros yernos fueron el capitán Pedro Segura y su sobrino Francisco Ortiz de Vergara. Los matrimonios de Riquelme y de Segura fueron combinaciones políticas pacificadoras, al pactar el casamiento de hijas de catorce y trece años de edad. En cuanto a su sobrino, lo consideraba como su propio hijo. No se podría negar que Irala era un gran padre de familia. Legó un nombre, pero no fortuna. Pide en el testamento el pago de deudas; arreglo de cuentas; aconseja que nada se reclame de sus créditos en las empresas de don Pedro de Mendoza, Juan de Ayolas y Alvar Núñez; ordena sufragios aquí y en España por su alma y por la de sus antepasados y amigos con fervor religioso. Se refiere al arreglo de cuentas de una sucesión. Murió como un cristiano y en regla con la vida, a pesar de su tempestuosa existencia.

Tal fué la trayectoria del más egregio caudillo de la conquista, en la primera etapa asunceña.

---

(5) *Testamento de Irala.* Archivo Nacional de Asunción. Publicado por primera vez por el malogrado Alberto Rojas.

(6) R. Lafuente Machaín: *Op. cit.*